

La niña
DORMIDA

MERCHE MALDONADO



La niña
DORMIDA

MERCHE MALDONADO

Título: La niña dormida
©2020 Merche Maldonado
Corrector: Héctor H. López
Diseño de la cubierta y maquetación: Mónica Gallart

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Capítulo 1

Superado su ochenta cumpleaños, tomó una decisión inminente: preparar los bártulos para alojarse en la fecha indicada. Al amanecer, lo primero que hizo fue despedirse de sus mascotas. Abrazó sus cuerpos peludos y suaves como si se fuera al campo de batalla y supiese que, quizá, no volvería a acariciarlos. Los canes le ofrecieron carantoñas y mimos sin entender que marchaba y podrían no volver a verlo aunque, a decir verdad, suspiró tranquilo.

—Hermano, cuida de Dama y Vagabundo.

—Rodrigo, sabes que estarán bien —contestó Adrián.

—Cuando me instale quiero que vengan a visitarme. ¿Los traerás?

—Por supuesto. Iremos todos a verte, pero no tienes que marcharte. Lo sabes, ¿verdad?

—No, no —siguió Salvador, uno de sus sobrinos—. Te cuidaremos como tú nos cuidaste a nosotros. Acuérdate de cuando éramos niños y nos limpiabas la nariz y arreglabas ese rebelde remolino, herencia del abuelo. Siempre te estaremos agradecidos por todo lo que haces por nosotros.

—Salva —dijo Rodrigo con cariño—, ya no me queda ese cabello rebelde: se fue cuando cumplí los sesenta —rio sin ganas.

—Somos hermanos —expresó Adrián con mirada triste—, y siempre hemos estado muy unidos. Si te vas, nos dejarás sin un pedazo de nosotros. Ya sé que no te irás muy lejos, pero, por mi trabajo en la empresa familiar, no sé cuándo podré ir a la residencia.

—No te preocupes, estaré bien. Además, solo estaremos a una hora de camino. Os echaré de menos, pero esto no es un adiós, sino un hasta pronto. Necesito que me contéis cómo sigue todo y cómo están mis diablillos. —Señaló con la mirada a sus sobrinos, ambos en la orilla del estanque con los dos canes. —Emitió una leve sonrisa.

—Como quieras, Rodrigo —asintió Adrián, resignado—. Te echaremos de menos.

—Lo sé, y yo también, pero tenéis que seguir con vuestras vidas, y yo con la mía.

Se abrazaron y besaron y Adrián dio unas palmadas en el lomo de su hermano. Después de la despedida, antes de su marcha, el anciano recorrió la hacienda con la mirada, intentando memorizar cada uno de los detalles, olores, ruidos... Giró sobre sí mismo, con torpeza, llevándose consigo todo lo que pudiera retener, mientras arrastraba la pequeña maleta que se había preparado con lo indispensable para el ingreso.

Su hermano le acompañaba en silencio, y así hasta dejarlo en el taxi que esperaba en la puerta. Solo le dedicó una sonrisa.

Al llegar, Rodrigo encontró una construcción que, por exceso de modernidad, se alzaba apática y vulgar, con vistas a varios bloques de igual semejanza. Todos ellos formaban un conjunto idéntico, incluido en un paisaje rural y aledaño a una población pequeña. El vehículo lo dejó en la puerta. Asió la maleta dirección al centro, pero el sonido de unos pájaros le distrajo. Se acordó de los detalles impresos en la propaganda y dio media vuelta.

Frente al centro pudo observar un gran parque dividido por caminos de tierra que, entre otros parajes, recorrían un merendero. Parecía estar muy concurrido. Mientras decidía si posponer su entrada en el edificio para echar una ojeada, se rascó la barbilla, pensativo.

Arrastró su maleta para cruzar la calle. Caminó despacio hasta llegar a donde se alzaban unas

escaleras a modo de anfiteatro al aire libre. En una zona cercana estaba ubicado el mayor recinto para perros de la comarca, vallado en un rectángulo y decorado con troncos. Fue uno de los reclamos del folleto que llamó su interés.

Para poder contemplar más de cerca los juegos de los canes, se sentó frente a la reja. Respiró hondo. El olor de la arboleda era desagradable por el abonado de los campos limítrofes. Supuso que sería diferente en la época de la floración de los almendros, castaños, encinas y madroños. Sobre todo, suspiró agradeciendo la ausencia del ciprés, por ser el más usado en sitios sacramentales, los cuales no tenía la menor idea de recrear.

Se sintió cansado y decidió dirigirse hacia la residencia, llena de ventanales y con una pequeña recepción. Después de presentarse, accedió a lo que sería su hogar de descanso para la tercera edad.

Una vez a solas en su cuarto, la primera impresión fue buena, aunque le faltaban muchas de sus pertenencias. Tampoco quiso llenarse de recuerdos. Puso la maleta encima de la cama y, al abrirla, surgieron varios portarretratos. Siempre supuso que cuando llegara el momento de la vejez tendría al lado del lecho una foto familiar con su esposa y dos o tres hijos, pero, al no ser posible, se conformó con la imagen de su hermano y sus sobrinos. No podía faltar la fotografía de sus fieles amigos, sus fieras, ya con evidente edad, que les daba especial talante. Una vez que colocó los objetos elegidos en el sitio que les correspondía, suspiró melancólico.

Guardó la foto de su difunta esposa dentro del cajón porque denotaba desconsuelo y no deseaba rememorar aquellos tiempos, sino que pretendía empezar una nueva vida casi al final de sus días. Suspiró de nuevo, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Era la primera vez en mucho tiempo en que se sentía útil, con sensación de poder llevar la vida hacia donde deseara y de no sentir dependencia por la gente que amaba.

Sería como estar en un hotel de lujo donde lo cuidarían, y solo tenía que seguir vivo para disfrutarlo.

Capítulo 2

Miró por la ventana y vio que atardecía. Su estómago rugió cuando el reloj de pulsera corroboró que se acercaba la hora de la cena. Había pasado el día descansando. Resopló.

Se levantó de la cama con ímpetu y, un poco coqueto, se propuso engalanarse para estar más visible delante de alguna mujer. Calzó zapatos nuevos, después de vestirse con pantalón tejano y esa camisa a rayas azules que tanto le gustaba. Pasó la mano por su barbilla: se había afeitado por la mañana. Solo le quedaba engominar el cabello y esparcir la fragancia sin tacañear.

Ni siquiera le dio tiempo a salir del cuarto cuando, para su sorpresa, en el umbral de la puerta le detuvieron tres hombres y una mujer.

—Hola, me gusta tu camisa —dijo ella.

—Bienvenido —le dijeron los demás al unísono, luciendo una gran sonrisa.

—Gracias. Me acabo de instalar y todavía no conozco a nadie. Encantado de conocerlos.

—Tenemos que ponerte al día. Me llamo Lola —dijo ella dándole un beso en cada mejilla—.

Estos son Ángel, Marcos y Teo.

—Encantado. Me llamo Rodrigo. —Alargó la mano para saludarlos.

—¿Quieres que hagamos una visita guiada? —preguntó la mujer apoyada en un bastón.

—Por supuesto.

Caminaron despacio por el corredor. Al pasar por una de las habitaciones, la mujer la indicó con la mano:

—Este es mi cuarto. Todos son calcados, acorde con cada planta y necesidades. Los venturosos que pueden caminar están en el primer piso; los impedidos, en el segundo. Hay un tercero, sellado a cal y canto por las enfermeras. Solo ellas y los doctores tienen la llave del elevador, único punto de entrada, salvo el acceso obligado por la legislación. —Le guiñó un ojo—. De eso sé mucho. Asciende hacia la demencia y desesperanza, encarcelados para que no puedan huir o porque no sepan volver.

—Según hemos comprobado, rara vez tienen visitas —añadió Marcos—, si acaso algún personaje trajeado acompañando a un familiar, como los letrados que gestionan las últimas voluntades.

—Por suerte tenemos el jardín en la parte de atrás, que es una delicia para los favorecidos de poder moverse —siguió Ángel. Llevaba un sombrero tapando su negra calva—. ¿Vamos?

El nuevo inquilino asintió con la cabeza y se desviaron por un nuevo pasillo. Sonrió satisfecho.

Teo, un octogenario robusto y atlético, permaneció callado. La fémica lo miró con ternura y asió su mano para que los siguiera en su visita por el centro.

Al llegar, Rodrigo se detuvo ante el espectáculo que entreveía por la puerta de cristal. Los ojos engrandecieron al admirar la amplia y frondosa zona, acompañada del piar de pájaros. Ante la mirada absorta del recién llegado, Lola comentó:

—Por el día podemos disfrutar de este sonido, pero por la noche solo se escucha el aleteo de murciélagos.

—Nadie se explica dónde se esconden esos vampiros al amanecer y por dónde aparecen al ocaso —dijo Marcos, sonriente.

—La paz que se respira en la rosaleda nos inspira las partidas interminables de ajedrez,

inconclusas por no tener prisa —prosiguió Ángel.

Rodrigo sonrió. Sus nuevos compañeros, contagiados por el gesto, parecían estar orgullosos del trabajo efectuado.

Tampoco dejaron de visitar los lujos que le ofrecía el centro: peluquería, gimnasio y hasta salón de baile. Por último, entraron en silencio en la capilla, lugar de paz y arrepentimiento. Una sala sencilla, de rito y culto a un Dios cada vez más cercano.

—A esto se le considera residencia de reposo para la tercera edad, sin tener en cuenta que no habrá cuarta.

—Muy aguda, Lola —consideró Rodrigo mirando a la mujer—. Podría nombrarse residencia de reposo para la última edad.

Después de conocer todos los rincones y habladurías del lugar, decidieron pasar al comedor. Como parecía lo habitual, Lola se adelantó con el repiqueteo del bastón para darle más detalles a Rodrigo:

—Te gustará. Su gastronomía es exquisita y saludable.

—Eso se comenta, y os puedo asegurar que es cierto. No sabes si comerte el menú o llevarlo a enmarcar —expresó Marcos tocándose la panza en medio de una carcajada.

—Los servicios gastronómicos son bastante copiosos y variados. Aquí tenemos todas las comodidades que podamos disfrutar. Dependiendo, claro, del régimen y estado corporal que diagnostiquen esos matasanos. Ellos se encargan de revisar nuestra salud, pelo por pelo, cada día de la semana —prosiguió Ángel. Cogió un inhalador del bolsillo de su chaqueta y, nada más abrir la boca, pulsó dos veces.

—Con el almuerzo, comida, aperitivo y cena, además del imperdonable café en el jardín, comemos en exceso. Todo vale para librarse de la monotonía de vivir el mismo día una y otra vez —dijo Teo ante la sorpresa de todos.

Después de cenar, se levantaron de sus asientos y la mujer se dirigió a Rodrigo:

—Estarás cansado. Me acuerdo del primer día que llegué, y te aseguro que dormí como un bebé. Yo, al menos, me recojo hasta mañana.

Los demás asintieron y fueron despidiéndose conforme alcanzaban su lugar de reposo.

Cuando Rodrigo llegó a su cuarto, se desplomó en la cama. Le costó levantarse de nuevo para ponerse el pijama; por ello, resopló al colocarse el pantalón. Sonrió al taparse con la manta.

Después de acomodarse en la cama hasta encontrar la posición perfecta, el sueño aconteció con naturalidad. El tiempo pasó en un suspiro y, cuando se dio cuenta, había amanecido.

Capítulo 3

Era el primer día de junio, bastante caluroso para la estación en la que estaban. El sol se deslizaba sigiloso entre los ventanales, tal y como el visitante que asoma cada día. Sin espera alguna, ni impresión nueva que sacara la monotonía del lugar, los residentes iniciaron la actividad repetida de despertar que, en sí, ya era un acontecimiento.

Pronto apareció Lola. Llamó a la puerta con el puño.

—Te esperamos en el comedor, dormilón.

Después de bostezar, estirarse y sonreír, Rodrigo se levantó. Buscó con esmero la ropa que luciría esa jornada y se vistió con la rapidez que le permitían sus extremidades entumecidas.

Al salir encontró un ambiente tranquilo; llegó al comedor y buscó a sus nuevos amigos. Estaban esperándole delante de un generoso desayuno.

—Buenos días, Rodrigo —dijo Lola con una sonrisa.

Los demás compañeros, como saludo, alzaron la barbilla en la misma sintonía. Enseguida ocupó su puesto vacío y se dispusieron a tomar el almuerzo sin charlar demasiado.

Pronto asomó un cierto revuelo, que pudieron ver al estar cerca de la cristalera de entrada al recinto. Muchos desviaron la mirada hacia el punto donde las cuidadoras, inquietas, andaban descontroladas de un lado a otro. Parecía que a su paso recopilaban todo lo que estuviera fuera de lugar.

—¿Qué pasará? —preguntó Ángel.

—Alguien nuevo, como yo, seguro —contestó Rodrigo.

—No creo —expresó Lola. Pinzó la babilla con dos dedos—. Tiene que ser algo importante, como cuando vino Ángel. ¿Os acordáis?

La mujer miró a Teo al notar que ponían cara de poco entendimiento. El protagonista mencionado parecía mirar hacia otro lado, provocando que Rodrigo frunciera el ceño.

—¿No lo sabes? —preguntó la fémina al recién llegado. Sin esperar respuesta, prosiguió—: Ángel es famoso. Ya te lo explicaré en otra ocasión. ¿Habéis acabado? —preguntó al grupo, e hizo el amago de levantarse.

—Sí, sí. Vamos a averiguar qué pasa —dijo Ángel, avergonzado.

Sentados en el banco del pasillo con los pies descolgados, los cinco observaban cualquier detalle que aclarara tal excitación.

Se escuchaba cierto rumor de un grupo de cuidadoras cercanas. Afinaron el oído intentando captar lo que contaban. Rodrigo rompió la concentración:

—¿Entendéis algo de lo que dicen?

—Algo —dijo Ángel—. Es lo bueno de tener tanto tiempo libre: puedes dedicarte a observar a la gente y aprender a leer los labios.

—Y ¿qué dicen? —preguntó Rodrigo.

—Espera, casi lo tengo.

Las enfermeras pusieron todo su esmero en cuchichear bajito para no perturbar la tranquilidad de los inquilinos.

Pero Ángel, con una ojeada más mientras tocaba el ala de su sombrero, dijo pensativo:

—Viene alguien nuevo. Es extraño, dicen que es una niña.

—Es imposible —añadió Marcos arrugando la nariz.

—Entonces será alguien importante que viene de visita —dijo la mujer.

—Puede ser, pero me parece que pretende quedarse. Están preparando una habitación —mencionó Ángel.

—Qué raro —expresó Marcos con el ceño fruncido.

Pronto descubrieron de qué se trataba. Como una aparición, adornada de murmullos y acompañamiento, amaneció ella. Desde la puerta de entrada, los pausados inquilinos fueron apartándose para dejar paso a una luz en un lugar lúgubre.

Ante su avance, emanaban miradas atónitas y pensativas por la novedosa invitada a su hogar. La camilla llevaba un séquito de personas en blanco y negro, trajeadas y con maletines. Negaban con la cabeza mirándose de reojo, con angustia y comentando lo importante que era esa estancia para su recuperación. Entre ellos había una mujer. Era la única que llevaba un lazo rojo en el cuello, en vez de corbata.

Caminaban a paso ligero, más bien por el experto manejo del camillero, que apresuraba el ritmo para no perturbar el silencio de los inquilinos, que lo observaban con amplias miradas y la boca abierta.

Desde su asiento, los cinco pudieron augurar que se trataba de alguien peculiar. A una cierta distancia solo apreciaban un cuerpo pequeño tapado con una sábana. Sentían una gran curiosidad (cada vez más poderosa), conforme se iba acercando. Sin embargo, antes de que llegara donde estaban ellos, la comitiva se desvió hacia otro corredor, dejándoles expectantes, quitándoles la oportunidad que esperaban.

—¡Vaya! —exclamaron.

—Se van hacia una zona cercana a tu habitación, Rodrigo.

—Es cierto, Lola —afirmó Ángel—. Buena fortuna para nosotros. Podremos saber cualquier novedad de primera mano.

—¿Quién será? —preguntó Rodrigo.

—Y ¿qué hace aquí una mozueta? —prosiguió Marcos.

Teo miró a sus compañeros y encogió los hombros.

Capítulo 4

Esperaron un tiempo prudencial, pero sus preguntas no se respondían solas. El silencio que quedó dotaba al ambiente de un halo misterioso y oscuro.

—Podríamos preguntar —dijo Rodrigo.

—¿A quién? —preguntó Marcos

—Las cuidadoras tendrán información, pero debemos ser cautelosos —dijo Ángel.

—Me parece buena idea dejar pasar un tiempo —mencionó Lola—. En este lugar se sabe cualquier novedad tarde o temprano, y aunque no tenemos mucho tiempo, sí toda la vida.

—Tienes razón. La novedad no pasa de largo y, un buen día, la historia se destapará sin más y se sabrá toda la verdad.

Las miradas fueron dirigidas hacia Teo.

Después, con paso calmado, caminaron hacia donde habían desaparecido los personajes. Giraron la esquina con intención de pasar por la misma puerta, custodiada por una enfermera que hablaba con una mujer vestida de forma elegante. Decidieron dar media vuelta. Cuchichearon:

—No podemos acercarnos más —dijo Rodrigo.

—Tienes razón —añadió Ángel. Emitió un ruidito con la boca—. La única que puede sacar información a las cuidadoras es Lola.

Las miradas se centraron en la fémina del grupo. Ella puso cara pensativa; luego, expresó:

—Está bien, intentaré averiguar algo. Esperadme en el jardín.

Se desviaron obedeciendo a la mujer. Al llegar, reposaron sus ideas en un banco sin atreverse a manifestar su impresión. De vez en cuando miraban a la puerta esperando que llegara su mensajera. Pasaba el tiempo y se notaban nerviosos. Hasta que Lola apareció:

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Rodrigo a Lola en cuanto la vio.

—Esperad. Vamos a un lugar más apartado.

Así lo hicieron. Se refugiaron en un rincón del jardín, en el banco más alejado que encontraron. Al ver que sus compañeros se impacientaban, la mujer comenzó su charla con un tono de voz bajo, casi en susurros:

—He descifrado parte del misterio.

—Venga, dílo ya —pidieron los hombres al unísono.

—Vale, vale. Con las habladurías de recepción y las suposiciones de las cuidadoras que escucharon la valoración de los médicos, he descubierto que se trata de una niña. Está en coma.

—¿En coma? —expresó Ángel con la cara desencajada.

—No lo entiendo —dijo Rodrigo—. Es extraño que una niña esté en una residencia.

—Lo sé. A mí me extraña mucho. Nunca he visto nada parecido —añadió ella cruzada de brazos.

—Y ¿qué le habrá pasado a esa pobre criatura? —dijo Teo.

La imaginación octogenaria se elevó para deleitarse con opciones tan extravagantes como una enfermedad de la juventud o nacimiento, un catastrófico accidente en un viaje exótico o un caso policíaco de renombre en todos los medios de comunicación, donde resultará herida de gravedad y su mente se refugiara en el olvido. Al acabar el repertorio de posibilidades, los cinco decidieron seguir averiguando el próximo acertijo que intrigaba a todos:

—¿Quién será?

Llegó la hora y continuaron con la charla alrededor de la mesa del comedor. Pero, al llegar a la puerta, en esta ocasión fue Ángel quien se desvió del grupo:

—Esperadme aquí. Prometo volver con más datos de la niña.

Nadie dijo nada hasta verlo desaparecer. Lola rompió el silencio:

—Todos saben que es un hombre muy querido y respetado por los trabajadores del centro. Estoy de acuerdo: él es el más indicado para sacar información.

—Está bien, le esperaremos sentados en el banco de la entrada. Creo que no podré probar bocado hasta que aparezca —añadió Rodrigo. Tocó su estómago con disimulo.

No regresó hasta pasados unos minutos. Ángel les hizo señas con las manos alzadas mostrando las palmas para que esperasen:

—Luego os cuento, cuando estemos en un lugar más apartado.

Comieron en silencio. Las prisas dieron un susto cuando Teo se atragantó y tuvo que intervenir una enfermera. Pese al contratiempo, pudieron salir airosos. Antes de levantarse de la mesa, Ángel les susurró:

—Mejor nos vamos cada uno a nuestro cuarto. Si no echamos la siesta se extrañarán. Debemos hacer lo de siempre.

Todos asintieron, nerviosos, y fueron desviándose conforme alcanzaban sus moradas.

El lugar de encuentro era el mismo que el de la mañana, a recaudo de cualquier distracción. Cuando estuvieron todos, Ángel comenzó su charla:

—No he averiguado el nombre, pero se trata de una familia adinerada que ha puesto sus esperanzas en los médicos de la residencia.

—¡Qué raro! —exclamó Lola.

—Lo sé. Me han dicho que no querían tenerla por más tiempo en un centro médico; incluso pensaron mandarla a algún sitio especializado de un país lejano, pero los médicos no lo permitieron. Dijeron que su frágil hilo de vida no podría soportar un viaje tan largo. Después, como por obra de magia, apareció esta posibilidad.

—Una muy inverosímil —añadió Rodrigo.

—Claro, pero desembolsaron una fortuna para poder ingresar a la pequeña aquí, donde, por edad, no le corresponde. Me han confirmado que el patrimonio de sus familiares lo valía —dijo Lola.

—¿No habrá otra razón? —preguntó Marcos—. ¿Se esconderá de algún misterio?

—¿Quieres decir que le programaron un lugar oculto y desconectado porque su vida corre peligro? —siguió Lola.

—¿Un lugar donde poder refugiarse de alguna situación misteriosa con el máximo secretismo y que ni siquiera los casi muertos supieran de su procedencia? —dijo Teo.

—¡Qué cosas tenéis! —exclamó Ángel. Miró de reojo a Teo.

—Tenemos que verla —dijo la mujer.

—No podremos entrar —explicó Ángel—. Lo mejor que podemos hacer es esperar.

—Eso se nos da bien. Pero ¿crees que se repondrá? —preguntó Teo.

—Me refiero a que pronto se calmará la novedad —explicó Ángel, acariciando con la mano el ala de su sombrero—. Está en coma; o sea que cuando la instalen y le ofrezcan los cuidados que necesita, solo entrarán para asegurarse de su buen estado.

—Tienes razón. Mañana es domingo y suelen venir visitas. Mejor esperamos —ratificó Lola—. ¿Vamos a cenar?

Todos asintieron. Se levantaron de forma pausada antes de encaminarse hacia el comedor. No hablaron en todo el camino, pensativos.

Después de devorar lo que les pusieron en el plato y las correspondientes pastillas que tenían asignadas, fueron a descansar. Rodrigo quedó con la idea de que pronto vendría su hermano a visitarlo. Los demás no lo tenían muy claro.

Capítulo 5

Llegó el día. Rodrigo cuidó todos los detalles de su aspecto para causar una buena imagen, aunque la noche anterior fue desagradable. Los problemas de estómago que asediaban su salud parecían agravarse. Ahora que había tomado una decisión, le preocupaba provocar el malestar de su familia.

Pronto apareció su hermano, con una sonrisa en los labios y las manos repletas de bolsas. Se notaba preocupado:

—Hola. ¿Cómo estás?

—Hola, Adrián. Estoy muy cómodo, no te preocupes.

—¿Te tratan bien? Tienes mala cara.

—Sí, sí. Estoy bien.

Adrián soltó los bultos que llevaba en las manos y se abrazaron durante unos minutos.

—Te he traído tus trofeos y algunas pertenencias.

—Gracias. ¿Has venido solo?

—Sí, mis hijos tenían compromisos y prefieren venir otro día todos, con la familia al completo.

—¿Y Dama y Vagabundo?

—Los traeré en la siguiente visita. Desconocía que pudieran traerse.

—Te dije que sí, hombre —dijo Rodrigo, exaltado—. Bueno, la próxima vez los traes. Echo mucho de menos a mis amigos. Hay un parque enfrente con un recinto especial para perros. Les encantará.

—De acuerdo. Me ha parecido verlo cuando llegaba. Pero ni se te ocurra ir sin compañía. Solo faltaría que te cayeses yuviéramos un disgusto.

—Puedes estar tranquilo, que no iré solo —mintió—. Aquí están pendientes de mí en todo momento. El médico viene a verme muy a menudo y si siento alguna molestia puedo avisar a las enfermeras.

—Eso está bien, pero, insisto: estarías mejor con nosotros.

—Lo sé. Entiéndeme: mi propósito es estar en un lugar donde puedan atenderme sin molestar a nadie.

—¿Molestar? Venga, hombre. No nos molestas. Al contrario: te echamos de menos.

—Tranquilos, estoy bien. Hasta tengo amigos.

—¿Tienes ya amigos después de solo unos días?

—Sí, sí.

—Eso está bien. Pero recuerda que no debes hacer esfuerzos. ¿Dónde están esos amiguetes?

—Hoy, seguro que con sus familiares.

—Ya, seguro.

Hubo un silencio incómodo. Los dos se miraron de reojo. Hablaron largo rato de las novedades del hogar que había dejado el anciano, en contra de la voluntad de los demás. Rodrigo se emocionó al preguntar si sus canes le extrañaban y estaban bien.

Sin salir de la alcoba, sentados en la cama, pasaron las horas hasta que Adrián decidió que debía marchar. En principio, se notaba que no sabía cómo despedirse. La voz le temblaba y sus ojos parecían tristes. Rodrigo se adelantó:

—Se acerca la hora de comer. Es mejor que te vayas.

—Tienes razón. ¿Estarás bien?

—Por supuesto, no te preocupes. Lo estoy.

—Vale, pero cualquier molestia, por pequeña que sea, me avisas.

—Lo haré, hermano.

—Me olvidaba decirte que tengo que viajar por negocios, pero le diré a los chicos que vengán a verte. Solo serán unas semanas.

Se abrazaron.

Al marchar, Adrián observó el ambiente reposado que se respiraba en los corredores. Sus lagrimales húmedos estuvieron a punto de rebosar, pero se controló hasta la salida. Una vez estuvo en el coche, lloró como un niño.

Al verse solo, Rodrigo estiró su cuerpo en la cama para descansar. Suspiró y frotó su estómago. Pensativo, imaginó cómo sus amigos habían vivido la visita de sus allegados.

En un impulso, se incorporó de la cama hasta quedar sentado en un borde. Hubo un momento de reflexión ante la idea de ir al comedor o que le llevaran la comida, la cual despejó con un escalofrío ante la curiosidad de saber de sus compañeros.

Fue el primero en llegar. Pasaron unos minutos, cuando aparecieron los demás:

—Hola, chicos.

—Hola, Rodri. ¿Cómo ha ido la visita? —preguntó la mujer, con voz cantarina.

—Bien, bien. —Emitió un ruidito de sorpresa ante el diminutivo—. Mi hermano está preocupado por mí, como siempre.

—Ya. Suele pasar al principio, hasta que se habitúan —contestó ella.

—¿Y vosotros? —preguntó Rodrigo dirigiéndose a todos, uno a uno.

—A mí ha venido a visitarme mi sobrina Lucía. Es una preciosidad. Ya la conoceréis. Solo se ha quedado un ratito, pero dice que vendrá la semana que viene con más tiempo.

—Me encantaría conocerla, Lola. ¿Y los demás?

Hubo un silencio incómodo: caras serias y miradas desviadas hacia el plato. La charla cambió para seguir con el enigma:

—Por cierto, ¿habéis averiguado algo más de la niña? —preguntó Rodrigo.

—Como pensaba —contestó Lola—; después de que se instalara, el ambiente se ha calmado. Me he fijado y he visto que apenas entran las cuidadoras.

—Es cierto, también lo he notado —añadió Rodrigo—. Como la tendrán monitorizada y controlada, seguro que solo entran para comprobar que respira.

—Ya, pero habrá que hacer un seguimiento y saber las horas a las que van y no —añadió la mujer—. Si nos pillan entrando allí, puede que no nos dejen acercarnos ni siquiera a esa zona.

—Vale, estoy pensando.

—Creo que tú, Rodri—Lola señaló al hombre con el dedo índice—, al ser el más cercano, tienes más posibilidades de saberlo.

—Muy bien, yo me encargo, pero los demás también deberían estar atentos. Tengo el estómago revuelto y no me encuentro con ánimo de estar alerta. Aunque quisiera, puede que no me entere de lo que pasa.

—Lo siento, Rodri. Me ha extrañado que apenas comieses —dijo Lola con voz temblorosa.

—Tomaré las pastillas que me corresponden y me echaré un rato. Seguro que se me pasará.

Todos asintieron, preocupados. Luego, los tres varones se miraron con sonrisa cómplice ante la conversación a dos de Lola y Rodrigo, la posible pareja:

—Te dejaremos descansar y a la noche iremos a verte. —La mujer le dio una palmada en la espalda a Rodrigo.

—Me parece bien. Gracias, «amigos» —recalcó Rodrigo la última palabra.

Sonrieron ante el apelativo que había pronunciado el recién llegado con un énfasis cariñoso. Les llenó de una energía renovada en un cuerpo viejo.

Capítulo 6

Se hacía oscuro y los cuatro amigos se impacientaban. Decidieron ir a ver al componente del grupo que faltaba. Al llegar, la mujer picó a la puerta con el puño:

—Rodri, ¿cómo estás?

Después de incorporarse y alisarse la vestimenta, el susodicho dijo:

—Pasa, estoy mucho mejor.

Entraron uno tras otro y Rodri se sorprendió al ver que la mujer no entraba sola. Disimuló con una sonrisa forzada.

Ellos, al verlo pálido, no se creyeron sus palabras. Lola se sentó a su lado mientras los tres restantes quedaban de pie. Se adelantó a la pregunta popular:

—¿Te ha visto el médico?

—Sí, me ha visitado. Ha cambiado los medicamentos y me ha aconsejado descanso. Hoy cenaré aquí. Lo siento, chicos, pero no he podido averiguar nada.

—No te preocupes. Nosotros hemos estado atentos a todo lo que pasa. —Lola se apoyó en el bastón para levantarse—. Descansa y mañana nos vemos.

—Vale, seguro que estaré mejor.

Salieron en silencio. La visita de su hermano le recordó las bolsas que todavía estaban en el suelo.

Se levantó y miró los nuevos accesorios para su hogar. Buscó espacio con la mirada y encontró un estante situado encima del escritorio.

Con esmero, comenzó a desembalar trofeos y demás recuerdos, todavía amarrado a su vida anterior. Al acabar se notaba cansado. Suspiró rendido de impotencia por la falta de fuerzas: ya no era un niño, ni ese jovencito que ganó el premio de «mejor pelador de patatas». Sonrió mientras se acomodaba en la cama.

Recordó la noche anterior a su marcha, cuando su familia le obsequió al escuchar una última vez sus «cruzadas» antes del inminente ingreso.

Sus sobrinos, cómplices, decían:

—Tío Rodrigo, cuéntanos cómo ganaste tantas medallas y trofeos.

—Lo he narrado miles de veces, pero os lo diré: cuando era un chiquillo, nervioso y revoltoso como cuando lo erais vosotros —rieron al unísono—, le dijeron a vuestra abuela lo bien que me iría cansarme en las pistas de atletismo del pueblo. Vuestra yaya, harta de mis trastadas, decidió apuntarme. Me dijo «corre», y al año ya estaba trotando entre los querubines y ganando varias disciplinas en carreras y marchas, con récord en velocidad y resistencia. Cuando falleció el abuelo yo tenía dieciséis años y tuve que dejar de competir en las pistas para empezar a trabajar y cuidar de su viuda y de mi hermano pequeño. Antes, el hombre de la casa tenía que aportar el alimento y confort a la familia. La abuela se ha encargado de conservar todos los recuerdos y, mi familia, más allá de su fallecimiento.

—Tío Rodrigo, ¿cómo ganaste esa medalla de la estrella?

—Amores, la gané en cuanto entré en el servicio militar, antes obligatorio a la mayoría de edad. Nada más presentarme en la comandancia de Marina, con mi petate cargado de inquietudes, mi superior me encargó mi primera misión: entré a pelar patatas para sustituir a un soldado. —

Rieron los jóvenes presentes—. El anterior ayudante culinario mondaba con gordura, y cuando vino el general, nada más sentarme en mi puesto para efectuar el relevo, me dio un golpe en la cabeza, amonestándome. Al día siguiente mis mondaduras eran tan finas que se transparentaban. En la última comida, como despedida antes de marchar a casa, hicieron una entrega de premios fingidos para los soldados. Me concedieron el galardón al mejor pelador de patatas.

Se sentó en la cama, abatido, rememorando las carcajadas de su familia en esa última noche de despedida. Alargó la mano temblorosa para abrir el cajón y sacar la imagen de su cónyuge. La miró con tristeza:

—Mercedes, ¿por qué tuvo que presentarnos ese «amigo»? —dijo con énfasis—. La primera vez que te vi me pareciste preciosa y elegante, una mujer culta, de buena escuela, con un trato exquisito, y me enamoraste. La segunda vez noté tu carácter fuerte y un poco despiadado con los demás, pero nunca mientras éramos novios. Decidimos casarnos y me mudé a tu gran casa con tus ancianos padres. Les prometí ayudarles en sus negocios de joyería. —Respiró hondo—. Me dijiste que era «medio hombre» porque no te quedabas en cinta. ¡Ja! Me echabas la culpa cuando eras tú quien nunca sería madre, y te castigó Dios.

Soltó la fotografía en el cajón, boca abajo, y lo cerró con rabia. Echó las manos a la cabeza. Una lágrima recorrió su mejilla arrugada y la limpió con el dorso de la mano. Por un momento se le iluminó la cara al observar la imagen de su familia.

Miró su entorno vacío y dijo:

—¿Habré hecho lo correcto?

Ladeó la cabeza para afinar el oído cuando escuchó ladridos en el exterior; después, chasqueó la lengua con los dientes antes de añadir:

—He tomado una decisión y seguiré con ella, cueste lo que cueste. Resignado, miró el espejo del armario situado en frente.

—No estoy solo en esto.

Con esa idea se relajó y decidió descansar. Acababa de tumbarse cuando apareció una enfermera. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta:

—Buenas noches, ¿se encuentra mejor? Le traigo una cena ligera.

—Sí, sí. Gracias.

—Vale. Si necesita algo, llame al timbre. Luego vendré a recoger la bandeja y comprobar su estado. Después de las doce habrá cambio de enfermería, pero estaremos atentas a cualquier imprevisto. No dude en avisar si está indispuesto.

La mujer desapareció después de dejarle la bandeja. El paciente tocó su estómago: notaba cierta mejoría, aunque puso cara de malestar al oler el intenso aroma de los alimentos. Estaban tapados, pero supo apreciar el supuesto pescado a la plancha y judías verdes con patatas. Apartó la mesita que lo contenía.

Fue entonces, al tumbarse de nuevo, cuando recordó las palabras de la enfermera. Sonrió satisfecho.

Capítulo 7

Estaba emocionado como si fuese un chiquillo que espera su fiesta de cumpleaños. El dolor de estómago parecía remitir con las nuevas pastillas y estaba listo para quedar con sus amigos.

Al llegar encontró a los cuatro restantes del grupo sentados en su mesa habitual y con las correspondientes viandas. Lola se adelantó para saludar:

—Buenos días, Rodri. ¿Cómo te encuentras? Perdona por no avisarte, pensamos que desayunarías en tu cuarto.

—Gracias, me encuentro mejor.

Se sentó en la silla vacía y miró a todos sus compañeros con un brillo especial en los ojos. Sonreía, enseñando los dientes con mueca burlona:

—Tengo la solución que andábamos buscando.

—¿Cómo? —preguntó Lola afinando el oído.

—Llevo pocos días aquí, pero ayer vino a verme una enfermera mientras estaba en mi cuarto y me dijo que si necesitaba algo llamara al timbre, que a las doce hay cambio de enfermería pero estarían atentas a los avisos.

—¡Claro! ¿Cómo no había caído antes? —exclamó la mujer.

—Ah, ¿sí? —dijo Teo, un poco aturdido.

—Sí, sí. Es el momento ideal, aunque no tendremos mucho tiempo —añadió Ángel dando un saltito en su asiento—. Lo justo para verla. Me muero de la curiosidad.

—Muy bien, hay que planearlo con todo detalle. No nos pueden descubrir —dijo Marcos con gesto serio.

—Quedamos en mi cuarto. Es el sitio más cercano —ofreció Rodrigo.

El día se hizo más largo de lo que estaban acostumbrados. Entre todos habían decidido posponer los somníferos hasta que volvieran de su aventura para evitar caer rendidos antes de tiempo y perderse la visita.

La máxima expectación llegó cuando los relojes marcaron las doce.

Pasaron unos minutos hasta que aparecieron parte de los amigos en el cuarto de Rodrigo. Picaron a la puerta y Lola susurró:

—Rodri, ¿estás despierto?

—Claro, vamos.

La entrada se abrió para dejar paso al componente del grupo que faltaba. En silencio y con pasos sigilosos, dentro de sus posibilidades, se dirigieron hacia el lugar deseado por todos.

Cruzaron con mesura ante la entrada destinada a las enfermeras, o cuidadoras, como ellos las llamaban. Pudieron adivinar la conversación de varias mujeres.

Después de sortear el obstáculo con sigilo, se detuvieron frente a la estancia sin atreverse a penetrar al interior, así hasta que Rodrigo decidió hacer los honores. Pasaron lo más deprisa que pudieron y cerraron la puerta, quedando inmóviles ante una imagen desoladora.

Observaron la carita llena de paz, su cuerpo frágil y delgado calcado bajo la sábana que lo cubría. El cabello lo tenía echado hacia un lado de la cara, como un nido de trenzas pajizas. Hechizados ante la juventud, fueron acercándose hacia la niña y la rodearon.

Observaron los ojos cerrados y apareció el siguiente enigma:

- Apuesto a que los tiene de color azul.
- Me recuerda a una mujer pecosa que tenía los ojos verdes.
- Podrían ser iguales a los de mi sobrina.
- Espero que no sean negros.
- Pobrecita, parece esa del cuento que está dormida para siempre.

Cada uno susurró sus predicciones. Aun así, nada más verla, se sobrecogieron. Un crujido del exterior hizo que reaccionasen. Fue Rodrigo quien decidió finalizar la visita:

- Debemos marchar, ya la hemos visto. —Hizo el amago de dar la vuelta.
- Es verdad, Rodri, pero espera —dijo Lola. Alzó la palma de una mano y se colocó delante de Rodrigo. Lo miró a los ojos y siguió hablando—. Tengo una idea: pienso que las personas que están en coma pueden escuchar lo que les dicen aunque estén ausentes.
- ¿Quieres decir que se está enterando de que estamos aquí? —preguntó Rodrigo dirigiéndose hacia su compañera.

—Es probable. Sería genial tener una nieta, sobrina, o lo que sea, a la que contarle cuentos, como lo hacíamos antes, sin interrupciones.

- Poder narrar tus batallas, aquello que ya no le interesa a nadie; además, con la certeza de que no las puede desvelar.
- Es cierto.

—Total, está dormida y tan lejos que no le molestará que le contemos nuestros pensamientos. Y aquí nadie tiene tiempo para escuchar. En cambio, ella sí.

Mientras la pareja charlaba con ojos ilusionados, los demás callaban con gesto pícaro. Luego, las cinco cabezas bajaron para despedirse de la imagen. Dieron media vuelta para abandonar la estancia, cuando Teo los detuvo:

- Esperad. En la mesita hay un informe. Puede que lleve el nombre de la paciente.
- Déjame ver —dijo Lola adelantándose ante la atenta mirada de los demás. Cogió los papeles y leyó con ansia—: Alicia Reyes.
- ¿Y el segundo apellido?
- No pone nada más, Teo.
- Vale, ahora debemos marcharnos —dijo Marcos, nervioso.
- Entonces, ¿tenemos una misión?
- Por mí sí, Rodri. Ayudaremos a una niña dormida que precisa de nuestra sabiduría.
- Puede que sea nuestra última oportunidad de vivir una aventura —añadió Ángel.
- Vale, no tenemos otra cosa que hacer —añadió Teo.
- ¿Quién será el primero? —preguntó la mujer mirando a los demás.
- Mañana lo decidimos, me muero de sueño —respondió Rodrigo.

La luz tenue era más que suficiente para que unos intrépidos amigos regresaran a su morada, muy despacio, pero soñando con que su historia fuese escuchada con el interés de quien atiende sin rechistar.

Capítulo 8

Se despertó con sudores fríos. Había tenido una pesadilla, que se le repitió durante bastante tiempo después de la muerte de su esposa. Tocó su estómago con alivio y, estirado en la cama, repitió en voz alta:

—Alicia, Alicia. No parece corresponderle a una niña aletargada, sino a una aventurera y guerrera.

Alargó la mano y abrió el segundo cajón de su mesita (el primero estaba cerrado a cal y canto por un candado invisible) y sacó una libreta y un bolígrafo. Sentía inspiración para plasmar su relato, exento de pasiones durante toda una vida, y un amor pendiente —aunque poco posible según su parecer—, pensando en la fémica del grupo al que pertenecía. Tardó un buen rato, entre tachones y añadidos, hasta que estuvo conforme con el resultado. Rasgó la página escrita y la dobló con esmero, para luego dejarla encima de su almohada, justo a su lado.

Cuando estuvo listo para salir, introdujo con sumo cuidado el papel en el bolsillo de su chaqueta y se dirigió hacia la puerta, donde suspiró.

Hubo miradas cómplices, silencios y sonrisas inquietas durante el desayuno. Rodrigo rompió el silencio:

—Lo tengo.

—¿Qué tienes? —preguntó Lola levantando la mirada del plato.

—La historia para Alicia.

—Es fenomenal —dijo Marcos—. A mí no se me ocurre nada.

—Serás el primero —añadió Ángel.

—¿De qué trata? —intervino Teo.

—Ya lo veréis. No pienso desvelar nada hasta la noche.

La espera se hizo eterna en el jardín mientras llegaba la hora indicada. Solo podían distraerse con los quehaceres del día a día, que libraban como bien podían, y así hasta que el ocaso diera paso al tiro de salida.

Expectantes, conversaban de temas livianos:

—Cuentan que cuando cae el sol y llega la noche, unos espectros se adueñan de las esquinas y son tan traviosos que se entretienen asustando a los inquilinos —dijo Ángel con tono misterioso—. Hacen todo tipo de crujidos y apariciones luminosas. Horrorizan y ponen los pelos de punta a todo el que los encuentra.

—Sobre todo a las cuidadoras —intervino Marcos, riendo.

—Me parece divertido pensar que somos nosotros, los jubilados, tales entes que pasamos las noches en vela, jugando al ajedrez o curioseando las plantas superiores —siguió Lola.

—O simplemente haciendo travesuras y entrando en la cocina en mitad de la noche para preparar un tentempié o cambiar el menú del día siguiente —dijo Rodrigo.

—Eso no puede pasar —La mujer miró a Rodrigo con sonrisa burlona.—: la cierran a cal y canto.

—Vale, pues adentrándonos en habitaciones ajenas para contar cuentos a una niñecita .

Rieron hasta no poder más.

—¿Los habéis visto alguna vez?

—Nunca, Rodri. En el tiempo que llevo aquí, que es mucho, jamás vi tales espectros, ni escuché ruidos, ni mucho menos noté luz extraña alguna.

—No existen los fantasmas —dijo Teo.

—Puede que no tengamos sensibilidad suficiente para verlos, ni lo haremos jamás —aseguró Marcos.

—A estas alturas —añadió Ángel—, y dada nuestra visión un poco atrofiada, no creo que podamos diferenciar entre vivos y muertos cuando esté oscuro.

Suspiraron al unísono.

Llegó la hora de descansar. Se encaminaron, como siempre, hacia sus habitaciones. Con la diferencia de que ellos tardarían en soñar.

Pasadas las doce de la noche, varias zapatillas de felpa amortiguaban los ruidos de unos pasos torpes. Trataban de ser sigilosos hasta llegar a su destino, una morada rodeada de espinas y cables, y así encontrarse con la niña dormida. Alguna risita se escapó.

Apoyados en el quicio de la puerta, sin entrar del todo, inspeccionaron que solo quedaba la figura inerte. Mantenía las manos sobre el abdomen, como si ya estuviera fallecida, y su tez pálida parecía confirmarlo. Solo las máquinas que bombeaban sin descanso el murmullo de su corazón les cercioraban de que seguía con vida.

Debido al esfuerzo, Lola mostraba fatiga mientras se apretaba el pecho con una mano. Rodrigo la miró y susurró:

—¿Estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes, Rodri. Es la emoción.

Como estaba apurado, Ángel sacó de su bolsillo un inhalador y pulsó dos veces en su garganta. Teo parecía ausente, enfrascado en el sonido continuado de una máquina, mientras Marcos mantenía la compostura como bien podía.

Pasaron el umbral, nerviosos y en silencio. El último cerró la puerta. Poco a poco fueron acercándose, quedando a unos centímetros de la camilla. La desvalida imagen entristecía sus corazones. Alicia estaba rodeada de cables por todos los lados y un tubo la ayudaba a respirar.

Miraron sus facciones con cierto temor. Un carraspeo de Rodrigo rompió el momento y deshizo el hechizo:

—Pobre chiquilla. ¿Qué le habrá ocurrido?

—Es tan frágil y desvalida que parece que en cualquier momento pudiera romperse en pedacitos. Pero no te preocupes, Alicia —dijo Lola. Puso tono contundente y se dirigió a la pequeña—. ¡Lo averiguaremos!

—Con sus ojitos cerrados parece tan tranquila y relajada... —añadió Ángel—. Como si nada le hubiese ocurrido y en cualquier momento fuera a despertar y decir: «Hola, ¿queréis jugar conmigo?».

Hubo otro silencio durante unos instantes, hasta que la tos de Lola se hizo presente y les entró prisa:

—¿Empezamos?

Rodrigo sacó el pedazo de papel del bolsillo y lo desdobló con cuidado. Carraspeó antes de comenzar la lectura mientras los demás miraban a la niña, a la espera de una aprobación que no llegaría.

Ante el inminente relato, los cuatro se sentaron como bien pudieron al borde de la cama y el narrador comenzó:

Amor imposible.

Cada mañana miraba desde la ventana cómo salía con el amanecer. Tenía tal brillo y color que no pensé que podría sentir tanta emoción.

Un día me atreví a saludarla con un simple «hola», y me respondió con un movimiento de aceptación de su cabeza.

Al día siguiente me contestó con otro «hola», que me derrumbó. Pensé que nunca se acercaría a mí. No soy muy agraciado, no como ella, siempre tan bella.

Pero sí, se acercó con el paso de los días y, aun a sabiendas de lo que iba a pasar, pasó. Quedó enganchada a mi tela de araña y su luz dejó de brillar.

La única solución era destruir todo lo que me había costado tanto conseguir para liberarla, pero ella se resistía a irse. ¿Qué podía hacer? Le dije que confiara en mí y mi dulce luciérnaga me miró fijamente a los ojos. Asintió.

Todo iba a salir bien.

Cuando ella quedó libre, supimos que nunca podríamos estar juntos.

Desde entonces nos miramos cada mañana con un fuerte pesar y, a la vez, con una enorme emoción por haber estado tan cerca el uno del otro.

—Es precioso, Rodri.

—Gracias, Lola.

Los tres hombres sonrieron ante la mirada intensa que compartió la pareja, dejando a los demás imaginando quién era el amor imposible al que se refería su amigo.

Esa noche Rodrigo contaba y los demás escuchaban, dando el pistoletazo de salida con una breve historia de desamor, pero intensa. Fue muy sencillo para el narrador escribir pensando que nadie adivinaría su protagonista. Al desviar la vista encontró la realidad. Impotente, rehuyó la mirada traviesa de sus amigos.

Ángel carraspeó para romper la tensión:

—Debemos volver o nos descubrirán.

Antes de marchar, Teo se acercó a la destinataria del relato para asegurarse de que estaba dormida y, al verla inerte, le dio un beso en la mejilla. Los cuatro amigos observaron su gesto con ternura mientras él susurraba:

—Escribiré una historia bonita y seré el próximo en leértela.

Salieron de la estancia en silencio, satisfechos, dispersándose cada uno hasta ocultarse detrás de sus respectivas puertas.

Rodrigo, al encontrarse solo, respiró desahogado. Sacó la prueba literaria del bolsillo y la guardó en una caja de puros que vació previamente de pequeños objetos. Después la custodió en la mesita, encima del portarretratos vuelto del revés.

Capítulo 9

Otro día de quietud llamó a las confesiones. Los cinco amigos charlaban de su vida anterior engalanando el jardín con recuerdos, unos graciosos y otros picantes:

—Cuando estuve con una mujer la primera vez, fue con una fulana. Frecuentaba las fiestas de una capital marítima y yo, siendo novato y nervioso, no me pude poner en posición. Ya sabéis —dijo Teo señalando con la mirada a los masculinos del clan, evitando a Lola—. Pero en cuanto le pones práctica, ya no te para ni Dios.

—No nombres al creador en asuntos tan sucios —recreminó la mujer—. Eres incorregible, Teo Gómez. De casi todo te olvidas, menos de esas guarradas.

—Venga, que siempre nos cortas las conversaciones más interesantes —añadió Marcos con enojo al ver interrumpido el único placer que le quedaba: escuchar.

—¡Déjalo que cuente su historia! —exclamó Ángel con retintín.

—Vale, vale, viejos verdes.

Rieron hasta que Ángel comenzó a toser. Buscó su inhalador en el bolsillo y aplicó dos pulsaciones en su garganta. En cuestión de segundos estaba recuperado y listo para seguir con la charla.:

—¿Con cuantas mujeres has estado, Teo?

—Ya perdí la cuenta, pero no de no recordarlas, sino de una lista tan extensa —contestó Teo, poniendo cara de bueno y malo al mismo instante.

—Eso te lo inventas —soltó Lola—. ¡Qué vas a tener tú tantas mujeres con ese careto! —Se tapó la boca para ocultar la risa nerviosa.

—¡Huy!, si yo te contara lo que corrí en la vida... —intervino Marcos—. Con una mujer, con dos, con varias, e incluso con alguna mulata, de pie y apoyados en la reja de una callejuela intransitada —rio a carcajadas—. Si quieres te lo explico más detalladamente en mi dormitorio.

—A nuestra Lola ni la mires, Marcos —dijeron los tres romeos que parecían proteger a su Julieta. Lo apartaron de ella entre bromas.

—Eso, a mí déjame tranquila. No quiero saber nada de hombres. De hecho, estoy orgullosa de estar soltera.

—¡Vaya! —exclamó Rodrigo—. Es lo mejor que has podido hacer.

—A mí me vas a contar, que me desposeí tres veces de unas salvajes, aunque hermosas y embaucadoras mujeres. ¡Cuántos recuerdos me quedaron de aquellas posturas insostenibles que me dejaban baldado! —añadió Marcos muy chistoso.

—Rodrigo, ¿y tu historia qué? —preguntó Ángel, intentando omitir su historia secreta de amor.

—Yo, poca cosa, ya sabéis —titubeó. Miró a los tres hombres con intensidad y entrecerrando los ojos. Había observado gestos que explicitaban saber más de la cuenta.

—Siempre con la misma conversación —zanjó Lola, incómoda.

Se hizo de noche y unos ensordecedores estruendos se escucharon cercanos, atacando la tranquilidad del lugar. Sentados en un banco del corredor para matar el tiempo, las ráfagas de aire provocaban que las inquietudes quedaran a salvo.

El único que permaneció de pie fue Teo. Pensativo, dijo:

—Ahora vuelvo. Tengo que ir a mi cuarto a buscar el relato que he escrito. Me gustaría

enseñároslo antes de leérselo a Alicia.

—¡Vaya, Teo! ¡Qué sorpresa! —dijo Lola con gesto de preocupación—. Espera, te acompaño.

Marcharon despacio mientras los tres restantes aprovechaban para charlar del próximo narrador, aunque más bien fue un diálogo a dos con la cara de asombro del tercero. Comenzó Ángel:

—Antes, Teo, siempre estaba triste, salvo cuando empeoró. En cierto modo, creo que agradeció su pérdida ocasional de recuerdos.

—Para él somos como su familia. No recibe visitas, que nosotros sepamos —siguió Marcos—. No sabemos si es hijo único, o si tiene descendencia.

—Es verdad. Hay aspectos de su vida que olvida o se hace el olvidadizo, pero de su madre sí que ha hablado. Me contó que le hizo la vida imposible; es repetitivo en algunos aspectos. ¡Con lo grandote que es! —Ángel hizo un gesto formando una curva con las manos alzadas—. Narraba historias sin sentido de una mujer huraña y robusta, con un carácter sádico y nada cariñoso. Nunca conoció a su padre, ni sabía su paradero. Suponía que sería un aventurero como él, o un capitán, o un famoso deportista que marchó después de engendrarle y que ese era el motivo de que su madre lo odiara tanto. Me dijo una vez que, si fuera su padre, también hubiese huido del lado de su madre.

—Cuánta rabia debía tener mi compañero —añadió Marcos—. Le quedaron recuerdos vagos que, a veces, soltó a lágrima viva. Suerte que tiene a Lola. Ella le cuida, y a nosotros no nos reporta ningún sacrificio dejar que vaya a su ritmo.

—Teo, además, relató sus aventuras por todo el mundo, pero al principio no le creímos, ¿verdad, Marcos? Hasta tuvo que enseñarnos el pasaporte para convencernos de todos los lugares inhóspitos y salvajes que había recorrido en sus años de correrías. Hasta que la depresión le hizo una mala pasada y tuvo que quedarse en tierra, dejando tantas personas que debió conocer y que, ahora, no le tienen en cuenta para nada.

—Me contaron que su llegada fue como una esperanza para una vecindad que lo veía vagar por las calles y que tenían que acompañarlo en numerosas ocasiones para que lograra llegar a su casa sano y salvo. Gracias a los vecinos, quienes llamaron a las asistencias sociales para que hicieran lo imposible por ayudarle, nuestro amigo se salvó de perderse y que le ocurriera una desgracia. Por suerte, tenía una acaudalada herencia familiar y le buscaron un buen lugar. Después, se despreocuparon de él.

—Eso no lo sabía, Ángel —dijo Marcos.

—Una enfermera me lo contó una noche que lo encontré deambulando por el corredor.

La tristeza del momento se diluyó cuando apareció Lola. Al ver el ambiente enrarecido, preguntó:

—¿De qué habláis?

—De lo de siempre —dijo Marcos.

—¡Hombres! ¡Los masculinos y poderosos clientes que he tenido que defender obligada por el bufete! ¡Uf!

Sus compañeros la miraron con asombro ante el cambio de humor. Con un gesto de no entender nada, Rodrigo le preguntó:

—¿Y Teo?

—Se ha quedado descansando.

—Pero dijo que traería la historia para Alicia.

—Lo sé, aunque ha cambiado de opinión —La mujer encogió los hombros—. Dice que será

una sorpresa.

El tiempo restante lo pasaron hablando de la tormenta y si ese detalle trastocaría las costumbres de las enfermeras. Decidieron probar de nuevo esa noche, aunque no estaban seguros de si Teo había escrito su historia o era inventada.

Capítulo 10

Alcanzaron su oasis protegido, en silencio y expectantes ante una noche de diversión. Las relampagueantes luces del exterior entraban por la ventana, alumbrando la estancia y ofreciendo un resplandor especial.

Alicia permanecía impassible. La extensión de cables impedía tener una visión más hermosa de la niña.

—Pobre criatura. No me acostumbro a verla así —dijo Lola.

—Es tan pequeña... —añadió Teo con gesto de angustia.

Ante la sorpresa de sus amigos, Teo sacó un papel doblado del bolsillo y lo enseñó. Su gran sonrisa demostró que aún le quedaba ánimo para escribir y relatar.

—Si estáis de acuerdo, empiezo ya.

Su voz era entrecortada y nerviosa. Empeñado en recitar bien su historia, carraspeó y miró su trozo de celulosa con gesto serio. Comenzó como un susurro:

¿Cuál es tu nombre?

Quizá, te pusieron el nombre de una flor delicada, como Rosa, por el dulce perfume de tu piel y las espinosas garras.

O te nombraron Mar por la calma de tus ojos y la furia de tu mirada.

Dime, ¿qué nombre puedo posar en mis labios para besar esa boca?

¿Te llamas Luna o Estrella por la luz que irradian y porque parece estar en lo más alto del firmamento, resultando inalcanzable?

Me gustaría que fuese el nombre más hermoso, que defina toda tu esencia y poder.

Sé que será algo mágico, como Hada, que escapas entre los dedos y haces que vuelen mis sentidos.

Tal vez sea un nombre de deidad, como Thais, diosa del amor, transportadora por el aire de los suspiros más dulces.

Puede ser el nombre poderoso de una reina, como Isabel, que rige en los corazones y la voluntad de los sueños más profundos.

A ti, que con dulzura lo preguntas, a tí te digo: Olvido.

Me llamo Olvido.

Al acabar, sin apartar la vista del papel, lo dobló y guardó de nuevo en el bolsillo. El silencio reinaba en la estancia. Al alzar la mirada, encontró a sus amigos emocionados. Lola se acercó a él y, abrazándolo, dijo:

—Es precioso. Gracias, Teo.

Un trueno retumbó en la estancia e hizo que reaccionaran al momento. Rodrigo dio un respingo:

—Se hace tarde. Debemos poner fin al encuentro.

—¿Creéis que Alicia me ha escuchado?

—Es posible, Teo —contestó la mujer.

Los tres hombres se acercaron a Teo y le dieron una palmada en la espalda. Lo siguiente fue despedirse de la invitada con cinco besos en la frente y una sonrisa. Dieron un último vistazo con melancolía y, satisfechos, salieron uno a uno del cuarto.

Una vez en el corredor, remiraron a todos lados como si hubiera alguien invisible a su

alrededor que los pudiera delatar; después reprimieron cualquier manifestación, encubierta por sus manos envejecidas.

Antes de que Teo se desviara para acceder a su alcoba, Rodrigo le paró, tocándolo en el hombro:

—Espera, ¿me das tu relato?

—¡Claro! ¿Para qué lo quieres?

—He pensado que los guardaré todos para que no se pierdan.

—Es buena idea, Rodri —intervino Lola—. La próxima en leer seré yo.

Los cuatro hombres se miraron. Aceptaron con un movimiento de cabeza y fueron a paso torpe a sus sendos aposentos. La lluvia del exterior se escuchaba más pausada cada vez, haciendo que el trayecto transcurriese sin sobresaltos:

Rodrigo llegó a su habitación con cierto poder en su mano. Suspiró. Miró el trozo de papel doblado y lo guardó en la caja de puros donde había custodiado el suyo.

Capítulo 11

En cuanto amaneció, Lola decidió que necesitaba un cambio de aspecto. Se dirigió a la peluquería de la residencia y al percatarse de que no estaba la profesional de siempre quiso marchar, pero decidió darle una oportunidad a la sustituta. La chica era niña e inexperta, según le pareció a ella, pero no dijo nada. Aparcando su bastón cerca de la silla, se aposentó en la butaca.

—Hola, ¿cortamos las puntas?

La mujer hizo un gesto de aceptación y, sin mediar palabra, la chica procedió a cortarle el pelo canoso. Cuando hubo terminado, le refregó un líquido azulado que, según decía la peluquera, le haría un semblante más distinguido.

Salió alterada. Como un vendaval, recorrió el pasillo presionando su bastón contra el suelo a cada paso, así hasta llegar al jardín donde había quedado con Lucía. Pero ella no estaba. Con mal humor, dio media vuelta para recluirse en su cuarto hasta que llegara, cuando encontró de frente a Rodrigo.

El hombre disimuló, aunque la buscaba a ella:

—Hola, ¿has ido a la peluquería?

—¡A ti qué te parece! —exclamó, enojada.

—Te sienta muy bien, más moderna.

—Pero ¡si me han puesto el pelo azul!

Pronto apareció Lucía y encontró a su tía charlado con alguien desconocido. Estaba alterada y se preocupó por su enfermedad. Se acercó despacio hasta ponerse a su lado. Al verla, Lola se abrazó a ella:

—Hola, cariño. ¡Mira lo que me han hecho! Parezco un gato añil.

—No te alteres, tía. Te sienta bien. Te da un porte más actual.

—Eso le he dicho yo —dijo Rodrigo.

Las palabras del octogenario hicieron reaccionar a su compañera. Acicaló su cabello, coqueta.

La sobrina sonrió. Hacía tiempo que no la veía flirtear con un hombre. Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos; luego alargó la mano hacia Rodrigo:

—Hola, me llamo Lucía. Soy su nieta.

—Encantado, me llamo Rodrigo. Hace poco que vivo aquí.

—¿Quieres sentarte con nosotras? —La joven estrechó su mano y le señaló con la mirada un banco cercano. Después se dirigió a Lola—. Tía, ¿quieres un comprimido?

—No, no. Estoy bien, cariño. Mi corazón no se va a alterar por un simple peinado.

Se acomodaron en un silencio incómodo, hasta que la mujer comenzó a interesarse por su sobrina.

—¿Cómo te va en el bufete?

—Muy bien, como siempre.

—¡Ah! ¿Eres abogada? —intervino Rodrigo.

—Sí, sí, como lo era mi tía. Me viene de familia.

—¿Cómo está Nevado? —preguntó Lola con los ojos tristes—. Lo echo de menos.

—¿Nevado? —preguntó Rodrigo.

—Es el perro de mi tía. Al no poder llevárselo cuando vino a la residencia, me lo dejó para

que lo cuidara.

—¡Vaya! —dijo Rodrigo al darse cuenta de que tenía mucho en común con la mujer—. Yo tengo dos.

—¿Por qué no le cuentas la historia de Nevado, tía? —preguntó Lucía. Aunque, por las miradas que se echaban su tía y Rodrigo, sabía que había quedado a un segundo plano.

—Está bien. —Lola se acopló en el banco para estar más cómoda—. Un día de mucho frío, a punto de nevar, me entretuve en el trabajo y, cuando llegué a casa, se me había hecho muy tarde. Al entrar por el camino que daba a las escaleras de acceso escuché un ruido que me sobresaltó. Nerviosa, giré la cara pensando que había un extraño, y entonces vi un perro mestizo hurgando en la basura. Subí los escalones y fui a entrar, pero algo me impidió hacerlo.

—¿Te atacó alguien?

—No, no, Rodrigo. Me quedé inmóvil pensando. Aquel animal perdido y sucio me recordaba a un caso en que había trabajado. Culpaban a un vagabundo de haber robado y apuñalado a una mujer en un callejón del centro y, por suerte para él, encontré el modo de exculparle y encontrar a los auténticos asesinos: unos jóvenes delincuentes que se habían adueñado de la arboleda donde el pobre hombre mendigaba y dormía entre cartones.

—Mi tía era de las mejores abogadas. En ocasiones trabajaba de oficio —detalló Lucía.

Al notar a Rodrigo interesado en su historia, Lola prosiguió:

—Ese animal asustado, mirándome fijamente con ojos tristes y desvalidos, me hizo dar un vuelco al corazón. Sin saber por qué, le dije: «Ven, entra, que hace frío», y el animal se acercó con el rabo entre las piernas, muy despacio. Subió los cuatro escalones de la entrada y accedió a mi vida entera.

Rieron.

—Esa noche lo primero que hice fue encargarme de mi nuevo compañero. Le di de comer parte del pollo asado que tenía para cenar, le puse agua en un cuenco y lo bañé con mimo. Nos miramos los dos, tumbados cerca del radiador como dos amantes embelesados. Lo acariciaba, y él se dejaba mimar.

—Es cierto, así fue como se hicieron inseparables. Mientras mi tía estudiaba sus casos, Nevado se acurrucaba en su regazo, y cuando él necesitaba salir a la calle para hacer sus necesidades, ella se ponía las bambas y el chándal y salían los dos a caminar.

—¿Por qué lo llamaste Nevado?

—Porque cuando entró en mi vida, en ese mismo instante, comenzó a nevar copiosamente. ¡No quiero saber qué hubiera sido de ese ser tan especial, en la calle, olvidado y empapado! Es de raza pequeña, todo blanco menos una mancha negra encima de un ojo, de tacto suave, como un cordero pequeño, y avisgado, como un nervioso tigre. Solo me separaba de él para ir al juzgado o al despacho, y él me esperaba impaciente mirando por la ventana.

—Prometo traerlo un domingo para que podáis estar juntos.

—Sería genial. Mi hermano podría traer los míos y disfrutaríamos de su compañía. Los llevaremos a ese recinto donde pueden jugar sueltos.

—No creo que pueda. Nevado es mayor y se cansa a menudo. Prefiere tumbarse. —La mujer entristeció—. Cuando me marché quedó mirando por la ventana, esperando mi vuelta, pero ya nunca volví.

El ambiente cambió al aparecer los tres amigos por la puerta de acceso. Miraron el cabello de su amiga con disimulo. Sabían que tenía mucho genio y no querían molestarla. Luego vieron a la chica y a Rodrigo, y entonces se acercaron para saludar a la invitada:

—Hola, jovencita —dijo Ángel con una enorme sonrisa en los labios.

—¿Cómo estáis, chicos?

—¿Le has contado a tu sobrina lo de Alicia?

Las miradas se volcaron en un olvidadizo Teo.

—¿Qué Alicia? ¿Hay una nueva residente?

—Vale, sentaos aquí. No me gusta tener secretos con Lucía.

Decidieron obedecer a su compañera y, cuando estuvieron todos sentados y bastante apretados, aunque era un banco generoso, la mujer prosiguió con el relato:

—Ha aparecido una niña que, al parecer, está en coma. La han instalado en el centro como si fuese uno de nosotros.

—¡Qué raro! ¿Qué sabéis de ella?

—Poca cosa. Se llama Alicia Reyes, solo eso —añadió Teo.

—¿La heredera de la familia Reyes? —preguntó Lucía con gesto de asombro.

—¿Cómo? —preguntó Lola—. ¿La conoces?

—Ha salido algo en las noticias. Dicen que ha desaparecido y se encuentra en paradero desconocido. La han intentado asesinar, como a su padre. Es la única testigo del crimen. Y ¿decís que está aquí?

—Si es la misma persona, está en coma —mencionó Lola.

—Y vamos de noche para explicarle historias —añadió Teo.

Los cuatro restantes del grupo le echaron una mirada de reproche por hablar más de la cuenta. Lucía frunció el ceño sin entender lo que pasaba.

—¿Puedes indagar más sobre ella? —preguntó Lola a su sobrina.

En sus ojos envejecidos, Lucía vio cierta ilusión perdida. Asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Está bien! Veré lo que puedo averiguar.

Con la excusa de que se hacía tarde, Lucía marchó, pero con la intriga de la niña desaparecida en la cabeza.

Capítulo 12

Como habían quedado, Lola cogió un trozo de papel doblado en dos del escritorio y lo guardó en el bolsillo de su falda plisada, recogió las gafas de leer y las colgó en su cuello a modo de collar. Estaba calmada pese al disgusto de su azulado aspecto. Suspiró, esperando a que llegara la hora de su aventura nocturna.

Pronto se reunieron los cinco. La mujer iba la primera; los demás contemplaban su movimiento lento de caderas empujando el bastón.

Entraron en silencio. La estancia permanecía impasible y los sonidos retumbaban en la inmensa paz que denotaba la niña. Observaron las facciones tersas y su respiración aparatosa. Fue Lola quien le habló con dulzura:

—Hola, pequeña Alicia. Espero que me atiendas, porque tengo algo que narrarte. Deseo que te guste.

Su mirada se cruzó con la de Rodrigo durante unos segundos. Sonrió. Él hizo lo mismo y bajó la barbilla como gesto de aprobación.

Después de colocarse las gafas, Lola se centró en relatar su historia muy lenta y dulcemente:

*La princesa estaba triste. Esperaba a un marinero que antaño surcó los mares.
Desconocía su tardanza sin saber que era su canto amargo el que lo alejaba de ella, cada vez
más.*

Mirando al acantilado, apareció una enorme figura y, con su poderoso tridente, agitó las olas.

*Ante su sorpresa, le dijo con voz bronca: Mira al frente, princesa, deja de llorar y verás
escrita su señal en la espuma del mar.*

Neptuno es sabio, no lo olvides.

Una canción alegre deberás invocar.

Si atiendes el mensaje, a lo lejos un barco velero verás, retornando a la velocidad del viento.

No lamentos el tiempo perdido, saborea el recibido.

Cuando llegue a puerto, después de surcar los siete mares, no encontrarás el mismo marinero.

Sus rasgos serán tostados, pero en su corazón habita el mismo amor.

Deberás recordar. Jamás denotes tristeza y a tu lado quedará.

*La figura desapareció como vino y, tras su estela, resurgió una embarcación que se hizo más
cercana cuando ella bajó al puerto para encontrarse con su ansiado amor.*

Al acabar, la narradora miró a Rodrigo y él la miró a ella. Parecían ausentes. Alguien carraspeó, deshaciendo el hechizo. La mujer aprovechó para darle un beso a la oyente dormida y los demás siguieron con su gesto. Hubo unos minutos de silencio, hasta que Teo lo rompió:

—¿Está dormida?

—Sí, Teo —dijo Lola cogiéndole la mano al hombre—. Debemos marchar.

Uno a uno, con la cabeza gacha, fueron desviándose a sus respectivos cuartos. Sin embargo, había alguien más inquieto que el resto.

Antes de que la mujer entrara en su alcoba, Rodrigo siseó con cuidado para que solo ella se percatara:

—Lola, espera un momento.

La aludida volvió y aguardó hasta su llegada. Cuando estuvieron cerca, él le susurró al oído:

—¿Me permites el relato? Sabes que los guardo todos.

—Está bien. —Sacó el papel doblado varias veces del bolsillo y se lo cedió a su acompañante con una sonrisa tímida—. ¿Dónde los guardas?

—Dentro de una caja de puros. Se ha convertido en el santuario de nuestros escritos.

Al rozarse sus manos recibieron una especie de descarga y ella la retiró con pudor:

—Buenas noches, Rodri. No sabemos quién será el siguiente.

—Es cierto. Bueno, solo quedan dos por narrar su historia. Buenas noches, Lola.

La puerta se cerró y el hombre volvió a su alcoba portando en la mano el relato como si fuese un tesoro, que después guardó con sumo cuidado junto a los demás.

Estirado en la cama, con los ojos abiertos, dijo a la blancura del techo:

—¿Seré yo su capitán de velero?

Estuvo largo rato con ese pensamiento y le hizo perder el sueño. Se levantó de la cama y se puso la bata y las zapatillas para pasear un poco. Al pasar por el cuarto de Ángel, se detuvo. Una conversación entre dos personas atrajo su interés. Una voz era la de su amigo y la otra desconocida, pero, sin duda, se trataba de una charla animada, por las risotadas que percibía.

Dio media vuelta con pudor de ser descubierto. Esbozó una sonrisa enseñando los dientes que le quedaban, con satisfacción de que al menos alguien de aquel lugar tuviera una cita esa noche.

Al volver a su cama, quedó dormido casi al tocar la almohada. Soñó con un baile de dos personas cogidas de la cintura, charlando muy bajito. Giraban alrededor de una pista solitaria, nada más que ellos, con movimientos castos y pegados. Estaban en una estancia iluminada con luces de discoteca y música suave. Los protagonistas eran Lola y él. No hubo beso de despedida ni manos más bajas que otras, pero su sensualidad liberaba dosis altas para poder volar y levitar del suelo hasta que el aire se convirtió en superficie, llegando tan alto como la estrellada noche. Un vendaval los ladeaba en círculos hasta juntarse cada vez más. Sus pies no necesitaran moverse, se desplazaban con la corriente que los alzaba, pero ella se esfumó como un rumor de las olas, quedando en soledad y esperando que volviera para así unirse en pasos de música lenta.

Cuando despertó, antes del amanecer, Rodrigo se sentía extraño. Masculló:

—Seguro que Ángel me ha contagiado el romanticismo, porque no suelo tener sueños parecidos.

Suspiró dando tumbos en el camastro, ansioso por que amaneciera. Le vino la imagen de Lola y su corazón aceleró. En un arrebato, fue al escritorio y sacó papel y bolígrafo. Se acomodó, con la espalda todo lo recta que pudo, y se puso a escribir una carta contando todos los sentimientos que experimentaba.

Al acabar sintió el pulso tembloroso y el corazón acelerado. El miedo venció, fue a la mesita y guardó el papel encima de la caja cerrada.

—No es el momento oportuno, no puedo presentarme de sopetón. Mejor cuando mis nervios estén calmados y el añil sea menos azulón.

Cerró el cajón con un golpe seco y suspiró.

Capítulo 13

En una nueva partida de ajedrez, Marcos charlaba con Rodrigo, centrando la conversación en la niña:

—¿Sabes si Alicia ha recibido alguna visita?

—Que yo sepa no —dijo Rodrigo. Miró de reojo a la puerta, esperando a que llegara Ángel—.

Al menos no a la pequeña.

—¿Qué quieres decir? —Marcos levantó la mirada del tablero.

—Nada, nada —disimuló Rodrigo moviendo una pieza.

—Seguro que no tiene más familia o conocidos que se preocupen por ella. ¿No crees?

—El ser heredero de una fortuna no quiere decir que tengas amigos —añadió Rodrigo con brusquedad.

—Es cierto —asintió Marcos.

Aparecieron Lola y Teo por la puerta del jardín. Se acercaron y la mujer, risueña, preguntó:

—¿Otra vez hablando de mujeres?

—Eso parece —contestó Rodrigo con una gran sonrisa en los labios—. Pero de una residente muy especial. Por cierto, ¿sabes algo de tu sobrina?

—Algo me dijo que había encontrado —contestó Lola. Se sentó al lado de Rodrigo y miró cómo iba la partida—. Pero ten en cuenta que acaba de empezar en el bufete y es difícil que llegue a tener acceso a documentos reservados o contactos clave. ¡Si yo estuviese allí ya habría descifrado el misterio!

—Lo tenemos claro —aseguró Rodrigo—. Tienes que tener paciencia. Es una chica lista y seguro que será tan buena abogada como su tía.

Rieron hasta que una imagen los dejó helados: una moto eléctrica apareció por el camino. Ángel montaba en ella, con los ojos muy abiertos y una sonrisa torcida, pendiente de no atropellar a ningún residente. Fue hacia ellos y detuvo el vehículo presionando un botón de un panel central. Dijo con retintín:

—¿Quién quiere una vuelta?

—¿Cómo la has conseguido? —preguntó Lola con los ojos muy abiertos.

—Es un regalo.

—¿De alguien que te visitó anoche? —dijo Rodrigo, guiñándole un ojo.

Omitiendo responder, el conductor bajó para cederle su asiento a Marcos, quien levantó la mano pidiendo turno. Los dos marcharon entre risas y tropiezos dejando a Lola y Rodrigo frente a la partida sin terminar.

Al encontrarse solos, viendo la escena motorizada lo bastante alejada, Rodrigo aprovechó para preguntar:

—¿Decías que Ángel es famoso?

—Por supuesto. Cuando llegó al centro hubo un gran revuelo. Nunca habíamos visto tan de cerca a ningún renombrado, y mucho menos soñábamos con convivir tan de cerca con él. Es un personaje enigmático, un gran artista, soñador, poeta, cantante, músico y algo alocado. Al principio nos amenizaba con alguna canción del ayer o contando sus éxitos, lo que favoreció su posición bastante privilegiada. Luego cambió.

—¿Qué le pasó?

—Su decadencia física, unos temblores en las manos. Eso fue lo que impidió que llegara a acumular más experiencias. Casi nunca salía de su cuarto, hasta que nos conoció.

—Me alegra que lo hiciera —aseguró Rodrigo—. Ahora parece muy alegre.

—Recuerdo que al principio se acercaba algún reportero por el centro, pero sin ningún resultado. —Lola se puso seria—. Se cerró en banda y no quería ver a nadie. Supongo que se cansaron de insistir. Poco a poco, con la rutina del centro, fue integrándose y pasó a ser uno más. A veces me sentaba a su lado y le pedía que me cantara el estribillo de una de sus célebres canciones —Miró hacia el tablero con la vista perdida en otro lugar—: «Mi polluelo, haces que quiera cobijarte en mi ala. Tu existencia me llena de ternura. Déjame cobijarme de mis heridas bajo tu ala».

—Es precioso —dijo Rodrigo.

—Me contó que lo escribió para una persona muy especial.

—Por cierto, anoche me desvelé y fui a dar un paseo por el pasillo. Al pasar por el cuarto de Ángel, escuché que estaba hablando con alguien.

—Seguro que era Pitt. Viene a verle de vez en cuando.

—¿Pitt? —preguntó Rodrigo, intrigado.

—Es su amigo especial. Una vez me confesó que Pitt le acompaña desde hace una década, desde que era un joven admirador. Se convirtió en la pareja ideal, que le aportaba más que una amistad: una serenidad. Cuando la edad fue avanzando, la diferencia fue un obstáculo. Aunque sabía que no lo era para Pitt, Ángel no quería ser ningún estorbo para él. Por afecto, le pidió que aceptase su voluntad y le dejara marchar, pero no para siempre. Se verían las veces que Pitt quisiera y podrían estar juntos.

—¡Vaya! —exclamó Rodrigo con la boca abierta.

—Lo malo es que cada vez viene menos a verlo.

Acabó la última frase cuando vieron que se acercaba el protagonista de la charla. Callaron para recibirlo con una sonrisa. Detrás del conductor, venían Teo y Marcos.

—¿Queréis probarla? —Preguntó un sonriente Ángel.

Lola y Rodrigo negaron con la cabeza.

—Vale. Estoy tan lleno de vitalidad que seré el próximo en leerle a Alicia. ¿Os parece bien?

Todos asintieron.

Bajó de su vehículo y puso las manos en jarras. Sonrió y dijo:

—Señores, creo que es hora de que yo también me acerque a la pequeña Alicia. Le tengo preparado algo muy especial.

—Encantados —expresó Lola en nombre de todos. Sus caras rebosaban emoción.

—Será una gran noche —dijo Ángel sacando un papel arrugado de su bolsillo.

Lo miraron extrañados al observar que parecía escrito desde hacía tiempo, pero no dijeron nada. Sonrieron con ternura al notar el movimiento de sus manos.

La mujer decidió intervenir:

—Danos una pista.

—No, no. Ya lo sabréis a la noche.

Al oscurecer, Ángel no aparecía por el lugar de encuentro habitual. Los cuatro amigos salieron al corredor a buscarlo, con paso lento y en silencio. Picaron con un golpe débil:

—Venga, Ángel, te estamos esperando. Date prisa.

No obtuvieron respuesta. Preocupados, entraron. Estaba tumbado en la cama con la respiración

agitada y los ojos amoratados y húmedos. Lola se acercó a él y le tocó la frente:

—Parece que tienes fiebre. ¿Te ha visto el médico?

—No es nada. Lo que me pasa no lo curan las medicinas.

Hubo un silencio, miradas de incompreensión, hasta que Ángel, sollozando, añadió:

—Pitt ya no volverá.

—No digas eso, Ángel. —consoló la mujer—. Seguro que viene mañana.

—Claro que sí, ya verás —animó Marcos—. Seguro que está enfermo y no ha podido venir; vendrá a visitarte cuando se recupere.

—¡No le digas eso! —reprochó Lola a Marcos con la mirada.

Esbozando una ligera sonrisa, Ángel secó las lágrimas que rebosaban por sus ojos. Cogió el inhalador de la mesita y aplicó varias pulsiones.

—Gracias, amigos. Ya estoy mejor.

Se levantó de la cama y, a paso lento y pesado, se puso la bata y las zapatillas. Salió de la estancia nervioso, seguido por los demás. Ángel temblaba más de lo habitual y Lola se acercó a él para cogerle de la mano, pero el hombre, decidido a contar su historia, se deshizo de la mujer y aceleró el paso. No cesó en su empeño hasta entrar en la estancia de Alicia.

El último cerró la puerta con cuidado y, en silencio, se fueron acercando a la camilla hasta quedar rodeando a la niña.

Ángel carraspeó. Miró la carita infantil con dulzura y, apartándole un mechón de pelo pajizo que caía sobre los ojos de Alicia, le besó la frente. Seguido del silencio infantil y de cuatro octogenarios nerviosos con los ojos abiertos de par en par, comenzó a leer.

Nota en la mesa.

Había una fiesta en mi casa. La gente entraba y salía sin cesar.

Conocí a muchas personas a lo largo de la noche, pero sin causarme una impresión especial.

Cuando acabó, estaba cansado y solo.

Cogí una bolsa grande de basura y fui recogiendo los vasos de plástico, platos y botellas que encontraba por todas partes, hasta que me di cuenta que en la mesa había una nota que decía: «Prisionero nací y prisionero quiero vivir. Tú me hiciste reo, y a ti te debo la vida, porque si me das la libertad, me matas. ¿Quién soy?».

No sabía de quién era, ni siquiera lo que significaba, pero no me pude quitar de la cabeza esa nota.

Puede que alguien aburrido de la fiesta se entretuviera escribiendo.

Quizá se refería a mi pájaro, que aguardaba en su jaula, o a él mismo.

Por instinto, le di la vuelta al papel y había un nombre escrito junto a un teléfono de contacto:

Pitt.

Cargado de curiosidad, llamé enseguida.

Acudió un joven muy apuesto y estuvimos hablando largo tiempo. Descubrimos sentimientos que no pensaba poseer.

Al acabar, Ángel alzó la vista y descubrió a unos oyentes conmovidos. Sobre todo Lola, que se abalanzó hacia él para abrazarlo. Emocionados, el resto emitió un ronroneo cargado de admiración.

Capítulo 14

Sin poder hacer nada al respecto, al sentirse indispuerto por la dolencia en las entrañas, Rodrigo se recluyó todo el día en su cuarto.

Una cabeza se asomó por la alcoba y le dijo:

—¿Cómo estás?

—No te preocupes, Ángel, mañana estará todo en su lugar, pero hoy descansaré —contestó Rodrigo con signos de agarrarse el abdomen y estrujarlo.

—Lo siento, amigo. Que te recuperes. ¡Ah! Lola dice que esta noche le toca a ella leer una historia a Alicia —añadió Ángel. Hizo un amago de desaparecer.

—¿Cómo? ¿Sin mí?

La visita entró del todo en la estancia y se sentó en un lado de la cama. Miró a Rodrigo y asintió con la cabeza mientras apretaba los labios.

—¿No puede esperar a mañana? —preguntó Rodrigo con tono de enfado

—Sabes lo tozuda que es. Prometo que te contaré todo con detalle y te daré el papel para que lo guardes, como los demás. —Ángel bajó la mirada al suelo y, resignado, añadió—: Ella nos ha amenazado con dejar de hablarnos si no le dejábamos leérselo.

—¡Pero si le toca a Marcos!

—Lo sé, pero a él no le importa.

—Vale, como quiera la señora. Pero que conste que no estoy de acuerdo —farfulló Rodrigo.

El visitante dio un toque en el hombro al convaleciente, agachó la mirada y marchó.

Aunque estaba rabiando de dolor, Rodrigo puso toda la atención a cualquier movimiento exterior. Casi podría oír la dulce voz de Lola, pero eran ensoñaciones o delirios por la fiebre. La enfermera entró antes del cambio de guardia y le puso medicación, lo que hizo que durmiera toda la noche.

Su sorpresa fue al despertar, cuando vio a Lola sentada a su lado, esperando que volviera en sí. La mujer le tocó la frente y dijo con dulzura:

—¿Estás mejor?

—Sí, sí, estoy bien —contestó, molesto—. No pasa nada porque me perdiera la visita.

—¿Estás enfadado?

—No.

—Lo siento, Rodri, pensé que no te importaría. Total, solo soy una más.

El hombre frunció el ceño con gesto de no entenderla. Su enfado era evidente por lo tenso que estaba, aunque después de las últimas palabras de Lola, parecía haberse aflojado.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabrás —dijo ella haciéndose la enfadada. Sacó un papel del bolsillo y lo puso encima de la almohada, cerca de la cabeza de su amigo—. Aquí lo tienes, por si lo quieres guardar.

Lo cogió y, después, se incorporó para abrir su mesita y guardar la celulosa sin mirar el contenido. Cerró la portezuela de un golpe seco y se tumbó de nuevo en la cama, con los labios apretados y las manos cruzadas bajo la nuca. La miró de reojo.

La jornada había sido calurosa y Lola aprovechó para colocarse un ligero vestido de color celeste con una gran orquídea instalada en el costado. Las mangas eran insignificantes y

provocadoras (al menos para el convaleciente).

Rodrigo respiró con profundidad. Iba a decir unas palabras cuando Lola lo interrumpió:

—Rodrigo Iglesias ¿no tienes nada que decirme?

—No, nada.

Sopesando el mal humor de su compañero, Lola agarró el bastón que había apoyado cerca de ella; se levantó de su asiento, alzó la barbilla y marchó indignada, con la espalda todo lo recta que pudo.

El hombre giró la cara hacia la puerta vacía y se reprendió a sí mismo:

—¡Ay!, Rodrigo, Rodrigo Iglesias...

Lloró de impotencia mientras miraba el lugar donde guardó un mensaje que había despreciado. Se incorporó con dificultad para abrir la mesita, donde vio su carta tapada con el papel que le había entregado Lola:

En un arrebato la desintegró en mil pedazos, rociados de llanto, impotencia y cobardía. Los restos quedaron esparcidos por la cama y el suelo.

Más calmado, secó sus lágrimas con el dorso de las manos hasta que la vista se clavó en un trozo de papel. Sacó el relato todavía gimoteando y se aclaró la garganta para leerlo con detenimiento:

La ciudad inundada de los sueños.

Cuando caí al agua, me pareció ver una torre sumergida. Estaba demasiado profunda para poder acercarme. Decidida, volví a la arena y cogí mis gafas de buzo y dos aletas. Me sumergí de nuevo.

Apareció ante mis lentes una ciudad en las profundidades, llena de vida y color. Los peces revoloteaban como pajarillos y en las calles inundadas circulaban cangrejos y caracolas. Decidida, me acerqué a la ruina más cercana para ver lo que ocurría en el interior. A través de una ventana sin cristales, descansaba apacible una familia de tiburones, meciéndose con el vaivén de la marea que entraba y salía por las concavidades de las tejas.

Me hubiese gustado quedarme y observar las demás edificaciones, pero el aire de mis pulmones se acababa. Forcejeé con todas mis fuerzas. Poco a poco caí al fondo. Temí que no pudiera llegar a la superficie.

En un intento de salvarme, rasgué una concha con mi mano y se abrió, desprendiendo una perla rojiza.

No entiendo cómo, prendada de su belleza, pude agarrarla con mis dedos. Una anemona gigante que me observaba, impassible, vio el reflejo de la perla y, sin pensar que estaba pegada a mi mano, me engulló.

Fue cuando me vi protegida por una especie de cabina exclusiva con vistas al mar.

Tenía aire suficiente para respirar, como si estuviese en una burbuja gigante.

Los delfines saludaban y correteaban a mi alrededor; los corales se mecían al son de mi transporte.

El silencio se palpaba. ¡Era increíble! Pensé que vivía en un sueño.

Los rayos de luz se filtraban en las aguas mágicas, llenas de vida, y reflectaban en la transparencia que los envolvía con seres diminutos que decoraban todo mi alrededor como si miles de luciérnagas me diesen la bienvenida.

Mi sorpresa fue al divisar árboles frondosos de algas que se mecían con el vaivén de las mareas, alineándose como un verdadero bosque submarino intentando alcanzar los reflejos del sol.

Nunca vi paraje más hermoso.

Cuando acabó el último rayo, mi transporte subió a la superficie y escupió, dejándome sola en la inmensidad de la arena, apacible, como si todo lo acontecido hubiera sido una fantasía.

Se convirtió en mi secreto, algo que no podía contar.

Muchas veces me pregunté si todo había sido un delirio.

Creo que no, porque mi mano portaba una perla rojiza.

Cuando estaba triste, tumbada en la arena, cerraba los ojos, tocando su húmeda y helada textura.

En ese momento, bajaba al mundo inundado que me protegía de todo mal.

Todos deberíamos tener un lugar secreto y apacible donde refugiarnos.

Ya sea una charca o una fuente, en el agua hay infinidad de universos vivos, y muchas fantasías por vivir.

El hombre releyó con detenimiento las frases de Lola, dispuesto a memorizar todas las palabras. Eran muchas, pero intentaba encontrar el nexo entre esa mujer y el relato. Quiso ver un mensaje oculto dedicado a él al no haber estado presente, al menos en persona. Rabiaba por no haberlo tenido en mente a la hora de narrarlo. Suspiró con resignación.

Después, dobló el papel con cuidado y lo acercó a su nariz para encontrar el perfume de su relatora en el trozo de celulosa.

Por un momento tuvo la tentación de destrozar lo que agarraba, como hizo con la esperanzada carta, aunque un escalofrío consiguió que lo guardara en el lugar que le correspondía.

Cerró los ojos y, sin darse cuenta, quedó dormido. Al amanecer descubrió que tenía trozos de papel pegados al cuerpo. Sonrió, comenzando la jornada con la ilusión habitual de unirse con sus compañeros de trayecto.

Capítulo 15

Encontró un ambiente demasiado silente en el jardín. Rodrigo caminó despacio, descubriendo caras bajas al suelo, y se extrañó.

Intuyendo que pasaba algo, se acercó a Ángel. Algo triste había ocurrido, lo presentía.

Al sentarse, su amigo se resistió a mirarlo. Rodrigo le tocó en el hombro y provocó que Ángel se lanzara a sus brazos. Las lágrimas le enrojecieron los ojos:

—Lola nos ha dejado.

—¡No es posible! —lamentó Rodrigo derrumbándose en su hombro. Su angustia se volvió rabia y arañó el brazo de ángel.

—Nuestra querida amiga se marchó anoche por el mal que le asediaba en el corazón. Dejó de latir.

—Yo se lo partí. —susurró Rodrigo al oído de su apoyo—. Tengo la culpa de que se haya ido.

—No digas eso, ya sabíamos que su corazón era débil y pararía en cualquier momento. No te aflijas. No tienes la culpa de nada más que de amarla, y ella lo sabía.

—¿Cómo que lo sabía?! —Rodrigo se apartó para mirar a Ángel a los ojos.

—Éramos confidentes y, además, no sabes disimular. —Ángel emitió una tímida sonrisa—. Ella agradecía tu cariño, y me pidió una cosa.

—¿Qué te requirió? —preguntó Rodrigo con interés.

—Me entregó una nota de despedida para que se la leyese a Alicia en nombre del grupo.

—¿Dónde está ese escrito? —contestó.

—Te lo daré más adelante, cuando estés más calmado y hayamos hablado de todo lo que sucederá después de su marcha. Hay muchos elementos que concretar.

Ese día se desvaneció en el recuerdo. La tristeza provocó que Rodrigo empeorara de su dolencia y se resguardó en su cuarto. Lloró, pataleó y renegó de su mal carácter hasta que cayó rendido. En uno de sus desvelos encontró una nota en su lecho. El corazón le dio un vuelco y fue incapaz de leerla.

Arrastrando los pies, decidió salir de su soledad con el papel en su bolsillo. Pasó cerca de la habitación de Lola; miró la puerta cerrada y le temblaron las piernas. Tuvo que apoyarse en la pared durante unos segundos para seguir hacia el comedor.

No pudo tomar bocado, pero sí un té solitario. Sus tres amigos no aparecieron y pensó que estarían en el jardín. Se dirigió hacia allí con la mirada perdida y vio que tampoco estaban.

Poco después, sentado en el mismo banco que había compartido con Lola, junto a las palabras más hermosas que jamás había leído en sus manos, miró hacia el cielo y lanzó un beso. Alguien observó su gesto y se acercó a él:

—Hola, Rodrigo —saludó Lucía con voz tomada por la emoción.

—¿Cómo estás? Se nos ha ido Lola.

—La echaremos de menos.

Los dos se abrazaron.

—Sé el cariño que os teníais —añadió Lucía al separarse de él.

—Fui cobarde. Le había escrito una carta confesándole mis sentimientos, pero, tonto de mí, la rompí —Gimoteó, estrujando más el papel en su puño.

—Tranquilo, ella lo sabía.

—¿Sí?

—Éramos amigas, además de sobrina y tía. También te apreciaba —Miró a Rodrigo con cariño—. Me contaba que le causaste una gran impresión, pero estaba muy enferma.

—Debería de haberle dado la carta anoche, cuando vino a verme.

—No te tortures, nadie tiene la culpa. Llegó su hora y ya está —le consoló Lucía.

—A todos nos llegará —contestó Rodrigo, afligido.

—Tengo algo que darte. —La joven extrajo de su bolso una fotografía antigua de Lola, cuando tenía su misma edad—. Quiero que tengas un recuerdo de mi tía. Seguro que a ella le hubiera gustado que la conservaras. De alguna forma, siempre estará con su grupo de amigos como si estuviera presente.

—Gracias, cielo, te lo agradezco. —Cogió la imagen de Lola con la mano libre y una sonrisa triste y forzada.

—Ella no sufrió, se fue de repente. Seguro que os echa mucho de menos allá donde esté.

—Todos iremos a ese lugar —dijo Rodrigo mirando hacia el cielo—. Sé que nos estará vigilando para que no hagamos trastadas sin su permiso.

Se besaron en la mejilla. Ella puso uno más al final en la frente de Rodrigo, como si fuese un niño pequeño.

Lucía miró apenada el papel arrugado en manos de Rodrigo y prosiguió la charla con voz tomada:

—Anoche, cuando llegué a casa después del trabajo, Nevado no vino a recibirme como cada día. Lo llamé, pero se quedó inmóvil. Me miró apenado, tumbado en la alfombra que había justo al lado de la ventana.

—¿Le pasó algo a Nevado? —preguntó Rodrigo, temeroso.

—Lo dejé descansar, era muy viejo. Acaricié su lomo y le ofrecí comida o agua, ni siquiera lo quiso. Tampoco atendió cuando le señalé salir al jardín. Decidí dejarlo acostado. Al amanecer, lo encontré en la misma posición —dijo Lucía entre lágrimas—. Lo envolví en su manta preferida y llamé al veterinario para que acudiera lo más pronto posible. Fue cuando recibí el mensaje de que el corazón de mi tía fallaba y tenían por su vida —gimoteó a la vez que narraba—. Se fueron juntos.

—Siempre estuvieron muy unidos, hasta el final —Rodrigo frotó despacio el brazo de Lucía para consolarla.

—Tienes razón. Los enterraré uno al lado de otro, en el lugar más bonito que pueda encontrar, así siempre estarán juntos —aseguró Lucía, emocionada.

—Siento mucho tu pérdida, la de todos. —Abrazó a la joven de nuevo, conmovido—. Teníais una unión muy fuerte, más de madre e hija que de otro parentesco.

—La echaré mucho de menos. No sé qué voy a hacer sin ella. —Lucía sollozó entre los brazos del octogenario.

—Si necesitas algo —susurró al oído de Lucía—, lo que sea, aquí nos tienes. Ven a visitarnos, por favor. Te apreciamos; lo sabes, y nos gustará saber de ti. Ya eres parte de nuestras vidas.

Al separarse, Lucía se enjugó las lágrimas con las palmas a la vez que asentía. Le habían emocionado sus palabras.

Y marchó, dejando al hombre sentado en un banco del jardín, más solo que nunca.

Capítulo 16

Llegó la hora del velatorio. La capilla del centro se iluminó con velas y flores a ambos lados de los asientos. En el púlpito se alzaba el mayor cirio de todos ellos, rodeado de coronas con epitafios de desaliento y despedida. Provistos de ropas oscuras y riguroso luto en sus corazones, los cuatro amigos se acercaron para retener las facciones de Lola.

La lenta llegada de los octogenarios ante el féretro, seguida de los demás familiares y amigos, ocasionó un hermoso revuelo al observar cómo, uno a uno, los cuatro se acercaban a la frente inerte de Lola para besarla por última vez.

Sin poder soportar el dolor, sollozando todo el trayecto desde la entrada hasta el altar, se detuvieron ante un rostro que denotaba tranquilidad y belleza. Teo portaba en la mano un ramo de flores amarillas.

—Las he cortado del jardín de atrás, el mismo que tanto adoraba ella, en honor a la más bella de todas. —Las depositó suavemente en su lecho perpetuo.

Al ver el gesto de su amigo, Rodrigo se derrumbó. Llorando, dijo:

—Se fue mi Lola, y con ella la esperanza de desvelarle mis palabras y conseguir un beso suyo.

La imagen tierna los agrupó más en una relación de amistad sincera y cómplice. Decidieron ofrecerle unas palabras para que la partida fuera menos dolorosa:

—Cuando llegaste nos enamoraste, nos diste amistad sincera y te apreciamos por todo lo que nos has enseñado —dijo Marcos, emocionado.

—Fuiste mi mejor amiga y confidente, y nunca podré olvidarte —siguió Ángel, enjugándose las lágrimas en un pañuelo blanco.

—Siempre fuiste nuestra cuidadora, y el aliento en la desesperación, colmándonos de atenciones y mimos —continuó Teo, un poco avergonzado, en tono infantil.

—Siempre estarás presente en nuestras partidas de ajedrez en el jardín, y nunca olvidaremos tu sonrisa en nuestros corazones —acabó Rodrigo, con la voz afectada por la emoción.

Al finalizar la ceremonia, Lucía se acercó a ellos para pedirles que le acompañaran al entierro:

—Me gustaría que vinierais al cementerio.

—Hemos hablado entre nosotros —dijo Ángel y miró a sus compañeros—. Creemos que es mejor para la familia que sea un oficio íntimo.

—Gracias, Lucía —siguió Rodrigo—. Sabemos que lo has organizado todo para que nosotros nos podamos despedir de ella en su velatorio. Seguro que ha sido bendecido por su presencia, allí donde esté.

—Está bien. Prometo volver a visitaros.

La joven marchó cuando todo estuvo en orden.

El resto del día fue desolador para los cuatro amigos, que quedaron desiertos. Para ellos, el jardín de atrás, el comedor, los pasillos, el gimnasio que nunca ocupó Lola, la peluquería y la capilla quedaron vacíos de flores, de velas y de almas.

En la tarde áspera, la lluvia apareció como si fuesen lágrimas. Los cuatro residentes pasaron varias veces frente a la habitación de Lola, con paso lento y mirada triste, sin poderse creer que estuviera vacía. De reojo, contemplaban la puerta con la realidad encogiendo sus corazones.

El grupo, ahora más pequeño, seguía afectado por el acontecimiento. Cuando cesó la llovizna,

se citaron en el jardín.

Sentados en el banco de siempre, el silencio reinaba mientras un pájaro se posaba en el respaldo de madera, lo que hizo que Rodrigo se desahogara:

—Ya no quiero ir más al cuarto de Alicia. No, ahora que ella ya no está, no contará su relato nunca más.

—Está bien. No te preocupes ahora por eso —consoló Ángel abrazando a Rodrigo—. Debemos dejar pasar el duelo. Ya verás cómo, poco a poco, será menos doloroso. La vida sigue, amigo, aunque no queramos.

Capítulo 17

Al cabo de varios días, Lucía volvió a la residencia para visitar a los entrañables amigos de su tía. Le costó entrar. Suspiró ante el vestíbulo. Fue directa al jardín, pensando que a la hora que indicaban su reloj de pulsera y la rutina pausada del centro, los encontraría jugando al ajedrez. No se equivocó.

Al verla, los cuatro se levantaron para saludarla con un abrazo. Sonrientes, gritaron:

—¡Mirad, es Lucía!

—¡Qué sorpresa!

—¿Cómo estás?

—¡Qué alegría nos das con tu visita!

—Bien, bien. Vengo a veros. Siento no haber podido acudir antes, pero necesitaba tiempo para dejar todo arreglado.

—¿Cómo fue el entierro?

Ante la pregunta de Marcos, los demás lo miraron molestos, pero Lucía sonrió y, sentándose, les indicó que hiciesen lo mismo:

—Está en el cementerio local, en una sepultura familiar. Un lugar hermoso para los que quieran visitar a sus seres queridos que ya no están entre nosotros, con tumbas en el suelo y flores a su alrededor.

—¿Qué pone en su lápida? —preguntó Ángel sentándose al lado de la joven.

—«En agradecimiento por tu cariño, no te olvidaremos jamás», junto a una más pequeña en la que inscribí: «Siempre juntos».

—¿Hay otra? —dijo Teo, con voz temblorosa por temor de no acertar en sus palabras.

—Es la de Nevado.

Teo asintió con la cabeza y suspiró.

—Sus últimas voluntades están destinadas, en parte, a la protectora de animales y, el resto, para sus familiares. A mí me dejó sus joyas y, lo más valioso: los escritos y libros de una vida dedicada a velar por la justicia y el honor de servir a la verdad.

Hubo un silencio de la joven, respetado por los hombres. Solo podía mirarlos con ojos desgarrados de dolor. Cuando se repuso, se dirigió a Rodrigo y dijo con voz dulce y pausada:

—Mi tía me contaba de vuestras aventuras nocturnas cuando la visitaba. Lo hacía entre susurros, para que no os molestara que desvelase vuestro secreto. Antes de fallecer, supongo que presintió su último aliento, y me entregó una nota.

Ante la sorpresa de Rodrigo, las arrugas de sus ojos tensaron de tanto abrirlos. Lucía siguió con la charla.

—Le encargué a Ángel que te la entregara por mí, por no atreverme yo misma. Estaba demasiado dolida con la vida para poder hablar de la muerte. Ella no me lo expresó entonces, pero ahora sé que su deseo era que fueras tú —miró a Rodrigo con lagunas en los ojos—, el que contaras su última narración a la causa, esa que le había dado tanta dicha.

Después de sacar un papel doblado de su bolsillo, Rodrigo lo mostró sin decir palabra. Tenía un nudo en la garganta.

—También fui cobarde —añadió Ángel con la cabeza gacha—. Entré en tu cuarto. —Levantó la

mirada hacia Rodrigo—. Estabas dormido y te dejé la nota en la almohada. Luego me fui.

—Gracias. Es como tener un tesoro —contestó Rodrigo acariciando el papel—. Como lo es esto —Con la mano libre, sacó la imagen que guardaba en el bolsillo de día y de noche, la miró con ternura y se la mostró a la mujer.

A Lucía se le hizo un nudo en la garganta y sus ojos se humedecieron.

—Se parece a ti —dijo Ángel, ojeando primero la imagen y después a la joven. Sonrió enseñando los dientes.

—Es el regalo más preciado que me han podido dar —dijo Rodrigo, ensimismado en el rostro impreso de Lola.

Acercando la mano, le devolvió el presente a Rodrigo. Él la miró con intensidad y la agarró, guardándola donde estaba con anterioridad. Puso gesto pensativo. En su mano todavía estaba la nota y la sujetaba con fuerza. Gruñó, extendió el brazo hacia Lucía y preguntó:

—¿Por qué no se la lees tú a Alicia?

—¡No, no! —Lucía negó con la cabeza.

—Sí, sí. Es una buena idea —añadió Ángel, sonriente.

La mujer se vio obligada a aceptar el ofrecimiento. Cogió el papel con cuidado y, una vez estuvo en sus manos, le dio un vistazo. Alzó la vista cuando notó que a Marcos le temblaban las manos de la excitación.

—Y, ¿cómo lo hacemos para que las enfermeras no nos descubran? Recordad que Lucía no reside aquí. Nos descubrirían.

—Las enfermeras se enteran de todo —dijo Lucía—. No son tan malas como pensáis: solo cuando no queréis tomaros la medicación o no atendéis sus indicaciones, pero entienden vuestra curiosidad. Una vez hablamos de ello y dijeron que se hacían las despistadas cuando acudíais a escondidas al cuarto de la pequeña.

—¡Vaya!

—Entonces tienes que venir con nosotros.

—Sí, sí. Por favor.

—Será un último homenaje.

—Preferiría que lo hiciese Rodrigo, pero, si insistís... No puedo perdérmelo. Aunque no quisiera que fuera una despedida. Tenéis que prometerme que seguiréis con la causa.

Se miraron todos y asintieron de mala gana. Lucía, después de guardar la nota en su bolso, se puso seria y les dijo:

—Quiero que sepáis que podéis contar conmigo para lo que necesitéis. ¿Entendido?

La separación fue dolorosa para todos, y ella prometió volver al anochecer. Los demás siguieron con la partida de ajedrez, más animados de lo que estaban antes de la llegada de Lucía.

En un momento dado, Marcos levantó la mirada del tablero y expresó, pensativo:

—He pensado que Lucía, aparte de amiga, será la abogada idónea para llevar mis asuntos financieros y últimas voluntades.

Los tres restantes meditaron las palabras de su compañero mientras seguían con la partida.

Capítulo 18

Pasaron por la entrada de enfermería. Del interior, asomó una mujer vestida con bata blanca y se dirigió a la joven. Con media sonrisa en los labios, dijo:

—Hola, Lucía. ¿Cómo estás? Siento mucho lo de tu tía. Era muy querida por todos nosotros.

—Lo sé. Gracias por ofrecerle todo vuestro cariño, y también por dejarnos visitar a la chica. —Miró de reojo a sus acompañantes octogenarios y susurró con retintín—. No estaremos mucho tiempo.

—Tranquila, está estable. Más quisiéramos que despertara del coma. Si lo lográis, será un milagro digno de una medalla.

—Lo recordaré. —Lucía guiñó un ojo—. Te avisaremos si sucede.

Con una sonrisa traviesa de las dos mujeres, la enfermera cerró la puerta. Los hombres permanecían callados, incómodos y avergonzados ante su sigiloso paseo nocturno.

Esa noche el corredor parecía más largo y silencioso. Los cuatro amigos caminaban con torpeza mientras Lucía seguía sus pasos agarrada a la mano de Ángel.

Al entrar quedó boquiabierta. Pasando la mirada por todos los mecanismos que mantenían con vida a Alicia, expresó con pena:

—¡Pobre criatura!

—¿Sabes que nadie viene a verla? —comentó Rodrigo.

—Como a muchos —añadió Marcos.

—¿Qué le habrá pasado para estar tan sola, sin que nadie la visite? —preguntó Ángel.

—Estoy en ello —contestó Lucía mirando uno a uno a los hombres que la acompañaban—. No es tan fácil, parece que alguien quiere que no se sepa nada de este asunto.

Hubo un silencio que rompió Rodrigo, impaciente:

—¿Empezamos?

Lucía sacó de su bolso un papel y lo desdobló con cuidado. Los demás observaron sus manos pálidas y temblorosas, para, después, desviarse hacia la cristalera. Se escuchó el ulular del viento que intentaba entrar por la ventana.

Cuando volvieron a la realidad, se centraron en la camilla. Los ojos de Lucía entristecieron. Una lágrima resbaló por su mejilla. La limpió con el dorso de la mano y, a continuación, se dirigió hacia Alicia:

—Querida Alicia, tengo que contarte algo, con todo el dolor de mi corazón. Mi tía Lola ya no vendrá más a verte. No oirás más sus relatos de propia voz. Marchó a un lugar, donde tú, quizá, puedas encontrarla.

—Si es así —se apresuró a decir Rodrigo—, dale un beso de parte de todos nosotros, y dile que...

—Tranquilo, ella lo sabe. —Lucía le puso la mano en el hombro a Rodrigo a modo de consuelo—. Esta no será una despedida, sino un homenaje a una gran mujer, familiar y amiga.

El gesto de reconforte y sentirse el pilar del grupo, dio fuerzas a la interlocutora. Carraspeó y cogió aire. En tono bajo y dulce comenzó a narrar el contenido del escrito:

Cuando yo me vaya.

Cuando yo me vaya, no quiero que te apenes ni te alejes de las personas cercanas por

extrañarme.

Quiero retener la imagen del último abrazo, con emoción en tus ojos y agarrándome la ropa para no soltarme.

Cuando yo me vaya, ten presente que has sido todo para mí.

Mereces todo el amor entregado y me siento agradecida por disfrutar de tu compañía.

Dime que seguirás tu camino, hablarás de mí con ternura y recordarás tus momentos con los míos.

Cuando yo me vaya, te daré un beso en la frente.

Fue un hecho conformado y, en silencio, fueron turnándose para besar con ternura la frente de Alicia.

Esa noche no hizo falta despedidas entre ellos. Salieron uno a uno de la estancia con la vista gacha y sin mirar atrás. Después, fueron desplazándose a sus respectivos cuartos. Solo el último, Ángel, se detuvo delante de su puerta, se acercó a Lucía para besarla en la mejilla y le dijo:

—¿Volverás?

—Te lo prometo.

Capítulo 19

Pasó el tiempo y la calma volvió a la pausada rutina del centro. Oscurecía. Los murciélagos revoloteaban entre los árboles. Las luces de las estrellas se hacían más luminosas, decorando el cielo con dibujos de constelaciones.

Sentados en el jardín, solo se escuchaba el roce de las piezas en el tablero de ajedrez, hasta que Marcos tuvo la necesidad de hablar:

—¿No echáis de menos a vuestra gente?

—Define gente —dijo Ángel tajante.

—Bueno, yo me acuerdo a cada momento de mis cinco hijos —mencionó Marcos. Se secó una lágrima furtiva con el dedo índice—. Recuerdo sus nacimientos, sus cumpleaños, cuando empezaron a andar y cuando se graduaron. Pero no tengo sus visitas, ni siquiera vendrán a mi cumpleaños, y no creo que haya hecho nada malo —dijo muy emocionado—. Me separé de esas tres monstruas, pero no de mis retoños. —Su voz se volvió ronca al recordar a sus esposas.

—Seguro que también piensan en ti —le consoló Rodrigo imitando una sonrisa amarga. Ellos tienen sus vidas, pero seguro que en ese día tan especial vienen a verte, ya verás.

—Falta poco para mi cumpleaños —farfulló Marcos mientras movía una pieza del tablero.

—Sabes una cosa.... —dijo Teo intentando explicar algo importante—. Se me ha olvidado.

Rieron hasta que Marcos, aguantándose la prominente barriga con las manos, se levantó y, pensativo, dijo:

—Esperadme aquí.

Ante la ausencia de Marcos, Ángel se vio en la obligación de poner al día a Rodrigo viendo su gesto de poco entendimiento.

—Me temo que te traerá su álbum de fotos. —Suspiró con profundidad—. Eres el único que queda por verlo.

Después de reír un buen rato, entre gestos de complicidad, Ángel puso gesto triste. Miró a Rodrigo y dijo:

—Lo que no te contaré, es que se crio en un orfanato sin nadie que le reclamase, como un animal abandonado. Fue educado por unas monjas perversas, que le dieron golpes hasta la mayoría de edad. Estuvo entre crucifijos y silencios y no entre juegos infantiles, como debería haber sido.

Notó el interés de Rodrigo, y el beneplácito de Teo para que siguiera con el relato:

—A la mayoría de edad, encontró trabajo gracias al señor Luis, jardinero del monasterio y su único amigo, quien se compadeció de él y lo aceptó como a su propio hijo. Él no podía tenerlos. Se lo llevó a su casa junto a su esposa y respondió por él en una obra donde trabajaba un familiar suyo. Así empezó, hasta convertirse en un afamado empresario.

Apareció Marcos cargado con un libro en las manos y el interlocutor cortó la charla. Disimularon emitiendo una gran sonrisa al verlo llegar, aunque el gesto se volvió inquieto cuando el octogenario se sentó al lado del nuevo residente. Abrió el álbum y explicó señalando una imagen:

—Mira, esta hermosa y elegante mujer es mi primera esposa. Se llama María; estos vestidos de marinero en su primera comunión, son Adri y Marc, mis dos chiquillos. —La voz quebró de la

emoción—. Cuando la conocí era empleada de la obra donde empecé a trabajar. Se encargaba de enseñar el piso piloto a los posibles compradores. Entre risas, a la entrada y salida de la jornada, nos fuimos encariñando, hasta que me atreví a pedirle que viniera a pasear conmigo. —Suspiró—. Fuimos muy felices. Recuerdo una boda íntima de cuatro personas, vestimenta sencilla y ramo de flores silvestres. No hubo despedida de soltero, ni viaje de novios, ni regalos de pedida. Ni siquiera anillo de brillantes, solo una sortija que le dejó Luis, mi padrino. Vivimos con él y su esposa hasta que reuní algo de dinero para alquilar una buhardilla de una sola habitación. Enseguida nació mi primer hijo y, al cabo del año, el segundo.

Su cara se llenó de dicha hasta que pasó la página. Tragó saliva.

—Tuve una vida extravagante con Anna: una rubia de ojos verdes con medidas imposibles...

»Estas son las fotos de mis niñas Joanna y Pamela, ambas calcadas a mi mujer; y este rizo de oro montado en una moto de imitación a las de gran cilindrada se llama Christofer.

»Oriana —comentó en cuanto pasó página—, mi tercera mujer; mucho más joven y de cabello largo y rizado color chocolate. Siempre vestida con atrevidos pantalones cortos y camisa alta, revelando su abdomen plano. ¡Ah!, y su caniche en el brazo a modo de bolso de marca, cuyo nombre no recuerdo ahora mismo. Y ya está.

Marcos cerró el álbum de un golpe seco, dejando a sus compañeros sorprendidos. Sin más dilación, se levantó de su asiento, se puso frente a sus amigos, cuadrándose como si estuviese en el ejército, y expresó:

—Como soy el único que no le ha contado una historia a Alicia, y hace días que no vamos a verla, he decidido que esta noche lo haré yo.

—¿Qué mosca te ha picado? —dijo Rodrigo, siguiendo con el gesto de sorpresa de sus compañeros—. Estuvimos de acuerdo en que el relato de Lola sería el último.

—De eso nada—dijo Marcos con voz tosca—. Lucía dijo que no era una despedida, sino un homenaje. Me acuerdo perfectamente.

Todos se miraron, turnándose cuando llegaban a cada uno, y asintieron satisfechos.

Aún con el álbum entre las manos, Marcos giró la muñeca con dificultad para mirar el reloj de pulsera:

—No son las doce, pero ¡qué más da! ¿Vamos ahora?

—Y ¿dónde está tu relato? —preguntó Teo, entrecerrando los ojos.

—Lo tengo preparado desde hace tiempo. Pero, como no soy tan culto como vosotros... Me daba vergüenza.

—No digas tonterías, Marcos —expresó Ángel alzando la voz.

—Vamos —dijo Rodrigo tocándose el bolsillo de la chaqueta, donde tenía guardada la imagen de Lola—. ¿Por qué no?

Con ímpetu, Marcos soltó el portarretratos en el banco y sacó un papel arrugado del bolsillo. Era un folio. Lo alisó y, al enseñarlo, notaron su mala letra, las líneas irregulares y escrito por ambos lados; incluso había seguido escribiendo en los bordes, aunque a nadie le importó.

Habían pasado algunas noches desde su última entrada, pero Alicia no había cambiado ni un ápice. Ella seguía impassible, en la misma posición, como si estuviera esperando su relato.

Entraron en silencio y se acomodaron en su lecho.

Con vasta voz, Marcos comenzó a narrar la historia:

La pequeña Alicia.

La pequeña Alicia empuñaba su ballesta con firmeza.

Se jugaba la vida.

A pesar de su corta edad, su deber era disparar a quien se atreviera a entrar en su propiedad.

Los asaltantes estaban cerca, los olía.

Su hedor a güisqui y tabaco se notaba a una milla de distancia.

Según le había informado María (su madre), ellos habían venido del Norte y buscaban sangre.

Alicia no podía permitirlo.

Cuando su madre enviudó, quedó expuesta.

Una mujer y su hija de doce años, solas, era imposible que pudiesen sobrevivir.

Pero María era fuerte, al menos eso creía ella, y debía proteger a su hija.

No pudo prever que se había esforzado demasiado en sobrevivir y cayó enferma sin poder levantarse de la cama.

Detrás de la colina aparecieron cinco hombres con ropaje polvoriento, montados en corceles y haciendo un estruendo a miedo. Alicia apuntó y contuvo la respiración.

Cuando tuvo uno a tiro, no lo dudó.

Dio en el blanco.

Un hombre cayó fulminado al suelo con la flecha clavada en el pecho.

Cargó de nuevo la ballesta.

Los cuatro hombres restantes, al verla tan decidida después de coger las riendas del animal suelto, dieron media vuelta y marcharon, dejando el cadáver tirado en el camino.

La pequeña, sentándose en la hamaca del porche, soltó aire sin dejar de apuntar mientras observaba cómo el polvo del camino se alejaba.

—¡Vaya! Me has sorprendido, Marcos —exclamó Rodrigo haciendo como si aplaudiese al aire—. Es un relato fantástico.

—Bueno —dijo Marcos avergonzado—, siempre me gustaron las historias del Oeste.

Los tres octogenarios se levantaron y fueron a abrazar a Marcos. Él, en un principio, se asustó. Después se dejó mimar:

—Gracias, amigos —dijo emocionado—. No me esperaba que os gustase tanto.

Le felicitaron como si hubiera ganado el partido de su vida, y los tres animadores enloquecidos repitieron entre susurros:

—¡Marcos! ¡Marcos!

Con el beso de buenas noches a la pequeña llegó algo de alegría después de la pérdida de Lola. Rodrigo la tenía siempre presente, apretando su imagen contra el cuerpo cada vez que precisaba consuelo.

Esa noche se movieron por los pasillos con libertad. Ya no cabía esconderse de las enfermeras, sabían que tenían su permiso. Hasta las mujeres, notando un gesto alegre en la cara de los residentes, sonrieron al verlos pasar por la puerta donde se reunían. Al final del pasillo, cuando iban a bifurcar, Rodrigo detuvo a su amigo:

—Espera, Marcos. Dame el relato para guardarlo.

Sacando el papel arrugado del bolsillo, Marcos lo entregó con gesto de orgullo.

—Gracias —dijo Rodrigo mirando el trozo de celulosa—. Lo guardaré en mi caja de los tesoros. Se ha convertido en tradición.

Capítulo 20

Al día siguiente, Teo, muy nervioso, se presentó en el jardín. Fue hacia donde estaban sus tres compañeros y, cuando estuvo cerca, les dijo:

—He visto que ha entrado una nueva inquilina a nuestro centro. Es encantadora.

—Me parece que a nuestro amigo se le ha despertado la libido —declaró Marcos. Estiró la espalda todo lo que pudo y se escuchó el crujir de varias vértebras de su columna.

—Creo que tenemos que pasar página y seguir con nuestras vidas lo mejor que podamos —afirmó Ángel con seriedad.

—De eso nada. Tiene unos ojos negros que te hacen perder en el sentido. La he visto jugar a las cartas con sus amigas, así que puede ser nuestra nueva jugadora de ajedrez —insistió Teo.

—Somos cuatro, Teo, si entra un componente más tendríamos que echarlo a suertes, y uno quedaría sin jugar —contestó Ángel mirando la jugada a medio hacer.

—Seguro que se le olvida mañana —clausuró Marcos impasible.

Siguieron con su partida como si no hubieran escuchado nada, pero Teo no parecía olvidarlo:

—¿Sabéis cómo se llama? —preguntó y, sin esperar respuesta, prosiguió—. Mari Carmen. Podría ser el amor de mi vida, y...

—¡Vale ya, Teo! —exclamó Ángel mirándolo indignado.

Al ver que su amigo agachaba la cabeza y su boca hacía pucheros, los tres negaron con la cabeza. Teo, molesto ante la indiferencia, se levantó de su asiento y marchó sin despedirse.

Al desaparecer por la puerta del jardín, Ángel decidió abordar el tema:

—Me siento culpable por haberle hablado con ese tono. Creo que no es justo que le quitemos la ilusión. Su estado depresivo hace que muchas veces parezca ausente. ¿Alguien conoce a esa tal Mari Carmen?

Los dos amigos negaron con la cabeza.

—Espera —añadió Marcos—. Podríamos hacer de celestinas.

Los dos hombres hicieron el mismo gesto de antes y prosiguieron con su rutina.

A la hora de comer, su amigo seguía con el mismo tema. Por la dirección de sus miradas, al fin pudieron ponerle cara al nombre de mujer.

Marcos se fijó en ella cuando comentaba un folleto con varias mujeres. Frunció el ceño y, con disimulo, dijo:

—Hay anunciada una excursión a la montaña, esa que se ve a lo lejos.

—¿Desde cuándo te interesan los viajes? —preguntó Ángel, extrañado.

Se escuchó un aullido porque Marcos le dio una patada debajo de la mesa. Una mirada al mismo panfleto hizo que siguieran con la charla:

—Ah, sí —añadió Ángel, disimulando—. Dicen que es un lugar precioso. ¿Te gustaría ir, Teo?

Rodrigo miró la escena, incrédulo, hasta que entendió qué tramaban los dos amigos. Balbuceó con la boca llena, a punto de escupir por culpa de la risa:

—Eso, Teo.

—No, no, yo no soy de esos blanditos que cantan en el autobús y se pasan el día mirando piedras —expresó con rotundidad.

—Pues me parece que va Mari Carmen —soltó Marcos. Siguió comiendo como si no hubiese

dicho nada.

—¡Anda! Pues vamos todos —exclamó Teo, risueño.

—A mí me duele el estómago —Rodrigo encogió la barriga.

—La próstata, ya sabes —mencionó Marcos mirando hacia su bragueta.

—Mi alergia no me lo permite —excusó Ángel haciendo como si estornudara—. Solo me faltaba eso. Pero, podrías ir tú y luego nos cuentas. Será como ir todos.

—Vale, iré yo. Me irá bien caminar un poco; estoy engordando —dijo Teo dando golpes a su barriga.

Antes de levantarse de la mesa, Ángel, Marcos y Rodrigo echaron una última mirada rápida a la mesa de las mujeres. Después fueron al registro para la excursión. Faltó poco para quedarse fuera porque el autobús salía al día siguiente.

Esa noche hubo reunión en el cuarto de Rodrigo, y Teo fue el único que faltó. Dijo que debía descansar, aunque los demás sabían que estaba preparando su salida.

Sentados en la cama, Marcos se dirigió al grupo con las manos en jarras:

—Bueno, ¿cómo lo hacemos?

—No sé. ¿Seguro que es buena idea preparar una cita a ciegas?

—Claro, Ángel —prosiguió Marcos—. Él nunca sabrá que nosotros hemos maquinado un plan, ni que le vamos a dejar una carta con su nombre a Mari Carmen por debajo de la puerta del dormitorio. —Emitió una risita nerviosa—. Le solicita una cita a ciegas donde tendrá que llevar un clavel en la solapa. —Marcos fregó sus manos—. Es perfecto.

—Lo complicado será lograr que lleve tal flor —respondió Ángel con preocupación.

—Le diremos que le da un distinguido aspecto para conquistarla y que, durante el viaje, solo tiene que presentarse a ella con aspecto de galán de cine para impresionarla —siguió Ángel, cada vez más animado.

—Vale, sí —añadió Rodrigo, convencido—. Nos divertiremos y, quién sabe, puede que salga de esto una bonita historia de amor.

Las horas se hicieron eternas para los tres planificadores del encuentro. Ángel escribió la nota que le redactaron Rodrigo y Marcos. Se acercó al dormitorio de la mujer y pasó la nota por debajo de la puerta.

Teo subió al autobús con una sonrisa en los labios. Sus amigos esperaban su vuelta con ansia y, así, saber cómo se las había arreglado el enamorado para sentarse cerca de la mujer. Comprobaron con escepticismo que Mari Carmen estaba rodeada de varias mujeres que les daban repelús.

Con Teo ausente, el resto del grupo se entretuvo con la rutina del lugar. Nerviosos por cómo funcionaría su trama, la charla se centró en los posibles resultados, que censuraron al observar la llegada del autobús a su destino. Marcos susurró:

—Seguro que ha triunfado.

Rieron.

La primera en salir fue Mari Carmen, bajando las escalerillas con violencia. Parecía tener prisa en bajar. Le siguieron varias mujeres.

Al fin apareció Teo. Sus amigos, expectantes, lo siguieron con la mirada. Él se alejó de la puerta con un grupo de jubilados risueños, comentando todo lo que había disfrutado en la excursión.

Anonadados al resolver que habían fallado, Ángel, Marcos y Rodrigo se acercaron a Teo con mal humor y le pidieron explicaciones:

—Teo Gómez, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha ido la cita? —preguntó Marcos con las manos en jarras.

—¿Qué cita? —sentenció Teo.

—¡No me digas que no has conquistado a Mari Carmen! —reprendió Ángel chasqueando la lengua.

—No nos enredas más —dijo Rodrigo con tono de enfado.

Teo quedó con cara de no entender nada, mientras que sus tres amigos, enojados e indignados por el esfuerzo inútil, se alejaban hacia el lugar de siempre.

Mientras ellos le enseñaban su espalda, Teo sonrió con gesto travieso. Se puso la mano en el pecho y dio varios golpecitos.

Capítulo 21

Al día siguiente encontraron a Teo cuchicheando con Mari Carmen en el pasillo. Los tres amigos pasaron de largo, sin antes mirarlo con gesto de enfado. En seguida se unió a ellos.

—¿Jugamos una partidita?

—Teo Gómez, ¿qué tramas? —dijo Marcos, enfadado.

—¿Estás celoso? —contestó Teo con voz burlona de niño pequeño—. Solo me preguntaba por una buena letrada, la necesita para cambiar su testamento.

—¡Déjame tranquilo! —gritó Marcos. Dio media vuelta y marchó hacia su cuarto.

—Le habrás dado el teléfono de Lucía ¿verdad? —preguntó Ángel, chasqueando la lengua con los dientes. Negó con la cabeza—. No te preocupes, se le pasará. Tiene un mal día.

—Claro, le he dado los datos de ella —dijo Teo con retintín.

—Ahora que no está Marcos —susurró Ángel—, tenemos que hablar de su cumpleaños.

En el jardín, empezando una partida mientras Teo miraba, aprovecharon para charlar:

—El plan es prepararle una fiesta de cumpleaños sorpresa, pero necesitamos la ayuda de una profesional que contacte con sus familiares y hacer lo imposible para que su regalo sea su presencia.

Hubo un silencio al observar que venía Lucía.

Observaron pasar a la joven por un arco engalanado de rosales y le regalaron una amplia sonrisa llena de júbilo.

—Hola, cielo, ¿cómo estás? ¿Cómo te va todo? —dijo Ángel con una gran sonrisa. Se levantó para abrazarla.

—Muy bien, chicos. Encantada de poder volver a veros —dijo Lucía con una mirada dulce. Se dieron dos besos.

Vienes en el momento oportuno —expresó Ángel ansioso—. Dentro de poco es el cumpleaños de Marcos y queremos hacerle la mayor fiesta de cumpleaños de su vida. Te necesitamos.

—¿A mí? —contestó Lucía, impaciente mientras se sentaba al lado de Rodrigo. Ángel se hizo un hueco al otro costado—. Decidme de qué se trata.

—Sabemos que tiene familiares, pero no la forma de contactar con ellos para invitarles a asistir a nuestra fiesta —informó Ángel. Los demás asintieron.

—Así que tengo trabajo... —bromeó Lucía.

—Lo decimos en serio —dijo Teo, inquieto.

—Vale, haré todo lo que esté en mi mano.

Después de una charla animada de preparativos, ella marchó con un montón de planes en la cabeza.

En la residencia, Rodrigo, Ángel y Teo, se pusieron manos a la obra para que todo saliera perfecto.

Con pudor de encontrarlo fuera del domicilio, Rodrigo llamó a su hermano. Enseguida le cogió la llamada:

—Hola, Adrián.

—Rodrigo, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí. Te llamaba para pedirte una cosa.

—Lo que quieras. Siento mucho no haber podido ir a verte. Los negocios me tienen ocupado, y...

—No te preocupes, lo entiendo. Estoy bien. ¿Te acuerdas que te hablé de mis nuevos amigos?

—Ah, sí. —Hubo un silencio.

—Pues pronto será el cumpleaños de Marcos. Le estamos preparando una fiesta sorpresa. He pensado que podríais venir...

—Por supuesto, ahí estaré. Me gustará conocer a tus amigos.

—Gracias, hermano. ¿Podrías traer a Dama y Vagabundo? Los echo de menos.

—Claro, dime cuándo es. Se lo diré a tus sobrinos.

—Estupendo. Te aviso cuando sepa los detalles. Será una sorpresa.

—Espero tu llamada. Tengo ganas de darte un abrazo.

—Y yo también.

Se despidieron con cariño y Rodrigo sonrió satisfecho. Tocó su estómago. Las emociones le habían hecho una mala pasada. Pensativo ante la tarea bien hecha, dedujo que un poco de distracción le iría bien para su dolencia.

Capítulo 22

El proyecto seguía en marcha. Lucía conectó con los residentes, menos con Marcos, y accedió gustosa a participar en el evento.

Los amigos de Marcos programaron una merienda en el parque colindante a la residencia, con la colaboración del servicio gastronómico, que estuvo encantado de cooperar. La asistenta de compras, que tanto adoraba a Lola, se prestó a preparar todo tipo de decorados para la ocasión.

El domingo se levantaba precioso. Los pájaros revoloteaban sobre el escenario, plagado de farolillos alineados en los árboles que formaban una plataforma alrededor de varias mesas del merendero.

Desde la ventana de la habitación, Rodrigo observaba todos los preparativos. La estancia de Marcos daba a otro lado y no podía verlo. Suspiró. Llamaron a su puerta. Eran parte de los invitados, engalanados con ropas elegantes e inmersos en una alegría contagiosa:

—Hola, hermano.

—Ya estáis aquí. Qué gusto veros.

Se abalanzó a besar a Adrián. Observó el gesto cómplice de sus sobrinos y se llevó una grata sorpresa al ver lo que ocultaban a la espalda, sin conseguirlo:

—Dama, Vagabundo. Venid aquí.

¡Cuánto mimo, caricias y lamidas de manos...! El octogenario se arrodilló. No sabía ni cómo pudo hacerlo, quedando envuelto en pelo suave y perfume.

—Ayudadme, no puedo levantarme.

Rieron.

—Venid, quiero presentaros a mis amigos. No a todos, porque el que cumple años no sabe nada. Teo le está entreteniendo en su cuarto. Vamos al parque.

Salieron en bandada hasta llegar al sector ornamentado. Allí les esperaban Lucía y Ángel. La sorpresa se la llevó Rodrigo al ver que la letrada había conseguido reunir a la familia del protagonista del evento. Abrió los ojos y echó la cabeza atrás mirando la escena. Lucía le sonrió, y le hizo un guiño.

Después de las presentaciones, aprovecharon para charlar y ponerse al día.

Mientras, Teo, esperando que todo estuviera saliendo como habían planeado, le dijo a Marcos:

—Sabes, Rodrigo ha recibido visita de su familia y me ha dicho que quieren conocernos. Están en el parque. ¿Vamos?

—¿Seguro que quieren vernos? —dijo con gesto triste.

—Por supuesto. Traen a Dama y Vagabundo.

La cara de Marcos se recompuso. Emitió una sonrisa y un ruidito.

—¡Vamos!

Los invitados que estaban en el parque se notaban inquietos y expectantes, hasta que a Ángel le pareció ver a dos personas conocidas por el camino de la entrada:

—¡Ya vienen!

Ante el aviso, todos intentaron esconderse detrás de los bancos.

Parecía que Marcos no se había dado cuenta de la trama. Oteó por los cuatro costados y preguntó al amigo que lo guiaba:

—¿Dónde están?

Teo enmudeció y siguió caminando hasta acercarse a la zona engalanada. De pronto, salieron todos de sus escondites y gritaron al unísono:

—¡Sorpresa!

Los ojos de Marcos se agrandaron y, a la vez, su primera reacción fue huir del lugar lo más pronto posible; pero en cuanto se percató de la presencia de sus hijos y nietos, que aún no había conocido, le dio un vuelco el corazón y casi se desvanece. Sus manos entumecidas se abalanzaron a abrazar a todos a la vez:

—¡Habéis venido!

Los perros ladraron, los niños rieron, y todos los presentes, incluso las personas ajenas a la fiesta que ocupaban bancos del merendero, aplaudieron y se animaron a seguir el canto de cumpleaños feliz que le ofrecían.

Hubo risas, jolgorio, y los niños se lo pasaron en grande con los dos canes en el cercado preparado para ellos. Ángel les dedicó varias canciones y Teo cooperó amenizándolas con golpes en la mesa, que siguieron los demás presentes. Marcos parecía lleno de felicidad. Sonreía en todo momento y daba las gracias a todos por la sorpresa.

Fue un día de júbilo.

Marcos reservó un trozo de pastel y lo envolvió en papel del mismo postre. Ángel, al verlo, le preguntó al oído:

—¿Para quién es?

—Para Alicia.

—¡Si está en coma!

—Lo sé, pero le gustará que se lo lleve.

—Si tú lo dices...

Cuando se hubieron despedido los familiares, los cuatro residentes y Lucía quedaron sentados, exhaustos. Sonrieron y se abrazaron. Después, entre todos ellos, sobre todo la joven, recogieron los adornos y desecharon en la basura los recuerdos de la memorable fiesta.

De camino al centro, entre bromas y a paso lento, Marcos miró a sus compañeros y preguntó:

—¿Cómo habéis conseguido que venga mi familia al completo?

Las miradas se centraron en Lucía:

—Os lo detallaré en otra ocasión. Estoy rendida y es largo de explicar —contestó la joven con voz dulce.

Los cuatro amigos asintieron por el cansancio soportado y decidieron irse cada uno a su lecho merecido. A Lucía la entretuvieron un grupo de enfermeras en la entrada. Excusándose con una sonrisa, quedó hablando con ellas.

Al cabo de unas horas, apareció en el cuarto de Rodrigo. Tocó suave con el puño en la puerta y preguntó:

—¿Puedo hablar contigo?

—Por supuesto, Lucía.

Abrió la entrada y asomó medio cuerpo.

El hombre, al verla con los ojos enrojecidos, hizo un gesto de preocupación:

—¿Te pasa algo?

—Tranquilo, estoy bien —dijo ella con un hilo de voz.

—Pasa, pasa.

—No quería hablar delante de Marcos. —Se sentó en la cama, al lado de Rodrigo, que estaba

acostado.

—Dime. —Él incorporó medio cuerpo.

—Llamé a su familia y me dieron muchas excusas, casi me desespero. Entonces probé de mi astucia, bien aprendida de mi tía, y accedieron a venir

—Bravo. ¿Cómo lo lograste?

—Les dije que era la letrada del centro y llamaba para informarles de que Marcos estaba muy enfermo y temía por su vida, que debían venir a verle antes de que fuese demasiado tarde. No se me ocurrió nada más en ese momento. —Su cara enrojeció.

—Hiciste bien.

—Ya, pero ellos me pidieron a cambio algo que...

—No te preocupes. Puedes contarme lo que sea. Prometo que no le diré nada.

—El deseo de la familia, en su totalidad, era lograr que Marcos firmara el acuerdo de últimas voluntades, incluidos todos los bienes escondidos, todo detallado, para poder reclamarlos a su fallecimiento.

—Pobre Marcos. —Rodrigo chasqueó la lengua con los dientes. Puso las manos en su calva y miró a su acompañante:

—Y ¿lo lograste? Mira que conozco un poco a mi amigo.

—Lo he visitado hace un rato y me ha sorprendido su respuesta. Supongo que la esperaba. —Lucía suspiró con profundidad—. No estaba en su cuarto. Deduje que habría ido a visitar a Alicia, por lo del pastel, ya sabes. Cuando llegué, la estancia olía a vainilla, y Marcos le explicaba los pormenores de la fiesta a Alicia.

—Ya, todos los del grupo lo hacemos.

Los dos bajaron la mirada y pusieron gesto triste. Rodrigo rompió el silencio:

—Y ¿qué te ha dicho?

—En el fondo se ha alegrado, según me ha dicho, de que fuese yo quien le llevara el trámite.

—No es justo —dijo Rodrigo indignado.

—Lo sé, Rodri.

El hombre abrió los ojos ante ese cariñoso tratamiento. Se le escapó un suspiro sin poder dejar de mirar la imagen de Lola que tenía expuesta en la mesita.

Lucía prosiguió con la confesión:

—Entendí que, al no poder disfrutar de los logros económicos siendo difunto, prefería tener a su familia cerca de vez en cuando y que ellos se quedaran con su fortuna cuando falleciera, así que consintió el trato y redacté el documento, aclarando antes con él todas las cláusulas.

—¿Qué cláusulas?

—Tendría la visita de sus nietos, al menos cada quince días.

—¿Solo eso?

—Sí, pero traigo una buena noticia.

—¡Vaya! —dijo Rodrigo sorprendido.

—Cuando hemos llegado del parque, me han entretenido varias enfermeras y la encargada de asuntos sociales. ¿Te acuerdas? —Rodrigo asintió con la cabeza—. Resulta que Mari Carmen Alonso, una residente, ha solicitado mis servicios de letrada, y con ella, varias más. Así que... A partir de ahora, seré la abogada usual del centro.

—Bravo —dijo Rodrigo aplaudiendo con torpeza—. Me alegro mucho.

—Así nos veremos más a menudo.

Se acercó a la calva del hombre, le dio un beso y, sin decir nada, marchó.

Capítulo 23

La lluvia auguraba tristeza al golpear la ventana de Rodrigo.

Abrió los ojos con la sensación de vacío. Le sobresaltó un presentimiento. De un salto, se levantó de la cama y, en bata y zapatillas, salió al pasillo. Intentó andar todo lo deprisa que pudieron sus débiles piernas. De haber podido correr o volar, lo habría hecho, pero sus fuerzas no le respondieron.

Al entrar en el cuarto de Ángel, encontró a Marcos sentado en la cama y con los ojos ensangrentados de dolor. Descubrió a Ángel tumbado, impasible.

Marcos gritó con enfado al verlo entrar:

—¡Ha fallecido de pena!

—Me estás mintiendo, solo está dormido —suplicó Rodrigo mientras se acercaba al cuerpo inerte. Lo zarandeó—. Ángel, amigo, no puedes marcharte ahora, no nos puedes dejar. Todavía tenemos que hacer grandes cosas, y tienes que ayudarnos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Teo, también al entrar.

Tembló de tal forma que Rodrigo dio media vuelta y se acercó a Teo para cogerle de la mano. Susurró con un hilo de voz cada vez más conmovido:

—Ángel se ha ido. Está con nuestra Lola.

Agarrados de la mano, Rodrigo estiró despacio de Teo para que se acercaran a la cama. Cuando estuvieron los tres cerca, Marcos alargó los dedos y acarició la tez negra de su amigo con ternura.

—Querido amigo, ahora ya no sufrirás más ausencias. No dejes de visitarnos hasta que nos podamos reunir.

Hubo un silencio que rompió cuando llegaron varias cuidadoras. Ignorando los sentimientos de los presentes, los apartaron con un gesto de la mano para que salieran. Cerraron la puerta a su paso, dejándolos desolados, llenos de recuerdos por todos los rincones, pero sin la presencia de su amigo.

No se fueron lejos, se sentaron en un banco cercano sin poder reaccionar. Fue Rodrigo, con la voz quebrada, el único que habló:

—Lamento no haberme podido despedir de Lola, pero es injusto que tampoco lo haya podido hacer de Ángel.

Se preparó un velatorio triste y apagado de asistentes, pero con una inmensidad de flores y coronas de epitafios fríos.

Acudieron a la capilla. Estaba menos concurrida que en el último velorio. Eran solo tres los asistentes que se dirigieron a paso lento hacia la lujosa caja de madera donde se mostraba el rostro de su amigo, engalanado con su mejor vestimenta y los ojos cerrados en paz.

Marcos giró la vista al observar una presencia conocida. Al verlo, el joven se acercó. Tenía una apariencia hundida.

Marcos esperó hasta que llegara para saludarlo:

—Hola, Pitt. Lo siento mucho.

Rodrigo y Teo callaron emocionados.

—Le amaba. Me obligó a que me fuera de su lado. Dijo que debía seguir mi vida sin él y ser

feliz —se excusó Pitt gimoteando—. Me amenazó con no dejarme verlo nunca más si no rehacía mi vida y seguía mi sueño de ser artista.

—Él sabía tus sentimientos —le consoló Marcos sin lograr más que se desmoronara y cayera al suelo de rodillas.

—No es justo. —Lloró sin levantarse.

—Lo sabemos, Pitt, pero era su voluntad que avanzases —intervino Teo—. Sabía que siempre lo tendrías presente.

No consiguieron consolar al joven arrodillado. Pitt gateó hasta agarrar el borde del ataúd, y allí apoyó su frente mientras hablaba con el difunto.

—Mi Ángel: siempre estarás vivo en mi recuerdo y en el de la humanidad. Tus obras serán reconocidas como las de lo que eras: una gran persona.

Entre los tres octogenarios levantaron al joven como pudieron y lo sostuvieron para que no cayera desplomado. Observaron impotentes cómo se acercaba de nuevo a la caja de pino y acariciaba con ternura la tez negra e inerte de Ángel.

Se sorprendieron cuando Pitt recitó un poema del propio Ángel:

—«Mi polluelo, haces que quiera cobijarte en mi ala. Tu existencia me llena de ternura. Déjame cobijarme de mis heridas bajo tu ala».

Al acabar, Pitt se dirigió a los tres ancianos que le acompañaban rodeando el ataúd. Secó las lágrimas de sus ojos con el dorso de las manos. Suspiró y expresó:

—Su voluntad era que su cuerpo fuese donado a quien lo necesitara, y que sus cenizas fueran depositadas en un sitio especial para mí, el amor de su vida —sollozó—. Pero el dolor no me permite pensar en ese lugar. Por favor, quisiera que os ocupaseis vosotros.

—Pitt, hablé mucho con Ángel y me confesó lo mismo que me dices —contestó Marcos acariciando la melena del joven—. También sé que le gustaría dejar un pedacito de su historia en el conservatorio, donde había resurgido, que su recuerdo permaneciera al paso del tiempo. Creo que es el mejor lugar para venerarle.

—Me parece bien —contestó Pitt, pensativo—. Hablaré con ellos. Seguro que le prepararán un lugar preferente, así podría ir a visitarlo siempre que necesitara consuelo. Gracias. —Alzó la vista al techo con media sonrisa en la cara—. Sé que os apreciaba mucho, y allí donde esté, os agradecerá todo lo que habéis hecho por mí.

Se ordenó una gran ceremonia en el conservatorio donde acudiría todo aquel que lo deseara. Grandes maestros y pequeños alumnos.

Marcos, Rodrigo y Teo no fueron invitados, aunque no les importó. Lucía, como letrada y amiga de Ángel, asistió. Al volver al centro, explicó los detalles al grupo, que la esperaban tristes delante de un tablero sin piezas:

—Tenéis que animaros, se me parte el alma al veros así.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Rodrigo en nombre de todos.

—La ceremonia ha sido célebre por la historia y trayectoria de nuestro amigo. —Lucía sonrió con ojos apagados—. Fue retransmitida por todos los medios de comunicación. Le hicieron todo tipo de homenajes y entrega de premios póstumos, los cuales Pitt recogió, para depositarlos después en un espacio dedicado a él.

Paró de hablar por la emoción. Cuando se recompuso, ante la atenta mirada de los hombres, prosiguió:

—Todos le rindieron homenaje. Su voluntad era donar su patrimonio: parte del dinero al conservatorio y ayudar a los estudiantes que no tuvieran medios; el resto, a la protectora de

animales de la ciudad. Sus pertenencias, obras y derechos de autor, a Pitt.

Con gesto de orgullo, Rodrigo, Marcos y Teo, sonrieron, aunque sus ojos no les siguieran. Lucía prosiguió:

—Sus obras se han revalorizado mucho. Cuando el autor fallece, todos los poderosos quieren poseer un pedacito de su historia. Aunque la exclusividad se paga, no pueden resistirse a comprar obras únicas. Y quienes las adquirieron antes, las conservarán como un tesoro.

Hubo unos minutos de silencio. Después de despedirse, Lucía marchó y dejó a los tres residentes mirando al cielo del jardín.

Capítulo 24

Esa tarde hubo tormenta. El ruido ensordecedor obligó a los tres y únicos componentes del grupo a refugiarse en el cuarto de Rodrigo. Colocaron el tablero de ajedrez en la mesa supletoria e intentaron pasar una velada tranquila, a pesar de las luces y el retumbe del exterior.

Permanecían en silencio, concentrados en la partida, cuando Marcos, que le tocaba esperar al siguiente turno de juego, se cuadró delante de ellos y dijo:

—Nuestro amigo querría que siguiéramos con nuestra vida lo mejor posible. Tenemos pérdidas dolorosas, sí, pero seremos los próximos. Es ley de vida. Opto por unir nuestras fuerzas para hacer una ofrenda a Lola y a Ángel. Puede que sea nuestra última oportunidad.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Rodrigo dejando la jugada para atender las explicaciones. Teo hizo lo mismo.

Sin decir nada, Marcos cogió un papel en blanco de encima del escritorio y lo ofreció a sus dos acompañantes. Expuso con gesto serio:

—Que lo escriba quien tenga mejor pulso.

Teo examinó sus manos temblorosas. Suspiró y negó con la cabeza antes de mirar a Rodrigo.

—Vale, lo escribo yo —dijo Rodrigo—, pero lo hacemos entre todos. No estoy muy inspirado. Me vais diciendo lo que queréis contarle a Alicia. Si luego queréis, lo leo yo.

Dieron su conformidad con una sonrisa cómplice. Después, de uno en uno, añadieron pensamientos mientras Rodrigo los anotaba. Estuvieron un tiempo repasando hasta que al escriba le pareció acabado.

—Ya está listo. ¿Vamos?

Cruzaron el umbral de Alicia a paso lento, inquietos y emocionados. Delante de la pequeña, sus rostros se volvieron más tristes, dotándolos de arrugas más pronunciadas. Se miraron y asintieron con un gesto de cabeza.

Sin más dilación, Rodrigo aclaró su garganta con un ronroneo y narró el contenido del escrito que portaba en su mano. Marcos y Teo se acomodaron, sentados en el borde de la cama.

—Querida Alicia, ya solo quedamos tres redactores que velan por entretenerte. Lola y Ángel han marchado de nuestro lado. Estamos muy desolados. —Respiró con profundidad—. En este tiempo no hemos encontrado respuesta al secreto que pretendimos descifrar con ayuda de Lucía, pero el silencio que se esparce sobre tu presencia nos insiste en que algo grave te pasó. Seguro que nuestros amigos de ahí arriba ya lo han averiguado y estarán pendientes de tu despertar. No estás sola. Nunca lo olvides, pequeña.

El anochecer se tornó oscuro y desolador. Lloraron, pero Teo interrumpió el momento al acercarse a la tez pálida de Alicia y, con los ojos engrandecidos, dijo:

—Me ha parecido ver lágrimas en sus ojos. Mirad, los tiene mojados.

—Imposible. Es un reflejo de su estado ausente —dijo Rodrigo sin prestarle atención—. Te lo habrá parecido.

Teo encogió los hombros y se acercó un poco más a la cara de Alicia para darle un beso en la mejilla, mirando de reojo si su amigo tenía razón. Suspiró. Marcos y Rodrigo siguieron con el gesto.

Se resistían a marcharse. Estuvieron un buen rato observando con detenimiento las facciones

infantiles y su respiración controlada. Sin embargo, el silencio que quedó al terminar la tormenta, les incomodó. Teo bostezó.

Capítulo 25

Cuando salió el sol, Rodrigo estaba en el jardín recogiendo flores silvestres. Abandonó el centro y miró a su alrededor. Pronto llegó su transporte. Indicó la dirección del cementerio local y, al llegar, solicitó al conductor que lo esperase. No tardaría más de diez minutos.

Entró en un entorno verde, rodeado de jardines y arbustos bajos que le hizo sonreír, para después cambiar el gesto a triste tras hallar los adornos sacramentales y tumbas alineadas en el suelo, todas ellas repletas de epitafios de mármol y oro. Intentó recordar las indicaciones que le había dado Lucía.

Buscó durante un rato el nombre de su destinataria hasta que encontró dos tumbas casi juntas en un rincón. Leyó el epitafio en voz alta:

—«En agradecimiento por tu cariño, no te olvidaremos jamás», al lado, una más pequeña en la que había inscrito: «Siempre juntos».

Se arrodilló para posar parte del ramo de flores que llevaba en el sepulcro más grande, separando algunas para dejarlas encima de la otra.

Le contó al viento todo lo acontecido: el fallecimiento de Ángel, la cita de Teo y la fiesta de cumpleaños de Marcos, la incorporación al centro de su sobrina y, también, el último encuentro literario con Alicia.

Se despidió de Lola con un «te amo» y marchó. El taxi lo esperaba.

Al llegar a su destino le aguardaban en la puerta de entrada con aires de reprimenda. Rodrigo pagó el trayecto y, antes de poder dar un paso, sus dos compañeros se le acercaron. Marcos dijo con tono preocupado:

—¿Dónde has estado? Te hemos buscado hasta por debajo de las piedras.

—He ido a visitar a Lola para llevarle flores.

—Pero hombre —expresó Teo con un chasquido de la lengua entre los dientes—, ¿por qué no nos has llamado? Te habríamos acompañado.

—Necesitaba estar solo con ella y explicarle los nuevos acontecimientos, y también despedirme. No sé si podré volver a llevarle flores.

Se le escaparon varias lágrimas. Disimulando, las desvió con las manos. Sus dos amigos se acercaron y le dieron varias palmadas en la espalda. Entraron en la residencia a paso lento y reposado hasta llegar al jardín, donde siguieron su charla.

El día continuó con su lenta rutina hasta que llegó la hora de descansar. Aún no se habían metido en la cama cuando unos gritos cercanos al cuarto de Rodrigo provocaron que Teo se asomara a la puerta. Estaba en calzoncillos y creyó oportuno cerrar y ponerse los pantalones de pijama para salir de nuevo.

Observó que el revuelo estaba centrado en la habitación de Alicia. Entraban y salían doctores y enfermeras inquietas. Pronto se unió Teo a Rodrigo, alarmado por el trotar en el corredor. Se miraron los dos con gesto de intriga.

Al poco asomó por una puerta cercana una mujer en camisón. Teo, al reconocerla, le preguntó en tono bajo:

—Mari Carmen ¿qué ha pasado?

—Dicen que ha despertado, Teo.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Todavía no lo sé, pero aquí se sabe todo tarde o temprano.

Los dos hombres quedaron mudos ante la respuesta de la mujer. Mari Carmen se despidió con urgencia y cerró la puerta.

Al verse solos, Teo cuchicheó a su amigo en el oído:

—Es una locura. Despertó después de nuestro último relato, y eso es una señal. —Se tapó la boca con la mano.

No supieron más detalles hasta la tarde. Se respiraba mutismo y puertas cerradas, con lo que prosiguieron con su rutina de jugar al ajedrez.

Apareció una mujer y se acercó a Teo con una enorme sonrisa en los labios. Siseó para llamar su interés. Él, al verla, se puso nervioso, soltó la pieza que estaba moviendo, que cayó como estaba. Sin prestarle atención a sus amigos, saludó primero alzando la mano con timidez; luego, dijo:

—Hola, Mari Carmen.

—¿Puedo hablar contigo? Se trata de la niña.

—Claro, estos son mis amigos: Rodrigo y Marcos. ¿Sabes algo?

La mujer se sentó sin pudor al lado de Teo y, excitada, comenzó a narrar muy deprisa:

—Me ha dicho una enfermera que anoche escuchó voces de varias personas en la habitación de la pequeña. Fue a comprobar si estaba todo en orden y puso la oreja en la puerta. No parecía haber movimiento. Decidió echar una ojeada y, nada más asomar la cabeza, notó una débil oscilación de la mano de la chica. Enseguida entró y lo confirmó. Pero, además, sus ojos se abrieron y la miraron.

Ante las bocas abiertas de los hombres, sobre todo de Teo, Mari Carmen sonrió y prosiguió con el relato:

—Luego la enfermera le susurró: «¿Estás despierta?». Al verla mover los párpados, tomó su pulso. Entonces, la niña la miró a los ojos y le dijo: «¿Los has visto?». Y la mujer le preguntó: «¿A quién?». Y le contestó: «A ese perro blanco con una mancha en la ceja. Me ha lamido la mano. Mire, aún está húmeda». Le enseñó la mano y todo. Asustada, la enfermera le dijo: «Estás desvariando niña, te tomaré la tensión». Y la niña le contestó: «Estaban aquí. Era una mujer que cojeaba, tenía el pelo azul. Y había un hombre negro con un sombrero. Dijeron: ¡Despierta, despierta, ya es hora de seguir tu camino!». —Mari Carmen suspiró—. Imagínate, Teo. Llamó corriendo al doctor para explicarle que había despertado la niña y estaba desvariando.

Hubo un silencio y Teo, con cara de asombro, preguntó:

—¿En serio?

—Lo juro —Mari Carmen besó su dedo anular—. Lo más extraño fue que, al salir al pasillo, a la enfermera le pareció ver la figura de dos personas y un perro alejarse hasta que desaparecieron en la oscuridad.

—¿En serio? —preguntó Rodrigo, acercándose a la mujer. Marcos hizo el mismo gesto.

—De verdad —siguió Mari Carmen—. Pero hay más: cuando llegó el doctor, la niña le explicó la misma historia: que cuando dormía, una mujer que caminaba cojeando junto a un perro y un hombre negro con un sombrero la cogieron de la mano y le susurraron al oído: «¡Despierta, Alicia!».

Al ver que los oyentes estaban absortos y enfrascados en la trama, prosiguió animada:

—Además, la niña añadió que había tenido compañía, que alguien acudía a sus sueños para contarle historias.

—No es posible —dijo Marcos. Se tapó la cara con las manos.

—Sí, sí —afirmó Mari Carmen con rotundidad—. Y lo más extraño es que lo que no recuerda es el asesinato. El día en que quedó inconsciente desapareció de su memoria.

—Y ¿cómo sabes todo eso con tanto detalle? —preguntó Rodrigo con retintín a la vez que abría mucho los ojos.

—¡Ah!, una tiene contactos. —Mari Carmen guiñó un ojo a Teo.

Capítulo 26

Cuando Rodrigo se encontraba en su alcoba, reposando de tanta emoción, le pareció escuchar un taconeo en el pasillo. Siguió el sonido hasta deducir que se dirigía al cuarto de Alicia. Allí cesó. Pensativo, entrelazó sus manos y las puso sobre su estómago. Apretó.

Puso la oreja pegada a su puerta y apreció una voz de mujer. Entrecerró los ojos y su boca emitió un ruidito. Alargó la mano hacia el pomo, respiró hondo y abrió muy despacio. Salió en bata y zapatillas y, con cuidado, se puso a escuchar detrás de la puerta entreabierta del cuarto de Alicia.

Una voz femenina y adulta, un poco ronca, preguntó:

—Alicia, ¿qué recuerdos tienes? El doctor me ha dicho que has olvidado el día que te ocurrió el incidente.

—Mamá, solo me acuerdo de los últimos sueños que he tenido. Si me pasó algo, no lo recuerdo. Si acaso, vagas imágenes, como si me hubiera desplomado por las escaleras de casa y hubiera rodado hasta el suelo. Nada más.

—No te preocupes, hija. —Hubo una pausa—. Siento lo de tu padre.

—¡Papá! ¿Por qué no ha venido contigo?

—Papá no podrá venir.

—¿Qué ha pasado?

—Lo siento, Alicia. Ese día entraron en casa a robar, encontraron a tu padre en su despacho y... acabaron con su vida.

—No es posible. ¿Por qué lo han hecho?

—Unos desaprensivos encapuchados que solo querían riquezas materiales y no perdonaron el entrometimiento de tu padre en sus planes. ¡Malnacidos!

—Y a mí, ¿qué me pasó mamá?

—Después de conseguir su propósito, no tuvieron bastante y subieron a buscarte a tu cuarto. Estabas escuchando música, porque te encontraron con los auriculares puestos. Suponen que, cuando notaste las presencias en el pasillo, saliste corriendo y te caíste por las escaleras hiriéndote en la cabeza de gravedad.

—No lo recuerdo, mamá, no lo recuerdo.

—No te preocupes, Alicia, no podías hacer nada; además, llevaban capucha y no hay manera de saber quiénes eran esos malvados.

Rodrigo notó un silencio que lo alertó. Después del sonido apagado de un beso, despegó su oreja de la pared y caminó todo lo deprisa que pudo hacia su cuarto. Cerró con cuidado.

Dio varias vueltas por la estancia sin control. Dejó pasar un tiempo prudencial después de notar que alguien con tacones pasaba por su puerta y se alejaba. Rodrigo salió al pasillo. Miró hacia todos lados. Al verse solo, fue al cuarto de Alicia. Dudó en entrar, pero al escuchar unos gimoteos, se decidió:

—Hola —dijo Rodrigo. Examinó la estancia sin cables ni instrumentos, solo estaba una niña desolada en llanto.

Se tocó el bolsillo de la bata y palpó la fotografía de Lola que guardaba. Cogió aire y se acercó a la criatura. Antes de llegar a ella echó un vistazo a la puerta. Volvió para cerrarla y

susurró:

—¿Qué te pasa, pequeña? Estoy en la habitación de al lado —mintió— y te he escuchado llorar.

Al tenerlo cerca, Alicia se abalanzó a los brazos de Rodrigo como si fuese un familiar cercano. Le dio un achuchón mojado de llanto. Gimoteó:

—A mi papá lo han asesinado, y ha sido mi culpa.

—No digas eso, cielo —consoló Rodrigo—. Seguro que no ha sido culpa tuya.

—¿Y si vienen a por mí? —Alicia agarró el pijama de Rodrigo con fuerza—. ¿Y si me hacen daño?

—Necesitas protección —Rodrigo la alejó lo justo para secarle las lágrimas con el dedo índice—. Yo te ayudaré. Tengo una amiga letrada que sabrá cómo protegerte. Cuando amanezca la llamaré. Todo se arreglará, te lo prometo.

—¡No te vayas, por favor! —Alicia se aferró a la bata de Rodrigo con fuerza.

—Está bien —dijo Rodrigo, conmovido—. Me quedaré hasta que te duermas.

Sentado en un sillón vacío y agarrado de la pequeña mano, Rodrigo se quedó dormido.

Capítulo 27

Los nervios le corroían por dentro. Sentado en un banco del jardín, apoyando las manos en sus rodillas, Rodrigo frotó su calva intentando pensar con claridad. Ni siquiera se dio cuenta cuando aparecieron sus dos amigos y se presentaron delante. Marcos le preguntó frunciendo el ceño:

—Tienes mala cara. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, no te preocupes. Yo estoy bien, pero Alicia...

—¿Qué le pasa a la pequeña? —preguntó Teo.

Se sentaron los dos a ambos lados de Rodrigo. Le miraban atentamente esperando una explicación.

—Anoche escuché ruidos en el pasillo. Había alguien en el cuarto de Alicia y no éramos nosotros. Cuando marchó la visita, fui a comprobar que la pequeña estaba bien. —Paró para suspirar—. Estuvimos charlando un rato y me confesó que a su papá lo asesinaron, y la pobre niña se echa la culpa. —Negó con la cabeza—. Está preocupada, y yo también, por si vienen a por ella y la dañan. Necesita protección —Miró primero a Marcos y luego a Teo—. Hay que ayudarla. Le hablé de Lucía. Ella sabrá qué hacer, pero no sé cómo decírselo.

—No te preocupes, yo me encargo —dijo Marcos. Alargó la mano para darle una palmada en la espalda a Rodrigo.

—Está bien. Gracias.

—Y ¿cómo está la criatura? —preguntó Marcos frunciendo el ceño.

—Bien, supongo. Me quedé un rato con Alicia hasta que se durmió: tenía miedo. Caí rendido como ella. Menos mal que salí de allí antes de que vinieran las enfermeras.

—Esto se está poniendo feo —dijo Teo. De repente, se levantó y se fue.

Siguieron con la charla sin prestar demasiada atención a la desaparición de Teo:

—No te preocupes, llamaré a Lucía.

—Me parece bien.

—Seguro que ella, al ser letrada del centro, sabrá qué hacer en estos casos —mencionó Marcos—. Además, podría ponerse en contacto con la policía para que la protegieran.

—Vale, pero nadie puede entrar en su cuarto sin que nosotros nos enteremos —dijo Rodrigo, con tono de enfado—. Haremos turnos de día y de noche. A mí no me importa estar atento a cualquier ruido y, si hace falta, me quedo a dormir con Alicia. No me descubrirán.

—Nos podríamos turnar.

Cuando menos se lo esperaban, Teo apareció por el camino del jardín acompañado de una mujer. La reacción de Marcos y Rodrigo al verlos fue de sorpresa. Enderezaron la espalda todo lo que pudieron para apoyarla en el respaldo. Se miraron para después volver la cabeza hacia los recién llegados.

Al llegar, Teo dijo con una gran sonrisa en los labios:

—Esta es Mari Carmen.

—Ya sabemos quién es, Teo Gómez —replicó Marcos con retintín.

—Escuchad, ella es agente retirada y sirvió en el departamento de investigación criminal. Ha resuelto innumerables casos parecidos al de Alicia —mencionó con brillo en la mirada.

—¿Eso es verdad Mari Carmen? —preguntó Rodrigo sorprendido.

—Es cierto —aseguró Mari Carmen—. Aunque ya no ejerzo, poseo viejos contactos. Os puedo ayudar y a la vez desentumecer mis sentidos. —La mujer les guiñó un ojo.

—No estoy seguro de que sea buena idea —dijo Rodrigo apretando los labios. Dio un codazo a Marcos.

—Es verdad, no necesitamos ayuda —confirmó Marcos—. Lo siento.

La mujer ladeó la cabeza y dijo con tono sarcástico:

—Vale, como queráis. Sabéis dónde encontrarme.

Mientras marchaba Mari Carmen, Teo se cuadró delante de sus dos amigos y preguntó con enfado:

—¿Por qué habéis hecho eso?

Observó cómo se encogían de hombros y, haciendo pucheros con la boca, dio media vuelta. Rodrigo lo detuvo dirección a la salida.

—Espera, hombre, no te enfades. Se levantó de su asiento y se acercó a Teo para pasarle el brazo por los hombros—. No estoy preparado para que entre una mujer en el grupo.

—Como queráis. Pero sigo pensando que es una mujer excepcional.

—No lo dudamos —dijo Rodrigo—. A ver, siéntate con nosotros.

Resignado, Teo hizo caso y se sentó. Pensativo, preguntó:

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Es mejor que nos turnemos entre nosotros —respondió Rodrigo—. Ya veremos si necesitamos ayuda. ¿Te parece bien?

Teo asintió con resignación.

—Lo primero es comprobar el buen estado de la pequeña y velar por su seguridad —dijo Rodrigo, pensativo—. Soy el más indicado para el comienzo por estar más cerca de su cuarto.

Marcos y Teo asintieron.

Con la llegada de la oscuridad, el silencio reinó en los pasillos del centro. Rodrigo aprovechó para visitar a Alicia. Nervioso, abrió la puerta y asomó la cabeza:

—Hola, pequeña, tengo que charlar contigo.

Ante la sonrisa infantil y la señal de su mano, entró.

—Dime.

—¿Cómo estás?

—Ahora bien. Durante el día solo pasan las enfermeras para atenderme, pero mi mamá no ha venido a verme.

—No te preocupes, pequeña. Vendrá mañana.

Los ojos de Alicia parecían rebosar en un mar de lágrimas. El hombre se acercó a ella y le dio un beso en la frente:

—Si quieres me quedaré esta noche hasta que estés dormida, no quiero que estés triste.

—Sí, por favor. Tengo miedo. —Alicia lo abrazó y apretó su cuerpo contra el pecho.

—Lo sé, pero mientras estemos nosotros no te pasará nada. —Rodrigo notó cómo la cabecita se levantaba para mirarlo—. Tengo dos amigos que viven aquí y he hablado con ellos. Nuestra prioridad es velar por tu seguridad. Puedes estar segura de que estaremos alerta a cualquier movimiento que ocurra cerca de tu cuarto, y acudiremos enseguida.

—Vale.

Alicia bostezó y se acomodó en la cama una vez que se soltó del abrazo. Rodrigo le dedicó una sonrisa y la arropó, gesto que aprovechó la niña para cogerle de la mano. Enseguida cerró los ojos y se quedó dormida.

Capítulo 28

Tiempo después de que Rodrigo saliera a hurtadillas del cuarto de Alicia, notó cierto revuelo en el corredor. Apenas había amanecido y se extrañó, asomado a la puerta con miedo. Vio dos agentes que entraban en la estancia de la niña, cerró la puerta con cuidado y se visitó para contarles la novedad a Marcos y Teo; sin embargo, sus planes cambiaron cuando escuchó la voz dulce de Lucía.

La mujer estaba cuchicheando con dos enfermeras. Cuando vio a Rodrigo, se excusó de ellas y fue hacia donde estaba él, dubitativo, con gesto de no saber si ir hacia adelante o hacia atrás.

—Hola, ¿qué haces despierto tan temprano? —le preguntó en tono muy bajo.

—No podía dormir.

—¿Quieres que desayunemos juntos?

Rodrigo asintió.

—Vale, tengo algo que contarte. ¿Te llamó Marcos?

—Sí, me contó lo de Alicia.

Los dos se sentaron en una mesa alejada. Lucía cogió las manos envejecidas y miró a Rodrigo a los ojos:

—Siento decepcionaros, pero es difícil que pueda prestaros ayuda. Ahora están interrogando a la pequeña y no me dejarán entrar; tampoco he podido averiguar nada, por el secreto de sumario.

Rodrigo bajó la mirada hacia el suelo. Un chasquido salió de su boca:

—¿Seguro que no puedes hacer nada de nada? ¡Pobre criatura! Está muy asustada. Y lo peor: su madre no ha venido a visitarla. ¿Por qué no viene a verla? ¿Qué pasa? Y...

—Tranquilo, estás temblando. Haremos una cosa: cuando acaben los agentes, haré lo posible para entrar. ¡Tengo una idea!

La cara de Rodrigo se iluminó y de su boca resurgió una tenue sonrisa:

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Estaba charlando con las enfermeras y me han comentado que hay una orden policial: nadie que no lleve uniforme del centro puede entrar en ese cuarto, al menos durante el día. Fuera del horario de visita, al parecer, hay vigilancia en la entrada a la residencia.

—Es muy extraño.

—Mucho. —Lucía miró con fijeza al hombre y, por un momento, su mirada se evadió, como si estuviese lejos. Al volver a la realidad aseguró—. Lo hago por ti y porque sé que mi tía estaría conforme con todo lo relacionado con vosotros. Ella me lo hubiese pedido por favor.

—Por favor —rogó Rodrigo con las palmas de las manos unidas.

—Lo haré —Lucía sonrió—, sobre todo porque hay una sospecha que me corroe por dentro: ningún abogado ha solicitado ver a Alicia, y eso es muy extraño si sabemos que ahora mismo la están interrogando.

Lucía se levantó de su asiento cuando aparecieron Marcos y Teo por la puerta del comedor. Le guiñó el ojo a Rodrigo y marchó.

De camino, saludó a Teo y a Marcos. Cuando estos llegaron, le preguntaron a Rodrigo por la conversación y se pusieron al día.

Capítulo 29

Lucía aprovechó la salida de los agentes para prepararse. Según dijeron las enfermeras, iban a entregar la declaración a la comisaría, y enseguida llegaría un relevo de paisano para hacer guardia en la puerta de Alicia.

Lucía se puso manos a la obra y se colocó un uniforme blanco que le entregó una cómplice. Llevaba una carretilla con material médico donde escondió una carpeta negra; el bolígrafo fue a parar a un bolsillo.

Al entrar, las manos le temblaban. Percibió temor en la mirada de la niña. Se acercó a la convaleciente y le susurró al oído:

—Pequeña, soy Lucía, la letrada del centro.

La niña dio un respingo al observar el uniforme.

—Tranquila, vengo en nombre de Rodrigo, Teo y Marcos.

Ante el cambio de gesto de Alicia, ahora más relajado, Lucía cogió un tensiómetro y se lo puso en el brazo. Miró dirección hacia la puerta para cerciorarse de que no entraba nadie:

—Me dijo que vendrías —añadió la niña mirándole el cabello.

—Bien, entonces cuéntame: ¿qué te pasó?

—No lo sé —Alicia se encogió de hombros y puso labios de pato.

—¿No recuerdas nada de aquel día?

—No.

Las dos se miraron. Lucía le sacó el tensiómetro del brazo y se sentó en un lado de la cama, abatida:

—No te preocupes, ya lo recordarás. —Le dio un beso en la frente—. A veces pasa de repente.

—Gracias.

Las dos sonrieron mientras se observaban mutuamente.

—¿Sabes dónde estaba tu madre cuando ocurrió?

—Sí, llamó a casa diciendo que volvería más tarde.

—Está bien, ¿quién es el letrado de la familia?

—No tenemos, de eso sí me acuerdo. Mi mamá despidió a Rebeca hará unos meses. Se enfadaron por alguna cosa legal.

—Vale, tengo que contactar con tu madre para aclarar estos temas. Os conviene a las dos tener una intermediación en asuntos del testamento.

—¿Podrías ser tú? —preguntó Alicia de sopetón.

—Bueno —Lucía la miró extrañada—, antes tendré que hablar con tu madre.

—Claro, aunque no es mi verdadera mamá. —Los ojos infantiles encharcaron en lágrimas.

—¿No? —Lucía dejó caer las manos en su regazo. Se mordió el labio—. ¿Eres adoptada?

—No, no. Mi verdadera mamá murió hace un año, y mi padre se volvió a casar con su secretaria.

—Entonces es tu madrastra.

Las dos emitieron un ruidito, inicio de la risa contagiosa. Después, silenciaron hasta que Lucía siguió con más preguntas:

—¿Os lleváis bien las dos?

—Sí, sí, me quiere mucho, desde que nació. Según dice, trabajaba con papá cuando él se casó con mi mamá.

—Vale. Si no te importa, me gustaría saber cómo falleció tu madre —Lucía carraspeó—. Si quieres contármelo.

—Sufrió un accidente de tráfico. Íbamos las dos en el coche. No sé qué pudo pasar para que volcásemos.

—Vale, no te preocupes —excusó Lucía—. Tendré que hablar con ella para temas legales. Supongo que las dos seréis herederas.

—Me parece que no —dijo Alicia—. Mi papá mencionó que habían firmado un contrato prematrimonial. No sé mucho de esas cosas, pero siempre me decía que todo sería para su niñita.

—Vale, entonces...—Alicia balbuceó. Se restregó los ojos con el dorso de las manos—. Tu madrastra es la albacea.

—Sí —afirmó la niña con rotundidad.

Sin añadir nada, Lucía cogió la carpeta negra que había escondido y sacó el bolígrafo del bolsillo. Apuntó lo que le pareció interesante. De vez en cuando sonreía a Alicia que, a su vez, la observaba con atención.

Al acabar y guardar los apuntes, escucharon ruidos en el exterior. Las dos se miraron asustadas. Lucía se levantó y alisó el uniforme, le dio un beso a Alicia en la frente y le guiñó un ojo:

—Debo marchar ya. ¿Estarás bien?

La niña no contestó, solo asintió con la cabeza.

Mientras veía marchar a la mujer, Alicia gimoteó, reprimiendo llorar delante de ella. Pero Lucía la oyó y volvió para cogerle la cara con ternura.

—Volveré cuando pueda. ¿Vale?

Y después marchó.

Capítulo 30

Las veladas cambiando de dormitorio pasaron factura a Rodrigo. Después de que se durmiera Alicia, fue a descansar a su cuarto. Miró por la ventana absorto en la oscuridad del horizonte. Observó la mesita y fue hacia allí con paso torpe para después coger la imagen de Lola. La besó y volvió a colocar con honrado cuidado.

Al tumbarse en la cama, se removió inquieto. Miró hacia el techo y suspiró. A los pocos segundos incorporó medio cuerpo para abrir el cajón de la mesita y observó con tristeza la caja de puros rellena de relatos. Titubeó ante cogerlos o no. Decidió que los leería para coger el sueño.

Al amanecer cayó rendido en el lecho rodeado de papeles doblados y arrugados.

Cuando llegó Marcos, lo encontró empapelado y muy dormido:

—Rodrigo, ¿estás todavía dormido?

Marcos no observó movimiento alguno y las facciones de su cara fueron enrojeciendo conforme examinaba a Rodrigo más de cerca. En un arrebato, salió en busca de Teo.

Pronto entraron los dos amigos con cara de espanto. Esta vez fue Teo el que habló:

—Rodrigo, por Dios. ¡Despierta! —lo cogió de la pechera y lo zarandó.

Con sorpresa, el durmiente, cuando abrió los ojos, encontró a Marcos y a Teo ante él. Les dijo con voz tomada:

—Pero ¿qué hacéis? Estaba dormido.

—¡Qué susto nos has dado! —dijo Marcos tocándose el pecho con las manos—. Pensábamos que...

—¿Qué es todo esto? —preguntó Teo al examinar los papeles esparcidos por la cama.

—He estado leyendo los relatos. Sobre todo los de quienes ya no están —suspiró—. Creo que deberíamos hacer algo especial con ellos.

—Podríamos esconderlos en el jardín, que nos trae tantos recuerdos de los compañeros ausentes. —Teo recopiló los papeles en las manos.

—¡Qué buena idea! —siguió Marcos—. A ellos les gustaría que estuvieran allí.

—Me parece bien, pero podríamos llamar a Mari Carmen para acompañarnos —indicó Teo con voz ilusionada.

—Ni hablar —dijo Rodrigo, tajante—. Si acaso llamamos a Lucía. Seguro que le resulta reconfortante participar en honor a su tía. —Miró la foto de la mujer que reposaba en la mesita.

—Yo me encargo de ponerla al día —indicó Marcos. Levantó el dedo índice y lo acompañó con una mirada pícaro—. Total, es mi letrada.

Acordado y aprobado, comenzaron ilusionados el nuevo y pausado día. Fue muy emotiva la preparación del entierro de ideas impresas y deseos sin decir. Marcos avisó a Lucía y le explicó su propósito. Ella estuvo de acuerdo y quedaron en el jardín.

Cuando la mujer llegó, la esperaban los tres, impacientes:

—Hola, chicos. He traído algo para facilitar el trabajo.

Con una sonrisa traviesa, enseñó el interior del bolso donde resaltaba una pequeña pala de jardinero.

—¿A quién vas a enterrar con eso? —preguntó Rodrigo con buen humor.

—A nosotros no; aún nos queda cuerda para rato —comentó Teo, riendo.

—Es para nuestra aventura de esta noche. Mujer precavida vale por dos —censuró la cómplice.

Cargados de risas e ilusiones, se encaminaron hacia un recoveco acorde a la hazaña. Al llegar notaron que el jardín estaba tranquilo y relajado, sin demasiado movimiento, ni siquiera se escuchaban los habituales murciélagos. Encontraron un rincón donde se unían dos rosaedas enzarzadas de color morado, y procedieron al entierro.

Lucía sacó la pala y dijo:

—Gracias por dejarme participar, me siento parte del grupo.

—Lo eres, Lucía —contestó Rodrigo.

La mujer se agachó para hacer un hueco hasta que calculó que era bastante. El silencio y la añoranza por los recuerdos sepultados pesaban en el aire.

Cuando todo pasó, se sentaron a meditar sin mediar palabra. Las caras tristes se volvieron sonrisas apagadas cuando divisaron una figura medio escondida en la puerta de entrada. Al afinar la vista a la oscuridad, percibieron que era una mujer.

—Teo, te espera tu Julieta —comentó Rodrigo, riendo.

—Venga, Romeo, deja el pabellón bien alto —dijo Marcos carcajeando.

—¡Envidia que tenéis! —añadió Teo con voz burlona.

—¡No cambiaréis nunca! ¡Siempre hablando de mujeres! —exclamó Lucía, y se alzó de su asiento—. Debo marcharme. Os dejo entretenidos.

Al escuchar esa expresión, Rodrigo tocó su bolsillo. Sonrió mirando hacia el cielo oscuro. La siguió con la mirada y notó un breve saludo entre las dos mujeres. Después, Lucía desapareció.

Parecía que Mari Carmen caminaba con enfado mientras se acercaba al banco donde estaban Marcos, Rodrigo y Teo. Al llegar, se plantó delante de ellos y, con voz autoritaria, les preguntó:

—¿Queréis mi ayuda o no?

Callaron ante el genio de la fêmeina; después asintieron con un gesto de cabeza.

Capítulo 31

Llegó el amanecer como un torbellino. Mari Carmen se presentó en el cuarto de Teo para despertarlo ante la urgente novedad.

Cuando Marcos y Rodrigo fueron a desayunar, descubrieron la escena y se miraron con una sonrisa pícaro. De forma pausada, dieron la vuelta para dirigirse al comedor.

Pronto se reincorporó la pareja. Teo se sentó y la mujer quedó de pie frente a ellos.

—Hay junta urgente en el jardín. Hasta entonces, tomemos café.

Después de la orden, Mari Carmen se sentó con ellos. Hubo gestos cómplices y también de asombro. Callaron hasta que se encontraron en el lugar acordado.

La agente jubilada parecía llevar las riendas. Indicó con la mano extendida el asiento más lejano que pudo encontrar. Los demás la siguieron. Una vez sentados, la octogenaria hizo un gesto para que se acercaran.

—Debemos darnos prisa por desentramar el caso. La madre de Alicia Reyes ha decidido que, cuando acabe la semana, se la llevará a casa. Está dada de alta médica y no precisa más el ingreso.

Mientras hablaba, los tres hombres la miraban con los ojos muy abiertos. Alguno hizo el amago de intervenir, pero se abstuvo. Ella prosiguió con su plan:

—Lo primero es averiguar dónde está lo que robaron esos encapuchados, por si lo han vendido a terceros. Eso nos llevará a lo segundo: averiguar quiénes fueron; lo tercero será saber el porqué del misterioso incidente de la niña. Es muy extraño. Los profesionales no dejan a una testigo que los pueda reconocer.

—Y ¿cómo averiguamos todo eso? —preguntó Marcos con voz temerosa. Observó cómo sus compañeros varones encogían los hombros.

Mari Carmen no se inmutó y siguió con su relato:

—El primer punto está solucionado: según los comunicados internos, algunas obras de arte robadas son de Ángel Guerrero. —La mujer miró a Teo y le sonrió con tristeza.

—En ese caso yo sé quién nos puede ayudar —dijo Rodrigo con decisión—. Quién mejor que su amigo Pitt. Él maneja ese talentoso mundo a la perfección.

—Me parece bien —asintió Teo.

—Será lo mejor —dijo Marcos—. Lo llamaré. Cuando me dejó la moto, me entregó una tarjeta con sus datos.

Capítulo 32

El sol se alejaba del jardín cuando apareció Pitt. Marcos le había pedido que se presentara en la residencia y le expuso el incidente de Alicia, pero él no pudo asegurar que pudiera personarse.

Al verlo llegar, Marcos miró a sus compañeros y puso cara de sorpresa:

—Hombre, has venido.

—Claro, no podía faltar, aunque solo puedo quedarme unos minutos. Debo ausentarme por un viaje inesperado que no puedo suspender. Es un sueño por cumplir: tener una exposición propia.

—Nos alegramos mucho —dijo Marcos en nombre de todos.

—Gracias. —Pitt se sentó en un hueco que le dejó Marcos. Miró a la mujer con el ceño fruncido.

—Esta es Mari Carmen —presentó Teo—, agente retirada, que sirvió en el departamento de investigación criminal. Nos está ayudando. Ahora pertenece al grupo. Puedes hablar.

La mujer sonrió con brevedad.

—De acuerdo. Amigos, he contactado con antiguos pintores y con todas las personas que se me han ocurrido. Al final ha sido mi abogado quien ha dado luz al asunto —entrelazó sus manos—. Me ha dicho que en la aduana han retenido un cargamento de obras de arte y, una de ellas, era de Ángel. —Su voz era tensa y a la vez conmovida—. Ha quedado todo paralizado y empaquetado en un almacén de la frontera por un defecto en los papeles de embarque.

—De eso me encargo ahora mismo—dijo Mari Carmen, muy decidida.

Levantándose, se despidió de Pitt con un alzamiento de barbilla y se alejó apresuradamente hasta desaparecer. Dejó un ambiente más relajado tras su marcha.

—¿Cómo estás, Pitt? —preguntó Rodrigo.

—Bien, dentro de lo que cabe.

—Ya me imagino —Rodrigo bajó la mirada—. Todos le echamos mucho de menos.

—Lo sé —aseguró Pitt dirigiéndose a los sentados en el banco—. Erais sus mejores amigos. —Se fijó en Marcos y preguntó—. ¿Te va bien la moto?

—Sí, sí. Gracias, me va genial —mintió. El anciano torció la boca.

—Bueno, debo marchar ya o se me hará demasiado tarde. —Se levantó de su asiento y miró a Marcos—. Avísame si hay novedades, por favor.

—Por supuesto. Te llamaré —asintió.

—Nos vemos cuando vuelva del viaje.

Se despidieron de Pitt, que marchó con mirada triste examinando los rincones del lugar. Los demás, ante la ausencia, se removieron en su asiento. No habían acabado de incorporarse cuando escucharon la voz tosca de su nueva compañera.

—Esperadme, tengo noticias.

Volvieron a acomodarse y esperaron a que la mujer hiciese un hueco al lado de Teo:

—Han sido unos extorsionistas extranjeros que entraron en el país ilegalmente y se han convertido en un quebradero de cabeza para los agentes. No os preocupéis, me encargo de todo. Avisaré a quien tenga que avisar para solucionarlo. Esto marcha. Esta noche nos encontraremos en mi cuarto.

Después de la última palabra, Mari Carmen marchó por donde había venido. Los tres hombres

quedaron con la boca abierta.

Capítulo 33

La noche se apaciguaba conforme la pequeña soñaba con el recuerdo de un momento que existió, pero no recordaba.

Tres hombres se encontraron con una mujer en su alcoba. Con sorpresa, descubrieron que había colocado una pizarra blanca en el centro de la estancia. Estaba repleta de flechas en diferentes sentidos e imágenes ordenadas: una de Alicia, otra de su padre fallecido y una tercera de su madrastra. Todas señalaban a una foto central donde había un cuadro de un niño pequeño de raza negra en el regazo de su madre.

—Sentaos en la cama —ordenó Mari Carmen.

A paso lento y movimientos torpes, los hombres obedecieron con caras de asombro. Silenciaron esperando un esclarecimiento.

Mari Carmen, muy centrada en su trabajo, expuso con seriedad:

—¿Veis? Esta es la pequeña que estaba con su padre cuando sustrajeron las obras de arte, como las de Ángel Guerrero —Señaló con una vara corta mientras narraba—. Vale. ¿Dónde estaba la madre cuando acontecieron los hechos?

—Alicia le comentó a Lucía que llamó a su casa diciendo que volvería más tarde —dijo Rodrigo.

—Pero ¿dónde estaba? —repitió la mujer.

Los hombres encogieron sus hombros. Ella los miró pensativa y, soltando la vara encima de una repisa en la misma pizarra, fue a su escritorio a por un portátil. Lo encendió y tecleó sin parar haciendo caso omiso a las miradas que se clavaban en sus manos. Al cabo de unos minutos, giró hacia ellos y dijo:

—Nombra que la señora de la casa estaba en la oficina a la hora del incidente. Fue la primera en llegar y encontrar el escenario del crimen. Sí, llamó para avisar que llegaría tarde y que cenaran sin ella —leyó ensimismada—, y no encontró ningún intruso en el interior del hogar. Pero notó algo extraño al dirigirse hacia la casa: le pareció ver varias personas con pasamontañas subiendo al interior de una furgoneta aparcada en su puerta. Marcharon a toda pastilla.

—Seguro que era el vehículo para transportar todo lo robado —añadió Teo.

La mujer asintió. Tocó su barbilla mientras se desplazaba hacia la pizarra y cogía la vara de nuevo:

—Y en la aduana encontraron el cuadro de Ángel entre otras obras muy apreciadas —siguió la mujer señalando una imagen—. ¿Quién sabía de la existencia de tales cuadros en la finca?

—Supongo que el servicio, o su abogado, o sus amigos, o compañeros —prosiguió Teo. Puso las manos en su cabeza y resopló—. Es imposible que nosotros podamos conseguir los relatos de todos ellos.

—Cierto, pero puedo hablar con unos amigos que lo hagan por nosotros —aclaró Mari Carmen señalando a Teo con la vara—. Cuando esté todo resuelto nos reuniremos de nuevo.

Y clausurada la reunión, se levantaron para ir a sus estancias a descansar. En esta ocasión no comentaron nada ante el impacto que les había causado la exagente. El único que sonreía era Teo. Marcos y Rodrigo le miraron con escepticismo hasta que desapareció por la puerta de su cuarto.

Capítulo 34

Al comenzar la jornada se reunieron en el comedor, como era de costumbre, pero faltaba Marcos. Extrañados, dieron media vuelta y fueron a verlo. Lo encontraron sentado en una butaca:

—Hola, ¿te encuentras bien?

—Regular. Esta pierna se me ha inflamado y no puedo dar un paso —dijo señalando una de sus extremidades.

Al echar un vistazo, Rodrigo descubrió la moto de Ángel tapada con una manta. Le dio un codazo a Teo dirigiendo la mirada hacia el objeto. Sin tardanza, entre los dos varones del grupo lo destaparon. Teo subió al vehículo y lo encendió.

—¿Dónde andáis con ese trasto? —preguntó Marcos al verlos. Chasqueó la lengua con los dientes mientras negaba con la cabeza.

—Te llevará al comedor sin tener que andar —canturreó Teo con gesto travieso.

—De eso nada, yo no me subo a ese trasto.

Pero no tuvo otra opción.

Resignado, montó en su vehículo a regañadientes. Se encaminaron hacia el comedor jugueteando con los mandos y dando un respingón a algún residente o enfermera.

Cuando llevaba un rato, Marcos parecía haberle cogido el tranquillo. Satisfecho, siguió en el jardín entre risas y bromas de sus compañeros.

Sin embargo, una mujer se acercó a su encuentro. Se acercó a ellos y les cuchicheó:

—Sé quién es —dictaminó Mari Carmen.

—¿Cómo dices?

—Sí, Teo. Estoy casi segura de que es una mujer la que tramó todo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Teo, asombrado.

—Es un palpito —Mari Carmen tocó su pecho con la mano y se dirigió a los tres hombres—. Además, hay una pista importante que no os puedo desvelar todavía.

—Bueno, eso no resuelve nada —dijo Marcos. Sin bajar de la moto, levantó las manos y las alzó para colocarlas detrás del cuello—. No sabemos cuántas mujeres están relacionadas en el caso.

—Sí que lo sé —aseguró ella— La abogada es mujer, y también la institutriz que tenía antes de que su padre se casase de nuevo hace un año, y... según indicios, también una amiga íntima del progenitor. Esto se complica.

—¡Vaya! —exclamaron los varones al unísono.

—¡Encuentro en mi cuarto! A la hora de siempre, y os explico todo.

Dio media vuelta y dejó a los tres con los ojos engrandecidos, sin saber reaccionar. Marcos preguntó a sus compañeros:

—¿A qué hora a dicho?

Se encogieron de hombros.

La tarde parecía reposada, hasta que apareció una mujer trajeada que, con sus tacones, provocó que Rodrigo asomara la cabeza por la puerta. Era la hora de la siesta y no había mucha concurrencia por el corredor.

La mujer se encontró con el doctor cerca de donde el hombre estaba escuchando:

—Vengo a llevarme a mi hija.

—Señora Reyes, no puede venir y llevársela sin avisar con antelación. Debemos examinarla antes para asegurarnos que esté recuperada.

—Está bien. ¿Vengo mañana?

—Mañana la avisaré. Tenga en cuenta que tiene amnesia por un golpe en la cabeza. Y acaba de recuperarse de un coma.

La visitante femenina miró la puerta cerrada y, sin entrar al cuarto de Alicia, dio media vuelta. Marchó con gesto de enfado.

Rodrigo cerró la puerta antes de que la mujer pasara por su lado. Apoyado en el marco de la puerta, lloró.

Cuando apareció la luna llena, el encuentro se hizo más esperado. Rodrigo llegó cuando los demás ya estaban dentro del cuarto.

—Hay problemas: la madre de Alicia quiere llevársela a casa.

—No puede hacer eso. —Mari Carmen se llevó las manos a la cabeza—. Debemos darnos prisa.

Su alcoba parecía una comisaría. En la pizarra habían aumentado las líneas e imágenes enganchadas con cinta adhesiva.

—Poneos cómodos. Empezamos.

Así lo hicieron. Los tres hombres se acomodaron, sentados en la cama, observando cómo la única fémica así la vara señalando una fotografía:

—Aquí tenemos a Rebeca Cortado, la abogada. Fue despedida de malas maneras. Debemos descubrir qué hay detrás.

Cambió el palo de posición para señalar al único hombre.

—Me huele a infidelidad —dijo Mari Carmen encogiendo la nariz. Luego cambió de cuadrante.

—Y esta otra es la niñera de Alicia, también despedida.

Suspiró mientras los demás la observaban callados. Fue hacia ellos y los señaló uno a uno con la vara:

—¿Quién se encarga de investigarlas? —Mari Carmen se hizo un hueco al lado de Teo y entristeció—. Yo no puedo sola. Mis dos hijos, que siguen mis pasos profesionales, no quieren que salga sola y..., se enterarían.

Rodrigo levantó el dedo índice y dijo:

—Podríamos llamar a Lucía. Si se lo pedimos, seguro que ella podrá hablar con la madre y ofrecerse como letrada del centro. Si le ponemos cara de pena, hasta quedaría con la abogada para sacarle información.

Hubo un silencio.

—Vale —intervino Marcos—. A mí se me da bien hablar con mujeres. Tengo una idea para sacarle información a la niñera. —Se dirigió a la mujer y le preguntó—: ¿Sabes su teléfono?

Las miradas se dirigieron hacia la exagente. Sonrió con picardía.

Durante toda la noche masticaron el rastreo de datos: Mari Carmen pensando en mujeres asesinas, y Teo encantado de prestarle ayuda y compañía. Rodrigo debía encontrar el modo de invitar a Lucía a participar en la aventura; Marcos tenía una misión decisiva.

Capítulo 35

Al día siguiente no hizo falta que llamaran a Lucía, se presentó en el cuarto de Rodrigo. Llamó a la puerta con el nudillo:

—Hola.

—Pasa.

—¿Cómo estás?

—Bien. —El hombre se incorporó. Cuando apareció la cabeza de la mujer, hizo señales con la mano para que entrara.

—Cierra, tengo que pedirte un favor.

—Claro. Dime. —Lucía se sentó en un lado de la cama.

—Se van a llevar a la pequeña a casa.

—Lo sé, también estoy preocupada. Pero algún día tendrá que marchar, ¿no crees?

—Por supuesto, pero en casa no estará segura. Estamos adelantando con el caso.

—¿Qué caso?

—Estamos muy preocupados por Alicia.

El hombre le contó todos los detalles ante la atenta mirada de su acompañante. Su expresión, al escucharlo, era de sorpresa, temor y reproche.

—¡No podéis hacer eso! Hay que dejarlo para la policía.

—Pero ¿y si le pasa algo a Alicia? —balbuceó.

Al ver llorar a Rodrigo, Lucía lo abrazó. Quedó pensativa durante unos segundos; escuchó unos sollozos más antes de pronunciarse:

—Está bien, está bien. No quiero que estés triste. —Se separó de él y lo miró a los ojos—. Mi tía no me lo perdonaría.

El hombre secó sus lágrimas con el dorso de las manos. Lucía prosiguió:

—Tienes suerte, espía tramposo. He quedado con la madre de la pequeña. No sé si te he dicho que, seguramente, seré su letrada. Parece ser que despidió a la que tenía.

—¡Eso también es lo que necesito que averigües!

La mujer dio un respingo ante el ímpetu de él. Sonrió y dijo:

—¿También quieres que hable con la abogada?

Ante la afirmación tan rotunda, sonrió de forma pícaro torciendo la boca. Suspiró al verlo con los ojos muy abiertos y una gran sonrisa en los labios.

—Te diré algo —Levantó el dedo índice—: no hace falta que vaya a ver a nadie porque la señora de Reyes habla mucho. Quiero decir que está muy sensible con la muerte de su esposo y, a pesar de tener que mantener secreto profesional, todavía no me ha contratado —Guiñó un ojo.

—Venga, no me dejes en ascuas.

—Está bien, pero que no salga del grupo. Hablé con la señora Reyes para ofrecerle mis servicios y explicarle mis referencias en el centro, con lo que estuvo impresionada. Me preguntó si podía encargarme, también, de los trámites de adopción. Ella pretende que Alicia sea legalmente su hija.

—No lo entiendo.

—Espera. Deduje que el albacea de Alicia no es ella. Según me confesó entre llanto, su difunto

marido tenía una aventura con Rebeca Cortado, su abogada.

Rodrigo se llevó las manos a la cara y soltó un ruidito. Ella lo miró, torció la boca y prosiguió:

—Parecía deshecha. Tanto, que tomó la determinación de que Rebeca no tuviera contacto alguno con la familia. —Paró unos segundos para suspirar—. Desde luego, el infiel estuvo descontento, pero no pudo evitar el malestar de su esposa al enterarse de sus visitas furtivas a casa de la otra.

—Es un asunto escabroso, sin duda —Rodrigo levantó su dedo anular y señaló a Lucía—. Seguro que lo amenazó con separarse de él.

—O él quería divorciarse de su mujer y estaba preparando los documentos para que la abogada se convirtiese en la albacea de Alicia. Es una deducción. —Puso los ojos en blanco—. Se me está pegando vuestra locura.

—¿Puedes averiguarlo?

—Ya me gustaría, pero solo lo sabré si me convierto en abogada de la familia Reyes.

—Gracias, eres una buena amiga.

—Espero que no os metáis en líos o tendré que sacaros de ellos.

Rieron hasta que la mujer notó que Rodrigo tocaba su estómago. Con gesto de preocupación, Lucía le dio un beso en la mejilla:

—Tengo algo más que contarte. —Lo miró con angustia—. Será mañana cuando se vaya Alicia a su casa. Lo siento, puede que sea lo mejor para todos.

Se despidieron y la mujer marchó. Al cerrar la puerta, Lucía quedó inmóvil en el corredor mirando la madera. Emitió una risita que tapó con la palma de la mano y fue hacia la salida negando con la cabeza.

Capítulo 36

Cuando Marcos se enteró, puso el grito en el cielo:

—¿Que se va mañana? Pero si tenía pensado quedar con la niñera.

—Pero ¡cómo pensabas hacer eso! —dijo Rodrigo.

—Llamándola. Mari Carmen ha conseguido el número de teléfono y pensaba usar mis dotes de abuelo entrañable. La llamaría para pedir referencias y nos citaríamos en un lugar tranquilo. Un parque, por ejemplo.

—No alucines —dijo Rodrigo.

Acababa otro día sin la resolución del problema. Como se estaba haciendo habitual, quedaron en el cuarto de Mari Carmen. Cuando llegaron los tres, la pizarra había cambiado. La mujer cogió el mando y señaló la imagen de una joven:

—Debemos darnos prisa, pido concentración. —Miró a Marcos de reojo—. Está claro que la niñera no puede ser porque ese día se encontraba en el cine con su novio.

—Pero ¿cómo no me lo has dicho antes?

—Entonces no lo sabía.

—Y ¿me has dejado hacer el ridículo?

—Lo siento. —Mari Carmen encogió los hombros—. No tengo la culpa de que no dijeras lo que tenías pensado.

—Así que estamos como al principio —dijo Rodrigo con voz temblorosa.

Hubo un silencio cargado de suspiros. Hasta que Rodrigo se levantó y se colocó al lado de Mari Carmen, le arrebató la vara y señaló a sus dos amigos y luego a la mujer. Con tono de enfado dijo:

—No me daré por vencido.

Devolvió el mando a la mujer y marchó ante la mirada atónita de los demás.

Rodrigo se dirigió a la capilla y registró todos los expositores buscando cirios que no estuviesen extintos y, tras comprobar que no había demasiados huecos que lo delatasen, los recopiló en sus brazos. Después, tuvo que regresar a por las cerillas.

Al salir, miró hacia los lados del pasillo con nerviosismo. Cuando entró en el cuarto de Alicia el corazón le latía con fuerza.

Recibió una sonrisa traviesa:

—Estás aquí...

Alicia incorporó medio cuerpo y abrió los brazos para que el hombre se acercara a abrazarla.

—Me voy a casa, Rodri.

—Lo sé, pequeña. —Le dio un beso en la frente.

—¿Qué llevas en las manos?

—Son cirios. Quiero que confíes en mí. ¿Vale?

Ella asintió con la cabeza.

—He pensado que podríamos hacer un juego. Cierra los ojos.

Con un giro divertido, la niña se sentó de un salto en la cama.

—No, no —dijo Rodrigo elevando la palma de su mano—, quiero que te tumbes y relajes.

Alicia hizo un amago de moverse, pero quedó donde estaba y frunció el ceño.

—Cierra los ojos y relájate. ¿Vale? No te rías —rió Rodrigo.

La niña le hizo caso sin rechistar. La miraba con ternura mientras colocaba los cirios en el suelo, alejados de la cama. Los encendió y prosiguió:

—Siente cómo tu cuerpo flota hasta descolgarse por un viento suave; siente el aire recorrer tu cuerpo por debajo de tu figura y la cama.

La concentración de Rodrigo se perdió al ver que su paciente levantaba el cuello de la almohada con una risita.

—No te rías. Ahora, me quedaré contigo hasta que te duermas, sabiendo que estás hipnotizada. Mañana en cuanto pongas un pie en el suelo frío de la alcoba, se revelará tu mente en todo su esplendor y será el principio de tu despertar.

Ante la sorpresa del hombre, notó la respiración profunda de Alicia. Sonrió satisfecho. Cogió los cirios, los apagó con un soplo y miró la cara relajada de la pequeña. Se acercó a Alicia y le dio un beso en la frente.

Después de bostezar, tapándose la boca con las manos, recogió los bártulos del suelo y marchó.

Capítulo 37

El día amaneció nublado, con el ambiente cargado de tranquilidad, hasta que llegó Lucía acompañando a la señora Reyes para llevarse a Alicia a casa.

Aparecieron Rodrigo y Teo con gesto apresurado y pasos lentos. A su lado, Marcos, en su vehículo, parecía ir a cámara lenta. Aguardaron expectantes por ver a Alicia en pie y pasar por su lado en un despido colectivo.

Sin embargo, Rodrigo se adelantó y fue detrás de Lucía a una distancia prudencial. Marcos y Teo decidieron seguirlo, uno detrás de otro. El octogenario motorizado iba el último.

Madre y abogada entraron y saludaron a Alicia. Los demás se quedaron en la entrada sin acceder al interior. Vieron a la niña sentada en la cama con tristeza en los ojos.

Al ver aparecer las figuras en el hueco de la puerta de varios residentes conocidos, Alicia emitió una leve sonrisa. Ellos secundaron el gesto con expectación. Era la primera vez que veían a la niña con ropa, con un vestido azul turquesa hasta la rodilla. Estaba descalza retorciendo los dedos de los pies. Los zapatos, del mismo tono que el conjunto, los tenía a los pies de la cama.

Alicia dio un saltito y, al tocar el suelo, encogió los hombros con un escalofrío. La mujer se agachó para ponerle el calzado y, cuando lo hubo hecho, miró hacia arriba, donde encontró una cara horrorizada:

—Lo he visto, recuerdo todo.

—¿Qué dices, Alicia?

—Eras tú. —Con la mano extendida, la niña señalaba a su madre con los ojos desorbitados—. No había encapuchados, solo tú —espetó con rabia—. Me empujaste por las escaleras y pude ver, mientras descendía rodando, tu mirada de odio.

—No puedes acordarte ahora...

—¿Por qué? —preguntó Alicia de forma tosca.

La mujer llevó las manos a la boca y sollozó. De repente, salió despavorida de la estancia sin mirar atrás, dejando a todos los presentes perplejos.

Pero, en un arrebato, Marcos, al verla pasar por su lado a toda velocidad, se lanzó detrás de ella con su vehículo.

—No te vas a escapar, bruja.

Aceleró todo lo que pudo hasta alcanzarla. Ella, al verse acorralada, dio de bruces contra una de las esquinas, quedando inconsciente en el suelo.

Impactada, Alicia salió corriendo al pasillo y vio la escena.

—Mamá, ¿por qué lo hiciste?

—Pequeña, ven aquí —musitó Lucía en un intento de detener a la pequeña sin lograrlo.

La escena que vieron sus ojos provocó que Alicia rompiera a llorar desconsolada en brazos de Lucía, que fue tras ella hasta que la atrapó. Le acarició la espalda infantil y dijo:

—Tranquila, Alicia —las dos se miraron—, no te pasará nada. Te lo prometo. —La niña abrazó de nuevo, con fuerza, a la mujer—. Vendrás conmigo.

Enseguida acudieron dos policías y levantaron a la mujer del suelo. La esposaron mientras le leían sus derechos. Llorando, la mujer volvió la cabeza y se dirigió a Alicia.

—Lo siento —dijo con un susurro—. No quería hacerlo. —Su rostro cambió a un gesto turbio

de rabia alzando la voz—. Si hubieses estado dentro de tu cuarto escuchando música, como te dije que hicieras cuando llamé por teléfono, nada de esto hubiera sucedido.

Los agentes se llevaron a la detenida, dejando caras de horror a su paso.

Capítulo 38

Cuatro octogenarios, sentados en el jardín, jugaban una tranquila partida de ajedrez bajo los pájaros que anidaban encima de sus cabezas. Teo estaba sentado frente a Mari Carmen, pensativo ante la posible jugada; Rodrigo y Marcos observaban con buen humor la paliza que recibía de la fémina.

La rosaleda se iluminó con la llegada de Lucía y Alicia:

—¡Mirad quién ha venido a vernos! —gritó de gozo Rodrigo al verlas.

Los cuatro se levantaron con ímpetu, pese a sus posibilidades, y rodearon a las visitantes:

—¡Has crecido! —exclamó Rodrigo tomando medidas imaginarias a Alicia—. Te has convertido en una jovencita preciosa.

—Me alegro de veros —dijo Marcos.

—Dinos —expresó Mari Carmen con los ojos ilusionados—. ¿Cómo va todo?

—Vamos a sentarnos y nos pones al día —añadió Teo.

Después de los besos y mimos, así lo hicieron.

—Mejor que bien —dijo Alicia con voz cantarina—. Tengo que contaros una cosa —Esperó unos segundos con una enorme sonrisa hasta captar la atención de todos.

—Venga, que nos tienes en ascuas —dijo Rodrigo impaciente.

—Tenemos un nuevo miembro en la familia —soltó la pequeña de un golpe.

—¿Ah, sí? —dijeron al unísono los octogenarios expectantes. Se acercaron más a la pequeña para no perderse detalle.

—Cuenta, cuenta.

—Hace unas noches, cuando estábamos las dos a punto de entrar en casa, vimos un perro viejo acechando la basura —explicó Alicia con tono de misterio al ver que era el centro de interés—. Y, entonces, Lucía me miró. Yo la miré también y ella, le dijo: «Entra, ven».

—Y tardamos casi toda la noche en desenmarañar su lanudo pelo —añadió Lucía, sonriente—. Aunque resultó ser un animal precioso y obediente, que Alicia bautizó como Ángel.

—Cuanto me alegro, pequeña —dijo Marcos—. Tienes que traerlo para que lo conozcamos— Los demás lo secundaron con un gesto de aceptación.

—Ya se lo dije a Lucía, pero, antes, quiere que arreglemos todo el asunto de la adopción.

—Enhorabuena a las dos. —Rodrigo se acercó a ambas visitas y las besó en la mejilla.

—Gracias —contestó Lucía risueña. Bajó la espalda hasta estar a la altura de la pequeña—. Por supuesto, lo traeremos la próxima vez. ¿Vedad, Alicia?

Al avistar algo en la mano de Alicia, Teo frunció el ceño y extendió el brazo señalándolo:

—¿Qué llevas ahí?

—Una libreta —contestó la pequeña mostrando el cuaderno a la vista de todos—. Voy a ser escritora y poner aquí todos los cuentos que me vinieron a la cabeza después de despertar del coma.

—Esta historia no ha hecho más que empezar —concluyó Rodrigo. Todos rieron.

Fin

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38